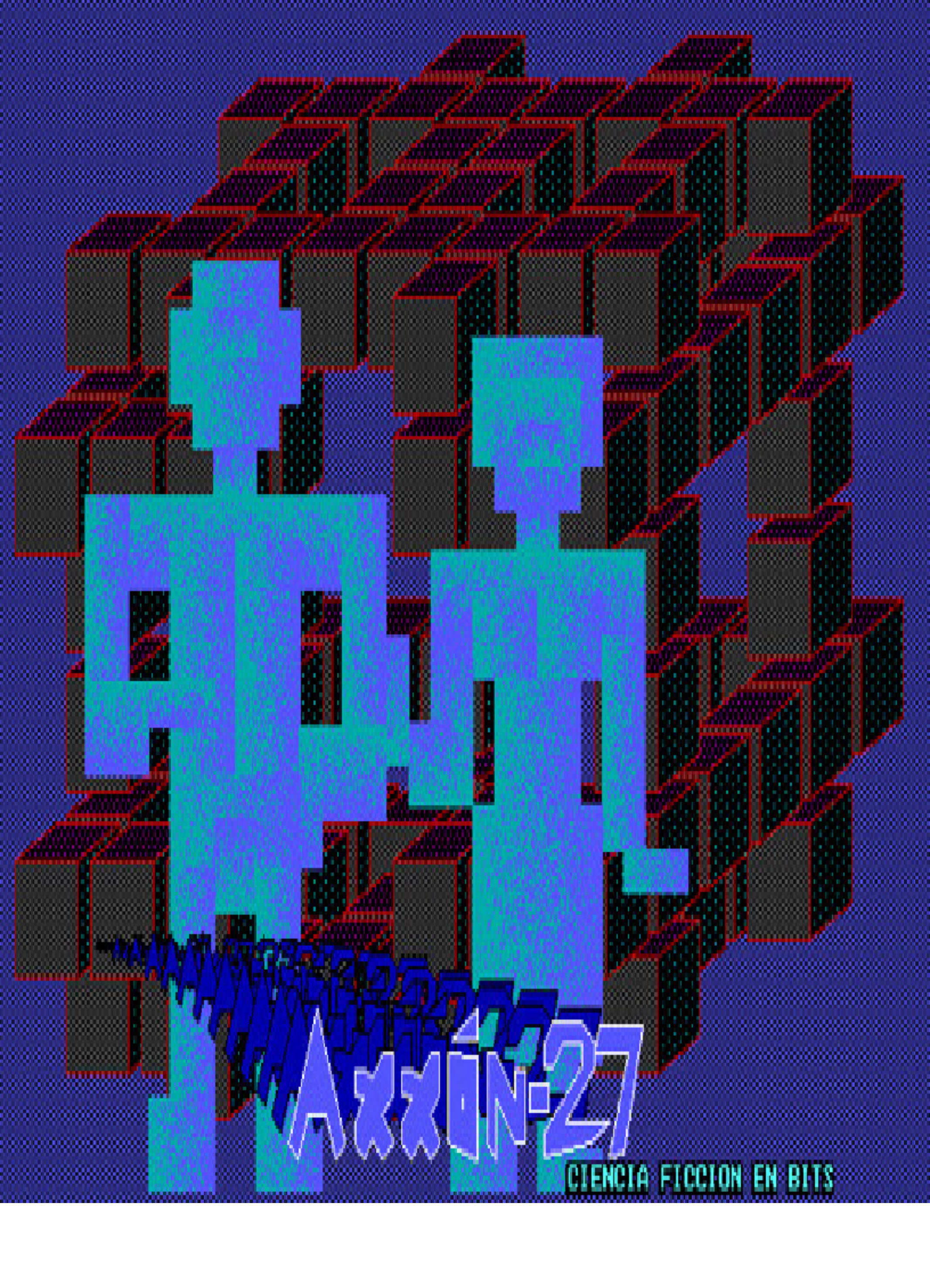

Axxón 27
CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 27, diciembre de 1997

Editorial - Axxón 27



Hablábamos en el editorial anterior de lo bien que le está yendo en estos últimos meses a la CF escrita en nuestro idioma —lo digo así, generalizando, porque no me quiero limitar a la de Argentina, ya que no sería justo ni real—. La sensación, en mi caso, tiene varios causales. Como ejemplo claro, voy a hablar del material que publicamos en Axxón. Tengo que confesar que en algún momento de la historia de esta revista nos hemos visto en problemas para conseguir material suficiente que alcanzara los niveles de calidad que nos proponemos mantener y respetar. Y de pronto, por la razón que sea, nos han inundado de originales —cuentos, notas y también algunas novelas—, todos ellos mejores al promedio anterior y muchos que no solo superan el término medio sino que son muy pero muy buenos, algunos hasta excelentes. Otra de las cosas que se palpan en el ambiente es un interés repentino por la producción nacional y de latinoamérica en general, que se visualiza en pedidos de material a varios autores por parte de representantes de por lo menos tres editoriales que tienen la intención de armar antologías. Yo —el director de esta revista— tengo la gran felicidad de que me hayan editado un segundo libro, una antología de casi todos los cuentos que he publicado hasta el momento. Esta mención pretende tener un valor distinto de lo aparente y más obvio, que sería hacer propaganda de lo mío. Yo creo que editar en estas condiciones significa un importante esfuerzo, y no me refiero sólo a trabajo y sudor, que lo hay, sino a la valentía de arriesgar bastante dinero en una época en que a nadie le sobra. Deseo felicitar desde aquí, desde este espacio privilegiado que es el editorial de una revista —y lo hubiese hecho, y volveré a hacerlo en el futuro, aunque no sea mi nombre el que figure en la portada de sus libros—, a

FICCIONAUTA EDITORIAL, una empresa nueva y valiente que se lanza a publicar material de autores actuales y poco —o nada, por qué no decirlo— conocidos, y a lo grande, poniendo en sus ediciones la mejor calidad de papel, tapa a todo color, una cantidad de páginas que no es lo común en los últimos tiempos y un cuidado por los detalles que —es doloroso decirlo— es difícil de ver en productos de producción nacional, y que es, como pocos comprenden o aprecian, la única forma de alcanzar la excelencia, palabra olvidada y despreciada en Argentina —en este caso no quiero decir en Latinoamérica en general, porque no lo sé con seguridad, y podría ser injusto— que es la única llave, en cualquier actividad, para llegar, sostenerse y alcanzar el éxito.

Cambiando un poco de tema, pasamos a cuestiones caseras. Invitamos a dar una mirada a las páginas que hemos titulado “COMO CONSEGUIR AXXON” y hacer un recuento de la cantidad de distribuidores. Podrán ver que han aumentado considerablemente. Proponemos a aquellos que tengan interés en distribuir Axxón en zonas aún no presentes en la lista que se comuniquen con nosotros por teléfono al 624-9267 (en enero no, porque estaremos de vacaciones) o por correo a Casilla de Correo 238, Sucursal 3, (1403) Buenos Aires, Argentina. Invitamos, asimismo, a que nos comenten cómo han sido atendidos en el o los distribuidores que hayan visitado (si lo hicieron), sea para quejarse o para manifestar su aprobación por la atención recibida.

Tal como los hemos acostumbrado en los últimos tiempos, este número también trae sorpresas, pero dado que se acercan las fiestas y en las fiestas a quién no le gusta abrir paquetitos sin saber qué contienen, pues bien, revisen este paquetito y encontrarán…

Y por último un mensaje del Equipo Axxón a todos ustedes, amigos lectores: Gracias por acompañarnos, gracias por apoyarnos, gracias por disfrutar junto a nosotros de esta aventura que se llama Axxón, y bueno, tenemos que decirlo, aunque no sea nada original… ¡Muy, pero muy feliz Año Nuevo!

Escape perfecto

John Kessel

"He estado pensando en los demonios. Quiero decir, si en el mundo hay demonios, si en el mundo hay personas que representan el mal, ¿es nuestro deber exterminarlas?".

—John Cheever, "The Five-Forty-Eight"

Sentada en su oficina, aguardando —sin saber exactamente qué—, la Doctora Evans tenía la esperanza de que este no fuera otro mal día. Necesitaba un cigarrillo y un trago. Hizo girar la silla para quedar de cara a las persianas venecianas cerradas que estaban junto a su escritorio, se reclinó hacia atrás y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Cerró los ojos y respiró profundamente. El aire que fluctuaba desde el ventilador del cielorraso olía a aceite de máquina. Hacía frío. Lo sentía en la cara, pero su pesado suéter mantenía el resto en calor. Sentía el pelo grasoso. Pasaron varios minutos en los que no pensó en nada. Golpearon la puerta.

—Pase —dijo distraídamente.

Entró Havelmann. Tenía el cuerpo voluminoso de un atleta ligeramente reblandecido, la cabellera gris y espesa y el rostro arrugado. A primera vista, no parecía un hombre de sesenta años. Su traje de excelente confección necesitaba urgentemente un planchado.

—¿Doctora?

La doctora Evans lo miró por un momento. Lo mataría. Bajó la vista hacia el escritorio. Se frotó la frente con la mano.

—Siéntese —dijo.

Sacó el paquete de cigarrillos del cajón del escritorio.

—¿Querría fumar?

El viejo tomó uno. Ella lo observó cuidadosamente. Los ojos pardos de Havelmann estaban enrojecidos, parecían pedir disculpas.

—Fumo demasiado —dijo él—. Pero no puedo dejar.

Ella le dio fuego. —Por aquí cada día hay más gente que deja de fumar.

Havelmann exhaló suavemente. —¿Qué puedo hacer por usted?

Qué puedo hacer por **usted**, señor.

—Quiero que juguemos un jueguito —Evans sacó un pañuelo del bolsillo. Movió un pisapapeles de bronce, una pequeña réplica del Lincoln Memorial, hasta el centro del secante del escritorio—. Quiero que observe lo que estoy haciendo, ahora.

Havelmann sonrió. —No me lo diga… ¿lo va a hacer desaparecer, verdad?

Evans trató de ignorarlo. Cubrió el pisapapeles con el pañuelo.

—¿Qué hay debajo de este pañuelo? —dijo.

—¿Podemos apostar un poquito?

—Esta vez no.

—Un pisapapeles.

—Maravilloso —Evans se reclinó con decisión—. Ahora quiero que me responda unas preguntas. El viejo recorrió la oficina con mirada curiosa: las persianas cerradas, la terminal y el teclado de la computadora contra la pared, la placa de interruptores en una esquina del escritorio. Sus ojos se detuvieron en el espejo que estaba enfrentado a la ventana.

—Ese es un espejo falso —dijo él.

Evans suspiró. —No me diga.

—¿Está grabando esto?

—¿Le importa?

—Me gustaría saberlo. Simple cortesía.

—Sí, nos están grabando en video. Ahora responda mis preguntas.

Havelmann pareció encogerse ante la hostilidad de ella.

—Claro.

—¿Qué le parece este lugar?

—Está bien. Un poco aburrido. Por lo que parece, aquí uno ni siquiera podría pescarse una enfermedad, si entiende lo que quiero decir. No tengo intenciones de ser ofensivo, doctora. No he estado aquí lo suficiente para hacerme una idea del lugar.

Evans se hamacó lentamente hacia atrás y adelante. —¿Cómo sabe que soy doctora?

—¿No es usted médica? Pensé que sí. Esto es un hospital ¿no? Así que cuando me enviaron a verla imaginé que usted debía ser médica.

—Soy médica. Me llamo Evans.

—Encantado de conocerla, doctora Evans.

Lo mataría. —¿Cuánto hace que está aquí?

El hombre se dio un tirón del lóbulo de la oreja. —Debo haber llegado hoy. Creo que no hace mucho. Un par de horas. Estuve conversando con las enfermeras en su sala de descanso.

Qué no daría ella por tres dedos de **Jack Daniels**. Lo miró por encima de sus dedos puestos en cúpula.

—Esas enfermeras, tan conversadoras.

—Estoy seguro de que cumplen con su trabajo.

—Seguro. Dígame lo que estaba haciendo antes de venir a este… hospital.

—¿Quiere decir inmediatamente antes?

—Sí.

—Estaba trabajando.

—¿Dónde trabaja?

—Tengo mi empresa propia. Sistemas de comunicación ITG. Diseñamos programas para mucha gente. Estamos cerca de conseguir un gran contrato con Ma Bell [*]. Si logramos eso podré jubilarme cuando tenga cuarenta años… en caso de que el Tío Sam mantenga la mano fuera de mi bolsillo el tiempo suficiente como para dejarme contar lo que me quede.

Evans hizo una anotación en su libreta. —¿Tiene familia?

Havelmann la miró con firmeza. Su mirada era la de un honesto y joven estudiante universitario, incongruente en un hombre de su edad. Se la quedó mirando como si no pudiera imaginar por qué ella insistía en hacerle estas abruptas preguntas. Evans detestaba la debilidad de Havelmann, que hacía crecer en ella una furia que la empujaba hasta el borde de la demencia. Y era un mal día, y se pondría peor.

—No entiendo lo que persigue —dijo Havelmann, con considerable dignidad—. Pero así y todo, la ficha la informa de los hechos: tengo mujer, Helen, y dos hijos. Ronnie tiene nueve años y Susan cinco. Tenemos una casa grande y bonita, un Lincoln y un

Porsche. Soy de los **Braves** y no mastico chicle. ¿Qué más le gustaría saber?

—Muchas cosas. En algún momento las averiguaré —Evans hablaba con frialdad—. ¿Hay algo que quisiera preguntarme? ¿Cómo vino a dar aquí? ¿Cuánto tiempo va a tener que quedarse? ¿Quién es?

Havelmann habló con una frialdad similar. —Yo sé quién soy.

—¿Quién es usted, entonces?

—Me llamo Robert Havelmann.

—Exacto —dijo la doctora Evans con calma—. ¿En qué año estamos?

Havelmann la miro con cautela, como si estuviera a punto de ser embaucado. —¿De qué me está hablando? Es 1984.

—¿Qué época del año?

—Primavera.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cinco.

—¿Qué hay debajo de este pañuelo?

Havelmann miró el pañuelo que estaba sobre el escritorio como si lo viera por primera vez. Se le tensaron los hombros y miró a Evans con sospecha.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Havelmann regresó esa tarde, igual de arrugado, igual de inocente. ¿Cómo podía una persona envejecer y seguir siendo inocente? Evans no recordaba que las cosas hubieran sido alguna vez así de fáciles.

—Siéntese —dijo ella.

—Gracias. ¿Qué puedo hacer por usted, doctora?

—Quiero continuar la discusión que tuvimos esta mañana.

Havelmann sonrió. —¿Discusión? ¿Esta mañana?

—¿No recuerda haber hablado conmigo esta mañana?

—Nunca le he visto antes.

Evans lo observaba serenamente. El viejo se revolvió en su silla.

—¿Cómo sabe que soy médica?

—¿No es usted médica? Me dijeron que debía entrar a ver a la doctora Evans en el consultorio 10.

—Ya veo. Si no estuvo aquí esta mañana, ¿dónde estuvo?

Havelmann dudó.

—Veamos… estaba trabajando. Recuerdo haberle dicho a Helen, mi esposa, que trataría de llegar temprano a casa. Ella siempre me regaña porque me quedo hasta tarde. La empresa está bastante ocupada en este momento: hay un gran contrato en vista. Susan actúa en una obra de teatro escolar y tenemos que estar allá a las ocho. Y quiero llegar a casa con la suficiente anticipación como para trabajar un poco en el jardín. Me pareció un buen día para hacerlo.

Evans hizo una anotación.

—¿En qué estación del año estamos?

Havelmann se agitó como un niño; miró la ventana de persianas cerradas.

—Primavera —dijo—. Soleada, cálida… muy bonito clima. Están comenzando a florecer los ciclamoros.

Sin una palabra, Evans se levantó de la silla y fue hasta la ventana. Abrió las persianas, revelando un campo árido, barrido por ventiscas de nieve. Pasto muerto fustigado por un fuerte viento y el cielo turbio de nubes.

—¿Qué le parece esto?

Havelmann miró. Enderezó la espalda y se inclinó hacia adelante. Se tironeó del lóbulo de la oreja.

—¿No es una desgracia? Si no le gusta el clima de aquí… Espere diez minutos —dijo.

—¿Qué pasó con los ciclamoros?

—Con este tiempo, probablemente morirán. Espero que Helen les haya puesto abrigos a los niños.

Evans miró la ventana. Nada había cambiado. Lentamente, cerró las persianas y volvió a sentarse.

—¿En qué año estamos?

Havelmann se acomodó en la silla, nuevamente calmo. —¿Qué quiere decir? Es 1984.

—¿Alguna vez leyó ese libro?

—Un minuto, despacio. ¿De qué me está hablando?

Evans se preguntó qué haría Havelmann si ella se levantaba y le enterraba los pulgares en los ojos.

—El libro de George Orwell titulado “1984” —se obligó a decir con lentitud—. ¿Lo conoce?

—Claro. Tuvimos que leerlo en la universidad —¿Había un dejo de irritación debajo de la inocencia de Havelmann? Evans se quedó sentada, tan silenciosa e inmóvil como pudo.

—Recuerdo que me impresionó bastante —continuó Havelmann.

—¿Qué tipo de impresión?

—Esperaba algo diferente del profesor. Era un liberal confeso. Yo esperaba algún libro del tipo desgarrante. No fue así en absoluto.

—¿Lo puso incómodo?

—No. No me dijo nada que no supiera ya. Sólo reflejaba lo erróneo del colectivismo. Usted sabe… el comunismo reprime al individuo, destruye la iniciativa. Alega tener en su espíritu los intereses de la mayoría. Y niega todos los valores humanos. Eso es lo que saqué de “1984”, aunque oyendo hablar del libro a aquel profesor, parecía que sólo tratara de Nixon y Vietnam.

Evans siguió quieta. Havelmann prosiguió.

—He observado la misma mentalidad en mi trabajo en la empresa. Las grandes corporaciones son exactamente iguales que el gobierno. Grandes, lentas: usted podría mostrarles la forma de ahorrar mil millones y ellas le aplastarían como a un insecto, porque cambiar les resulta demasiado problemático.

—Parece como si tuviera algún resentimiento —dijo Evans.

El viejo sonrió. —Así es, ¿verdad? Lo admito. He pensado mucho en eso. Pero tengo fe en la gente. Algún día, sencillamente, tendré que postularme para un cargo público y ver si puedo hacer algún bien.

La punta del lápiz de Evans se partió. Miró a Havelmann, que le devolvió la mirada. Después de un momento, ella se concentró en la libreta. La punta rota había dejado una cicatriz negra sobre su escritura precisa.

—Es una buena idea —dijo Evans con suavidad, la vista aún baja—. ¿Todavía no recuerda haber discutido conmigo esta mañana?

—Nunca la he visto antes de entrar por esa puerta. ¿Sobre qué se suponía que nos estábamos peleando?

Havelmann estaba demente. Evans casi rió en voz alta al pensarlo. Por supuesto que estaba demente… ¿por qué otra razón estaría aquí? La cuestión —se forzó a considerar racionalmente— era la naturaleza de su demencia. Levantó el pisapapeles y se lo pasó.

—Estábamos discutiendo sobre este pisapapeles. Se lo mostré, y usted dijo que nunca antes lo había visto.

Havelmann examinó el pisapapeles. —Parece común y corriente. Me resultaría fácil olvidar algo así. ¿A qué tanto escándalo?

—Notará usted que es un modelo del Lincoln Memorial.

—Probablemente lo consiguió en alguna tienda de **souvenirs**. Washington está plagada de basura como esta.

—Hace mucho que no voy a Washington.

—Yo vivo aquí. Bueno, en Alexandria. Viajo en auto todas las mañanas.

Evans cerró la libreta. —Tengo un diagnóstico posible para su condición —dijo de repente.

—¿Qué condición?

Esta vez fue más difícil para Evans reprimir la risa. Sus ojos casi lagrimearon por el esfuerzo. Retuvo la respiración y continuó.

—Usted exhibe los síntomas del sindrome de Korsakov. ¿Alguna vez oyó hablar de él?

Havelmann parecía tan en blanco como una pared encalada.

—El sindrome de Korsakov es una forma poco común de pérdida de la memoria. Los primeros casos registrados datan de fines del siglo diecinueve. Hubo un caso famoso en 1970: famoso entre los médicos, quiero decir. Un sargento de la Marina llamado Arthur Briggs. Tenía unos cincuenta años y buena salud, aparte de los efectos prolongados del alcoholismo, y había sido suboficial de carrera hasta que lo dieron de baja a mediados de los sesenta, luego de veinte años de servicio. Funcionó normalmente hasta principios de los setenta, momento en que perdió la memoria de todos los acontecimientos que le habían ocurrido después de septiembre de 1944. Podía recordar con vívidos detalles, como si acabara de suceder, los eventos ocurridos hasta esa fecha. Pero el resto de su vida… nada. No sólo eso: la continuidad de su memoria quedó tan afectada que sólo podía recordar los sucesos del presente por un período de minutos, pasado el cual los olvidaba del todo.

—Yo puedo recordar lo que me sucedió hasta el momento de entrar a esta habitación.

—Eso es lo que el sargento Briggs les decía a sus médicos. Para probarlo, les contaba que la Segunda Guerra Mundial estaba en su apogeo, que él estaba apostado en San Francisco, preparándose para ser enviado a las Filipinas, que parecía que los **Browns** de St. Louis por fin podrían ganar un campeonato si aguantaban hasta septiembre, y que él tenía veinte años de edad. No podía recordar nada de lo que le sucedía durante más de cuarenta minutos. El mundo había continuado, pero él estaba varado para siempre en 1944.

—Es horrible.

—Así le pareció al médico que lo atendía… al principio. Más tarde, especuló que podía no ser tan desagradable. El hombre aún tenía una vida emocional vigente. Aún podía recordar su juventud, y para él la juventud nunca había terminado. Nunca había cumplido años y nunca había visto envejecer y morir a sus amigos, nunca recordaba que él mismo había envejecido hasta convertirse en un alcohólico solitario. Su novia aún lo esperaba allá en Columbia, Missouri. Tenía veinte años para siempre. Había logrado el escape perfecto.

Evans abrió un cajón y sacó un espejo de mano. —¿Qué edad tiene usted? —preguntó.

Havelmann parecía asustado. —Mire, ¿por qué estamos…?

—¿Qué edad tiene? —La voz de Evans estaba calma, pero decidida. Dentro de ella, una punta de júbilo amenazaba con partirle el corazón.

—Tengo treinta y cinco. ¿Qué diablos…?

Empujar el espejo ante él era tan satisfactorio como disparar una pistola. Havelmann lo tomó, la miró de soslayo; luego, tentativamente, como el más nervioso estudiante de primer años buscando la nota de su examen final, miró su reflejo.

—Dios —dijo. Comenzó a temblar—. ¿Qué sucedió? ¿Qué me hizo? —Se levantó de la silla con la expresión retorcida—. ¡Qué me hizo! ¡Tengo treinta y cinco años! ¿Qué sucedió?

La doctora Evans estaba de pie frente al espejo de su oficina. Tenía puesto el uniforme, que estaba casi tan arrugado como el traje de Havelmann. Tenía la casaca desbotonada y estaba palpándose el seno izquierdo. Se acostó en el suelo y continuó la revisión. El bulto

era innegable. Ningún dolor, todavía.

Se sentó, estiró la mano hasta el paquete de cigarrillos que estaba sobre el escritorio, sacó el último y lo encendió. Abolló el paquete y lo tiró al cesto de papeles. Doble. Veinte años atrás, en la universidad, había sido una jugadora de basket bastante buena. Se volvió a acostar y dio una larga pitada al cigarrillo, inhalando profundamente, exhalando el humo con fuerza, con un suspiro de agotamiento. Probablemente no iba a poder correr de aquí para allá en una cancha ni una sola vez más.

Giró la cabeza para mirar por la ventana. Las persianas estaban abiertas, revelando el mismo paisaje estéril de antes. Golpearon la puerta.

—Pase —dijo.

Entró Havelmann. La vio acostada en el piso, levantó una ceja, sonrió.

—¿Usted es la doctora Evans?

—Lo soy.

—¿Puedo sentarme aquí o también debo acostarme?

—Haga lo que mierda le plazca.

Se sentó en la silla. No se había ofendido. —¿Para qué quería verme?

Evans se levantó, se abotonó la casaca, se sentó en la silla giratoria. Le clavó la mirada. Su rostro estaba blanco, pálido; sus finos labios, tensos. Era la expresión de una mujer con una enfermedad terminal, tan acostumbrada a su dolencia y a la necesidad de ignorarla que todo lo que se permitía expresar del dolor era una ligera molestia. Voy a ver cómo termina esto, decía su rostro, y luego me voy a matar.

—¿Nos hemos visto antes?

—No. Estoy seguro de que la recordaría.

Estaba seguro de que la recordaría. Mierda, iba a matarlo. Eso lo recordaría.

Evans aplastó el último centímetro de cigarrillo. Sintió que se le tensaban los músculos de las mandíbulas; miró el cenicero con pesar.

—Ahora tengo que dejar de fumar.

—Yo debería dejar. Fumo demasiado.

—Quiero que ahora me escuche atentamente —dijo ella con lentitud—. No responda hasta que yo termine.

»Soy el Mayor D. S. Evans y soy psicóloga militar. Esta oficina es la enfermería del Centro Nacional para las Comunicaciones de Defensa, CENCD, ubicado a tres mil metros debajo de la ladera de una colina en West Virginia. Por lo que sabemos, somos el único cuerpo gubernamental vivo en los Estados Unidos continentales. La escena que ve a través de esta ventana está siendo retransmitida desde un monitor de superficie, en Nebraska central. Por medio de una orden a la computadora puedo conectarme con cualquiera de los doce monitores que aún funcionan.

Evans giró hacia el teclado y tipeó una orden: la escena de la ventana pasó a una imagen de mampostería rota y vigas de acero retorcidas. La imagen estaba oscurecida debido a la costra de polvo que había en la lente de la cámara y a una fuerte nevada. Evans tipeó una orden adicional y tocó uno de los interruptores del escritorio. De un parlante salió un estallido de estática, un siseo como de tocino friéndose.

—Eso es Dallas. El sonido es la lectura de la radiación de fondo registrada por los detectores que se encuentran en el local de esta cámara. —Tipeó otra orden y la imagen de la “ventana” parpadeó en una sucesión de escenas igualmente desoladas, manteniéndose diez segundos en cada una antes de cambiar a la siguiente. Un desierto sombrío, inmóvil bajo las nubes bajas; una lóbrega toma submarina en la que apenas se distinguían los restos de un edificio; un bosque desnudo, medio enterrado en la nieve; un cruce de autopistas vacío. Con cada cambio de escena, el parlante se detenía por un segundo y luego el siseo reaparecía.

Havelmann observó todo esto con compostura.

—Este es el estado de la superficie desde hace un año, desde que cayeron las últimas bombas. Por lo que sabemos, no hay ningún ser humano vivo en Norteamérica… en el Hemisferio Norte, si vamos al caso. Las transmisiones de radio procedentes de Sudamérica, Nueva Zelandia y Australia han ido cesando una a una, durante los últimos ocho meses. No hemos observado ninguna criatura viva más evolucionada que un insecto, por ninguno de nuestros monitores, desde principios de año. Estamos en el verano del 2010. Aunque, considerando la situación, me parece un poco fútil seguir contando los años de acuerdo al viejo sistema.

La doctora Evans abrió un cajón del escritorio y extrajo una automática. La colocó en el centro del secante y se recostó en la silla, con la mano derecha tocando el borde del escritorio, cerca de la pistola.

—Ahora usted me va a decir que nunca se enteró de nada, y que nunca me ha visto en su vida —dijo ella—. A pesar de que hemos estado hablando a diario durante dos semanas, y de que usted ha escuchado esta explicación al menos tres veces durante ese período. Me va a decir que es 1984 y que tiene treinta y cinco años de edad, a pesar de lo absurdo de dicha afirmación. Va a simular perplejidad y confusión; cuanto más le insista en que enfrente los hechos, más se angustiará. En algún momento estallará en lágrimas y esperará que yo lo compadezca. Puede irse a la mierda.

La voz de Evans expresaba cada vez más enojo a medida que hablaba. Debía detenerse; casi era más de lo que podía hacer. Cuando retomó el hilo, estaba de nuevo bajo control:

—Si usted persiste en esta impostura es posible que lo mate. Le aseguro que a nadie le importará si lo hago. Ahora puede hablar.

Havelmann se quedó mirando la ventana. Su boca se abría y se cerraba estúpidamente. Qué viejo parecía, qué endeble. Evans sintió una repentina ola de lástima y duda. ¿Y si estaba equivocada? Se imaginó a sí misma como posiblemente la veía él: arrogante, amargada, una incomprensible inquisidora cuyos motivos para atormentarlo eran un misterio total. Lo observó. Luego de unos minutos él cerró la boca; sus ojos parpadeaban con rapidez y estaban claros.

—Por favor. Dígame de qué me está hablando.

Evans se estremeció. —La pistola está cargada. Siga hablando.

—¿Qué quiere que diga? Nunca me enteré de nada de esto. Esta mañana vi a mi esposa y a mis hijos y todo estaba bien. Ahora usted me escupe esta historia de la guerra atómica y el 2010. ¿Qué, estuve dormido durante treinta años?

—Cuando entró no se comportó como alguien muy sorprendido de estar aquí. Si está tan desorientado, ¿cómo explica de qué modo llegó a este lugar?

El hombre estaba sentado pesadamente en la silla. —No lo recuerdo. Creo que pensé que vine aquí —al hospital, pensé— para una revisación general. No lo analicé. Usted debe saber cómo llegué aquí.

—Lo sé. Pero creo que usted también lo sabe y que está jugando conmigo… con todos nosotros. Los otros están preocupados, pero yo estoy harta. Puedo ver a través de usted, así

que más le vale dejar de actuar. Usted era famoso por su sinceridad, pero yo siempre sospeché que eso también formaba parte de la actuación y no me dejaré engañar. Usted comenzó este juego demasiado tarde como para convencerme de que está loco, a pesar de lo que puedan pensar los demás. —Evans jugueteó con la colilla del cigarrillo—. O bien podría ser un sistema delusorio. Usted piensa que está en un hospital, y su esquizofrenia ha progresado hasta el punto en el que niega todos los hechos que no cuajan con sus intentos de evadir su responsabilidad. Supongo que, en algún sentido, con una demencia así quedaría absuelto. Si ese es el caso, yo tendría que ser más objetiva. Bueno, no puedo. Estoy fallándole a mi profesión, me doy cuenta. Qué mal.

La emoción se había ido escurriendo gradualmente de ella hasta que, hacia el final, sintió como si estuviera hablándole desde otro continente, y no desde el otro lado del escritorio.

—Todavía no sé de qué me está hablando. ¿Dónde están mi esposa y mis hijos?

—Están muertos.

Havelmann se quedó rígido. El único sonido era el siseo del detector de radiación.

—Permítame un cigarrillo —dijo él.

—No quedan cigarrillos. Acabo de fumarme el último. —La voz de Evans era distante—. Hice que dos cartones me duraran un año.

Havelmann bajó la vista. —¡Qué viejas están mis manos! Helen tiene unas manos preciosas.

—¿Por qué continúa con esta farsa?

El rostro del viejo enrojeció. —¡Maldita sea! ¡Dígame qué pasó!

—La famosa ira de Havelmann. ¿Se supone que ahora tengo que estar asustada?

El siseo del parlante pareció aumentar. Havelmann se abalanzó sobre la pistola. Evans se la arrebató y se apartó del escritorio. El viejo tomó el pisapapeles y lo elevó para golpearla. Ella lo apuntó con la pistola.

—Su esposa no logró llegar al avión a tiempo. Estaba en la Casa Blanca de la costa oeste. No sé dónde estaban sus malditos hijos. Probablemente resultaron vaporizados junto con sus propias familias. Usted, sin embargo, disponía de la Operación Kneecap para salvarse, señor Presidente. Ahora siéntese y dígame por qué ha estado fingiendo, o lo mataré aquí y ahora. ¡Siéntese!

Una luz pareció encenderse en Havelmann. —Usted está loca —dijo quedamente.

—Vuelva a poner el pisapapeles en el escritorio.

Lo puso. Se sentó.

—Pero usted no puede ser simplemente una loca —continuó Havelmann—. No hay razón para que me haya sacado de mi casa y someterme a esto. Esto es una especie de conspiración. El gobierno. La CIA.

—¿Y usted tiene treinta y cinco años?

Havelmann volvió a examinarse las manos. —Usted me ha hecho algo.

—¿Y los campos de concentración? ¿Y el Decreto 31?

—Si soy el Presidente, ¿por qué me está interrogando? ¿Por qué no puedo recordar ni una sola cosa al respecto?

—Basta. Deténgase ahora mismo —dijo Evans lentamente. Por primera vez, escuchó su propia voz. Parecía la de un viejo; más que la de Havelmann—. No puedo soportar más mentiras. Le juro que lo mataré. Primero hizo el papel de Comandante en Jefe: calistenia, labios apretados y disciplina. Después el de Hermano Mayor: tomemos un whisky y charlemos del asunto, hijo. A la orden, Señor Presidente —Havelmann la miraba fijamente. Iba a obligarla a matarlo y ella sabía que no sería lo bastante fuerte como para negarse—. Y ahora no puede recordar nada. Sus muchachos están confundidos, están hartos. Yo también estoy harta.

—¡Si eso es cierto, tiene que ayudarme!

—¡Me importa un carajo ayudarlo! —gritó Evans—. Me interesa hacerle decir la verdad. ¿No se da cuenta de que estamos muertos? No me preocupa su enfermizo sentido de lo que está bien o mal, simplemente dígame qué es lo que lo mantiene en carrera. ¿A quién piensa que va a impresionar? ¿Cree que tiene que ganar una elección? ¿Que proteger su lugar en la Historia? ¡No va a haber más Historia! ¡La Historia terminó en agosto! Así que evíteme la fantasía del hospital y de la sala de enfermeras inexistente. Una persona con el sindrome de Korsakov no inventaría esos cuentos. Reconocería la diferencia entre una ventana y una pantalla de video. Y una decena de deslices más. Usted no es tan buen actor.

Le tembló la mano. La pistola era pesada. La voz también le temblaba, y se despreció por ello.

—A veces pienso que lo único que me ha mantenido viva era saber que me quedaba medio paquete de cigarrillos. Eso y el deseo de hacerlo arrastrar.

El viejo estaba sentado, mirando la pistola que estaba en la mano de Evans. —¿Yo era el Presidente?

—No —dijo Evans con amargura—. Lo inventé todo.

Los ojos de Havelmann parecieron hundirse mucho tras la red de arrugas que los rodeaban.

—¿Yo inicié la guerra?

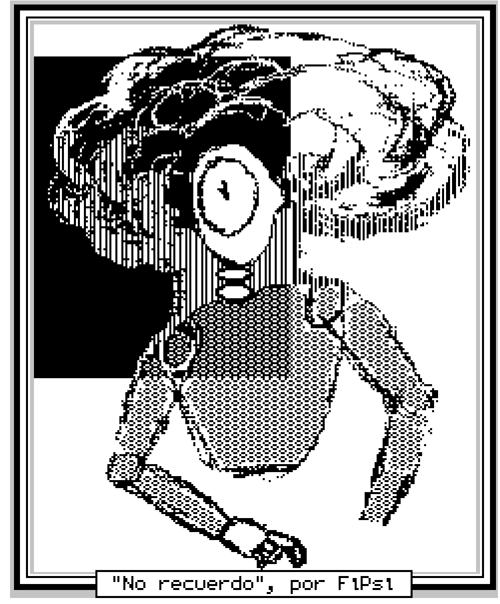
Evans sentía el corazón latiéndole velozmente. —¡Deje de mentir! Usted envió la fuerza de choque; usted ordenó el lanzamiento inicial.

—Soy viejo. ¿Qué edad tengo?

—Maldición, usted sabe perfectamente bien qué… —Evans se detuvo. Apenas podía respirar. Sentía un agudo dolor en el pecho—. Tiene sesenta y uno.

—Jesús, María y José.

—¿Nada más? ¿Eso es todo lo que puede decir?


"No recuerdo", por F1Ps1

El viejo le clavó una mirada hueca y luego, lentamente, tan lentamente que al principio no resultó evidente lo que estaba haciendo, bajó la cabeza hasta sus manos y comenzó a llorar. Sus sollozos eran casi inaudibles bajo el siseo del detector de radiación. La doctora Evans lo observó con atención. Apoyó los codos en el escritorio, afirmando la pistola con ambas manos. La

cabeza de Havelmann se agitaba frente al arma. A pesar de su edad, la cabellera gris era espesa.

Luego de un momento, Evans estiró la mano y desconectó el parlante. El siseo se detuvo.

En algún momento Havelmann dejó de llorar. Levantó la cabeza. Parecía aturdido. Su expresión se tornó indescifrable. Miró a la médica y a la pistola.

—Me llamo Robert Havelmann —dijo—. ¿Por qué me apunta con esa pistola?

—Por favor, no —dijo Evans.

—¿No qué? ¿Quién es usted?

Evans vio cómo se borroneaba el rostro de Havelmann. A través de las lágrimas el viejo parecía mucho más joven. La pistola se deslizó hacia abajo. Trató de enderezarla, pero era como si Evans estuviera hecha de humo: no había sustancia en ella, y no había otra cosa que pudiera hacer para evitar disiparse, descartando el hecho de matar a alguien tan limpio e inocente como Robert Havelmann. El viejo le sacó la pistola de la mano.

—¿Se siente bien? —preguntó él.

La doctora Evans estaba sentada en su oficina, esperando que este no fuera un mal día. El dolor en el pecho hoy no había aparecido, pero no tenía más cigarrillos. Registró el escritorio con la improbable esperanza de haber olvidado algún paquete, siquiera una sola colilla, en algún rincón de uno de los cajones. No hubo suerte.

Desistió y volvió el rostro a la ventana. Las persianas estaban abiertas, revelando el campo cubierto de nieve. Observó las nubes rodando con el viento. Estaba oscuro. Invierno. Nada vivo.

—Afuera hace frío —murmuró.

Golpearon la puerta. Dios querido, déjenme tranquila, pensó. Por favor, déjenme tranquila.

—Pase —dijo.

Se abrió la puerta y entró un hombre viejo de traje arrugado.

—¿La doctora Evans? Soy Robert Havelmann. ¿De qué quería hablarme?

Notas

[*]
Bell Telephone Inc.

Traducido por Claudia De Bella

Visión

Marcelo Daniel Escobar


"Vision", por R. Goldberger

Desde un moderno televisor un viejo repite eternamente: “¿Recuerdan cuando dijimos que no había futuro?… Pues aquí está.”

Es necesaria toda la electricidad que nos queda en el mundo para mantener esta imagen. Nos arrodillamos frente a ella y repetimos gestos que han perdido su significado. Algunos nos sentamos a una mesa, como creemos recordar que hacían nuestros padres, y la miramos todo el día; a veces, con nuestros gruñidos, intentamos discutir sobre qué es ese sonido.

Vejez

Marcelo Daniel Escobar

Una maquinita para dormirme
una pantalla para darme amor
Estoy en el futuro que otros pensaron
y soy un niño de nuevo
Tengo una dieta controlada
me visten para salir a pasear
No necesito caminar en las veredas
ni tampoco saludar a estos mil desconocidos
porque estoy en el futuro que otros imaginaron
y soy un niño de nuevo
Puedo encontrar mi memoria en cajitas de computadora
escuchar llorar a los fantasmas si no están las enfermeras
Ayer me dieron guantes nuevos
para tapar mis manos de metal
Hoy me dijo el robot de guardia que mis ojos no son recuperables
pero nada de esto importa
si estoy en el futuro que otros construyeron
y soy un niño de nuevo
un niño de piel ajada
un niño de cien siglos
un niño que no puede morir

Hoy o mañana

Marcelo Daniel Escobar

Mastico carne humana
robada a los muertos-vivos
Me escondo entre las ruinas
de tu sociedad infame
Sólo las brujas me protegen
siempre que pueda pagarles con palabras
La niebla cae todas las mañanas
como para mitigarle al sol
la ruina de su hija
Y yo tengo que correr a refugiarme
cuando las patrullas se activan

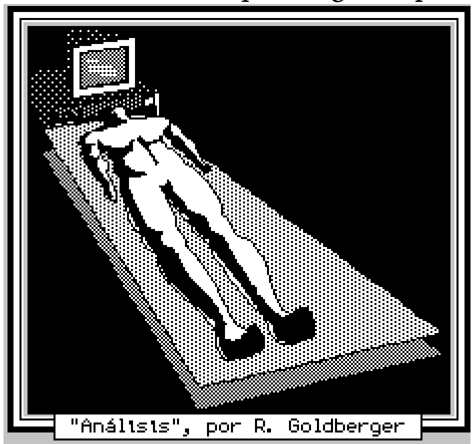
A las noches se prenden pocas luces
en algunos edificios
como si ya fueran pocos los ojos
que esperan ver
la llegada del futuro

La Balada de las Estrellas

Roberto Bayeto Carballo

I

Cuando el zumbido de la chicharra del panel de control se retorció por todos los compartimientos de la nave, Nake se encontraba en el baño. De manera que lo ignoró por completo.


"Análisis", por R. Goldberger

La salida del Foso había desactivado los mecanismos de Paralización Corporal. El había podido abrir los ojos rápidamente, sin ninguna molestia o efecto residual, lo que lo obligó a agradecer otra vez a la brillante mente del Doctor Ungumelungu por eliminar con su S.P.C. (Sistema de Paralización Corporal) al antiguo método criogénico, que era harto doloroso.

Después de enfundarse en el mono, se sentó frente a los controles de aproximación y tecleó unas cifras. La respuesta no tardó en llegar. Se encontraba a sólo unas décimas de parsec del blanco, lo que le dejaba algunas horas de ocio dentro de la nave. Como lo hacía casi siempre antes de alguna misión, se acostó frente a la psicoanalizadora y exteriorizó sus pensamientos.

—Aún recuerdo cuando me gradué en la escuela de astronaútica de Betelgeuse. En ese entonces tenía quince años y mil quinientos sueños. Quince años subjetivos más tarde tenía mil quinientos años y ningún sueño. El tiempo los había desgastado como a mi barrio, novia y familia. Volví de mi primera misión y descubrí que mi hogar había desaparecido ochocientos años atrás.

Cosas que sólo le suceden a los sublumínicos como yo.

»Fui un paria desde ese momento. Un ser que podía viajar solamente al futuro, y al que el pasado se le escapaba cada vez más rápidamente hasta hacérsele confuso e indescifrable. La culpa de todo la tenía la física, que me vomitaba inexorablemente en el rostro la imposibilidad de viajar al pasado.

»Mi vida era un constante avance sin oportunidad de retorno. Los cambios históricos, tecnológicos y culturales me confundían.

»Si algún día se pudiera disponer de una máquina temporal que retrocediera a épocas pretéritas (lo que dudo mucho) hablaría conmigo mismo, me obligaría a dejar la puta academia y llevaría una vida común y silvestre.

—Ya vengo, voy a cagar —dijo, y puso la pausa corriendo hacia el baño.

—Aquí estoy de vuelta.

»Cuando tenía cuarenta años subjetivos y diez mil relativos, Kukuno Pedro descubrió la astronavegación por medio de la Inducción de Fosos Transdimensionales. El sistema era muy simple. Entre dos objetos que se encontraran a veinte mil parsecs —tomando una cifra al azar— uno de otro, se inducía por medio del cañón IFT un foso de pocos años luz, que abría sus extremos a pocos miles de kilómetros de los dos objetivos y por el que la nave se desplazaba unas decenas de kilómetros por debajo de la velocidad de la luz, convirtiendo el viaje de ida y vuelta antes milenario en un corto paseo de apenas cuatro años relativos. Eso hacía que pudiéramos vincularnos afectivamente con otros seres humanos —o no tanto— sin temer encontrar sus tataratataratataratataratatara nietos después de una misión.

»Pero… —siempre los hay— el sistema IFT era inestable.

»Se dieron muchos casos en que los cañones dejaban de funcionar por desperfectos técnicos, interferencia, negligencia o capricho, y las naves se perdían para siempre en medio de una zambullida transdimensional.

»Jamás se supo otra vez de ellos. De esa forma perdí amigos muy buenos que conocía desde dos o tres mil años. Muy triste en verdad.

»Pero —ya les dije que siempre los hay— esto se solucionó cuando los Proximanos —muy feos y muy listos— instalaron pequeñas versiones de los cañones en las proas de las naves, haciendo que cada una de ellas creara su propio Foso. Gracias a

eso la astrofísica avanzó a pasos agigantados, haciendo que las zambullidas fueran una cosa cotidiana y segura.

»Se recorrieron los extremos galácticos, se transformaron mundos hostiles en paradisíacos lugares, adaptados a la conformación orgánica de las especies integrantes de la Federación, y se crearon diez mil sistemas de vigilancia, colonización, exploración, transformación, etcétera.

»Todo el mundo —o los mundos— creía que ya no había nada por descubrir… hasta que un sabio protodruida hizo el hallazgo que modificó los parámetros de toda la cultura federada: Las estrellas eran seres racionales que se comunicaban entre sí por medio de extáticas melodías, en las cuales contaban sus anhelos, felicidades, desdichas y aventuras. Un año más tarde en las emisoras radiales de toda la galaxia se escuchaba la Balada de las Estrellas.

»Como cada una entonaba más de tres canciones por período y jamás repetía una sola en su repertorio se hizo patente que habría música para rato, o mejor dicho para siempre.

Levantó la pierna derecha, se inclinó y dejó escapar un gas con toda alevosía.

PDDRRRUPDH.

—Ahh, continúo. Varios años después los sicólogos llegaron a la conclusión de que las canciones estelares eran altamente terapeúticas y que después de un tratamiento intensivo a base de ellas los estressados, neuróticos, paranoicos, esquizoides y demás "oides" se curaban completamente.

»La cooperativa de ingenieros construyó, a pedido de los sicólogos, un dispositivo llamado Oído Cósmico, que alojado en una parte del cerebro absorbía las emisiones estelares continuamente, creando un efecto como de película en la vida de sus poseedores, ya que toda su existencia tenía un agradable y terapeútico fondo musical.

»Debido a su creciente éxito, el Consejo Intermundial de Salud Mental hizo un plebiscito para decidir si se debía implantar el Oído en todos los ciudadanos de la Federación o no. El resultado fue altamente a favor, con un noventa y cinco por ciento de los votos por el sí. El cinco por ciento negativo fue el de los músicos, que se habían fundido ya que debido a la música de las estrellas nadie les daba pelota.

»Los Oídos se implantaron en todos los seres de la Federación, incluyendo los recién nacidos y los músicos, y nació

un nuevo tipo de cultura asentada firmemente en la Balada de las Estrellas.

»Pero —vuelvo a insistirles que siempre los hay— surgieron problemas con algunas estrellas y así nació el Ministerio de Defensa Estelar de la Salud Mental, encargado de tomar las medidas drásticas en caso de emergencia.

»Se podría decir que esas medidas en lugar de drásticas eran draconianas. Por desgracia fui asignado por mis altas calificaciones y experiencia a la Unidad de Exterminadores… y la puta verdad es que odiodiodiodio mi laburo y la reputísimamadrequelorecontramilparió…

En la pantalla del psicoanalizador aparecieron algunas cifras y palabras:

CBK FOJA 6736-B. PSICOANALISIS REALIZADO Y TERMINADO. RESULTADOS ALTAMENTE POSITIVOS.

II

Nake se levantó del diván y caminó hasta la pantalla de proa. Se sentó en el sillón, tomó los manos del Avispón, viró ocho grados a estribor y preparó el misil Espacio-Espacio de antimateria. Se levantó, se dirigió hasta la sala de comunicaciones y esperó un rato, hasta que la luz violeta que indicaba la llegada al blanco se encendió titilante. Conectó la radio y transmitió el mensaje de siempre, esta vez al Comando Central de Pez Austral.

—EXTERMINADOR 65 ACERCANDOSE A OBJETIVO FORMALHAUT, SOLICITA AUTORIZACION PARA ACCION 45-0-07-B32433I, SOLICITUD 1241. ¡CAMBIO!

Escuchó unos chirridos en la línea y una voz alegre le contestó:

—AQUI PEZ AUSTRAL… ¡AL FIN HA LLEGADO! ENCARGUESE CUANTO ANTES DE OBJETIVO FORMALHAUT. YA NO SOPORTAMOS MAS ESOS BERRIDOS… HUBO VARIOS CASOS DE SUICIDIO POR AQUI. ¡SUERTE! CAMBIO Y FUERA.

Desconectó la radio. Tomó los mandos del Avispón otra vez y se apoyó con todo el peso de su cuerpo sobre el obús. La potencia de cada micro misil era suficiente para mandar al otro mundo a una estrella del tamaño de Formalhaut sin crear una reacción en cadena que desintegrara los mundos y sistemas

cercanos.

Cuando el colimador se puso en rojo, disparó y cerró los ojos. No quería imaginar el grito de agonía que lanzaría su víctima. Por algo los Exterminadores no usaban Oídos. A la larga enloquecerían.

Apagó la batería lanza misiles y puso los controles en automático.

Los pisciaustralianos estarían felices, Formalhaut ya no sobrepondría sus emisiones sobre la voz de su estrella personal.

Antes de entrar al S.P.C. y zambullirse, sintió lástima por la desdichada. El Ministerio no tenía derecho de haberla condenado por poseer una voz horrible y desafinada.

Cerró los ojos y se sumergió en el Foso.

9-8-1987

Correo 27

Equipo Axxón

Bahía Blanca, 18/10/91

Estimado Eduardo:

Sería poco original si me quejo de no poder ponerme al día con la lectura de Axxón —calculo que me va a llevar algo así como un año o dos— así que te diré que espero impaciente el número 25 con comentarios de la Con Sur. Para mí fue un gustazo estar presente y tener la oportunidad de conocer a gente como ustedes. Lamento que no se haya acercado más gente, y tal vez sea porque se pensó que iba a ser algo mucho más formal, cosa que intimida bastante. De todas maneras, huelga decir que el resultado fue muy positivo.

Muchas gracias por el aviso de "El Asterisco Punk!" que apareció en Axxón-22. Si todo sale bien, ahora el asterisco… va a ser el Boletín del Interior del CACyF (!).

Sigo con el comentario, que parece ser tradición en las revistas de CF. Las disquisiciones inocuas no se entienden y, por supuesto, tampoco causan gracia. Si fueran un poco menos crípticos… "El oro de Tiresias" no es de lo mejor de Angélica Gorodischer, pero espero que sigan publicándola. Del número 23 me gustaron especialmente los cuentos de Pohl y Ferro, y del 24 las maravillosas pixeladas de Contín y el Desparramo de Bear, que como de costumbre se queda sobre el final. Ahora bien, ¿"La entropía viene a cenar" no era del mexicano Zeblis? (Axxón-6). ¿No será un plagio, no?

Pasando a otro tema, te cuento que en la última noche de la Con Sur salió la idea de hacer algo así como un par de jornadas de CF en Bahía Blanca. Nos gustaría que lo vayan pensando, porque sería bárbaro que vinieran a presentar Axxón. El problema es que no sé si vamos a poder ofrecerles algo más que el alojamiento, y la organización, claro. De manera que ese es el objetivo, con miras a realizarlo en Marzo o Abril del 92.

Para terminar, vuelvo a felicitarlos, a vos y al "Equipo Axxón" por la calidad y continuidad de lo que están haciendo. Es necesario que este lugar para la literatura experimental siga abierto, ¡Fuerza!… y… hasta pronto.

Ignacio Viglizzo, Bahía Blanca

```
--Fido-style          Netmail          Area
-------------------------------- NETMAIL -
+
Msg  : 258 of 259             Rcv Pvt K/s
From : Daniel Gomez            4:902/3
     09 Nov 91  22:36:04
To   : Fernando Bonsembiante  900/211.7
Subj : CompuMagazine
-----------------------------------------------------------
+
Grande AXXON!!
Mi telefono sono como nunca despues de que
llego a Bahia Blanca el
ultimo numero de la CompuMagazine.
En general ninguno era usuario del BBS y
ni siquiera lo conocia, la
verdad que fue tambien una publicidad para
mi.
Solo el Sabado copie mas de 40 numeros (
no fueron 40 personas!, no
se entusiasmen ).
El articulo esta bueno y la Revista mejor.
Mis felicitaciones y sigan asi hasta los
100 años por lo menos.

Un Abrazo!

D a n i e l
```

Axxón: Le pedimos perdón a estos dos corresponsales porque sus cartas estaban para salir en el # 26, pero nos olvidamos de ponerlas. Y ahora resulta que casi no tenemos espacio para responderles. La próxima vez hagan como los otros 9998 lectores de Axxón: antes de escribirnos, piénsenlo dos veces. Chau y gracias.

Lo mortal Circu

Alberto Sejas

Con su típica voz nasal, que muchos confunden con un error mecanográfico, anunció el famosísimo y querido saltador la inauguración de la semana ritual de Circu.

—Estimados cobciudadabos, cob mi típica voz basal, que muchos cobfuvbdeb cob ub error mecabográfico, abubciaré yo, el famosísimo y querido saltador, la ibauguraciob de la semaba ritual de Circu, evebto que se realiza uba vez al año. Como siempre, el dulce coro de biños, educados por las abuelas de la ciudad, bos deleitarab cob uba tierba cabciob.

Abriendo la boca bien grande para absorber casi todo el aire de la atmósfera de Circu, cantaron:

—Dos esqueletos juegan un
partido,
con la cabeza de un recién
nacido…

Terminado el poema musical, todos se rajaron a sus hogares para encender los televisores, ya que se esperaba que en cualquier momento llegara el visitante que gentilmente se ofrecería a pasar las etapas del sacrificio simbólico. Quizás el sacrificio no fuera totalmente simbólico.

Es decir, no se daban garantías…

Pero bueh, el ritual milenario comenzaba nuevamente, y ¿a que no adivinan quién se prestó gentilmente a ser sacrificado?

Lo mortal Circu.

1/ En medio de una intranquilizadora paz, hablaban aquel niño y su abuela.

La sala era azul.

La luz del sol atravesaba pesadas cortinas.

El mobiliario era sencillo, aunque la sala era enorme y parecía hecha para lujosas fiestas. Sólo habían un aparador, unas sillas que se usaban poco, y una mesa; todo de color blanco.

La abuela leía un libro de historia. En la sala aún había olor a galletitas, porque a la anciana le gustaba cocinarlas.

Interrumpió su lectura para hacerme un comentario.

—¿Donde? —pregunté.

—Afuera.

—¿Afuera? —pregunté aterrado—, ¿qué es eso?

—Hay lugares más allá de esta casa. Quizás vos los llegués a conocer. Yo no podré volverlos a ver.

—¿Por qué vos no?

—Porque prometí no salir nunca.

—¿Y cómo podré salir yo?

—En el auto del garage. Es la única forma de salir. A la casa se accede por ese portón, cuando se abre, una vez al año, durante unos minutos, al mismo tiempo que el garage.

—¿Y cuándo se abrirán?

—Te lo diré cuando estés preparado para irte.

—¿Todos los niños deben vivir así hasta estar preparados?

—No. Quizás sea tiempo de que te cuente toda la historia. O por lo menos que intente hacerlo. Nadie puede asegurarme que estás preparado para comprender todo lo que sucedió…

»Había un rey que iba a tener un hijo (omitiré los detalles técnicos…). Hubo muchas espectativas con respecto a ese hijo, porque una leyenda (el pueblo tiene muchas y es muy creyente) afirmaba que ese nacimiento significaba el fin del reino. Nadie se cuestionó el origen de la leyenda, y se te consideró peligroso.

»El rey había considerado planes alternativos para tu destino, pero recién luego de tu nacimiento pudo tomar una decisión. Entonces construyó esta casa para que vivieras bajo mi cuidado. Nosotros, los miembros de la nobleza, somos inmortales, sólo alguien ajeno a nuestro pueblo puede asesinarnos.

»Los reyes cambian de estado cuando un hijo tiene edad para sucederles.

»En el momento en que estés preparado te voy a revelar a qué hora se abren las puertas. De todas maneras, es poco probable que alguien llegue hasta aquí, porque estamos en el medio del infierno —derramó una lágrima de vieja—. Yo te cuento esto porque a pesar de tu corta edad has demostrado mucha capacidad y madurez, además tu atento silencio y eventualmente tus tontos comentarios me han ayudado a sobrellevar muy bien el encierro.

Realmente, me siento acompañada. Cuando te vayas vas a pensar como una persona común, para que nadie adivine tus intenciones, por lo que vas a estudiar e incorporar conductas extrañas a un príncipe a quien su padre encerró en el medio del infierno junto a su abuela que generosamente se ofreció a quedarse con él, para protegerse del posible peligro que augura una leyenda muy antigua cuyo origen… Ata… ¡Atanasio! Te dormiste estúpido.

La abuela me contó la historia en muchas oportunidades a medida que yo crecía. Le daba mucha más importancia que yo. A mí sólo me interesaba la posibilidad de escaparme.

Llegado el momento, subí al auto y saludé a la abuela como cuando me iba a dormir, sin tristeza y sin frases. Ella esperaba que yo estuviera triste, pero no pude complacerla. De niño le había prometido muchas veces que de alguna manera me la llevaría conmigo.

Ella hubiera querido retenerme pero sabía que no debía hacerlo, resultaba más peligroso que irme. Y menos interesante.

—¡Ah! —dijo la abuela en el último minuto—, ¡me olvidé de algo!

—Tengo el cepillo de dientes el pañuelo, el peine…

—¡No, no! ¡En el espacio hay cuatro dimensiones!

—¿Cómo?

—Aquí hay sólo tres, ancho, largo y alto, pero afuera hay cuatro.

—Ah, bueno —fingí comprender. Como para geometrías estaba yo. Lo único que sabía en ese momento era que mi destino iba a dar un giro de trescientos sesenta grados.

Me alejé del planeta en línea recta y no miré hacia atrás.

El abismo espacial era nuevo e hipnotizante. Sin embargo, yo creía que —como hombre de negocios— había hecho este viaje infinidad de veces. Eso era necesario, según me explicó la abuela, porque hay personas que pueden leer el pensamiento, y yo debo saber ocultarlos. Para eso estudié y actué toda mi historia, un muchacho común, con unos padres más o menos normales, que vivían del comercio.

Yo había sido educado para continuar con la actividad y ahora me dirigía a un planeta para cerrar un negocio de repuestos para autos. Eso era rutina. Mi ropa era sencilla, y llevaba mi carpeta de negocios suelta.

Mientras el auto avanzaba yo repasaba mi vida,

espectáculos que había visto, reuniones a las que había asistido, compañeros de estudio, alguna pareja. Sobre todo esto último era lo que más me costaba imaginar.

El auto se me comprimía, a pesar de ser muy cómodo, y llegué a dudar de que estaba avanzando. Por suerte, poco después apareció la indicación de un planeta cercano y me dirigí hacia él.

Supuestamente me desviaba accidentalmente de mi camino.

Bajé en ese planeta porque inesperadamente me quedé sin nafta (intenté engañarme). Siempre llevaba un bidón lleno, por las dudas, pero como nunca lo había necesitado y esta vez me hubiera acarreado un contratiempo, no lo llené.

Muchas veces había pasado cerca de ese planeta, tanto que ya había sentido la sensación de que me observaba, pero nunca me había detenido.

En general, un empleado como yo no puede darse el lujo de hacer turismo. Y si eventualmente tengo tiempo, me quedo descansando en casa, escuchando música y a veces pintando, mis actividades favoritas, ya que por mi trabajo es muy poco el tiempo que puedo permanecer en ella.

Por eso, nunca había tenido la posibilidad de conocer ese planeta, que me ofrecía un paisaje seco e inerte.

Probablemente, de tener tiempo y ganas para hacer turismo, no elegiría ese planeta para comenzar. El paisaje era poco amistoso. La computadora del auto indicó que en el polo había una ciudad muy extensa. Debía estar a mil metros hacia el sur.

Tomé el bidón vacío y me encaminé.

Me resultó extraño el hecho de que estando tan cerca no se vieran señales de gran actividad. Ya me imaginaba sintiendo las oleadas de calor, las luces y los ruidos que provienen de las megalópolis, y sin embargo lo único que venía de esa dirección era una tímida brisa. Sospeché que la computadora no funcionaba muy bien. Era casi seguro que había un error, no hay que confiar en esos sistemas tan complejos. Siempre fallan en los momentos más críticos.

Me detuve unos segundos antes de decidir volver al auto. Por curiosidad seguí avanzando, no perdía nada con averiguar qué había en el lugar señalado. Unos pasos más adelante divisé unas casas… ¿Esa era la gran ciudad? ¿Donde estaban las torres imponentes, los edificios flotantes y el cielo oscurecido por dirigibles? Esas casas no podían ser más que el comienzo de los suburbios. Y eso no era posible ya que a mil metros del auto debía

encontrarse el centro de la ciudad.

Sin embargo las casas que se veían parecían ser las únicas en todo el planeta.

Además, recién en ese momento noté que estando a mil metros del centro de una gran ciudad debería haberme encontrado dentro de ella.

Quizás era subterránea.

—Oiga señor —dijo una voz nasal.

Miré hacia atrás y a todo mi alrededor sin encontrar a nadie.

—Acá, abajo —me llamó un saltador—, ¿va para la ciudad?

Hice una mueca de inseguridad y respondí.

—Si así llaman a esas casas, sí.

—¿Y sabe cómo recorrerla sib perderse?

Me encontraba a cien metros y veía que era un pueblo de una sola cuadra, rodeada por una calle de lajas sin vereda, pero con un zócalo de mármol contra las paredes de las casas, con inscripciones talladas, que más que inscripciones parecían guardas ornamentales, cinceladas con la imprecisión del trabajo hecho a mano, que lo hace más artístico.

Obviamente, a cien metros no podía distinguir más que esas cosas generales. Pero algo era seguro, si esa era la ciudad, ese saltador se estaba burlando de mí al pensar que podría perderme allí. Las casas se podían contar con los dedos de una mano. O hasta de un pie.

—¿Te referís a esa ciudad?

—¡Claro! ¿Bo lo sabe aub? Es la úbica que hay.

—Si es así, no creo ser suficientemente torpe como para perderme. Y me resulta muy descortés de tu parte que insinúes que sí podría serlo, ya que no sos mi abuela como para que te puedas permitir insultarme de esa manera.

—Usted supobe que cualquiera podría recorrer fácilmebte la ciudad porque tiebe apariebcia de ser pequeña, y que dudar de que alguieb puede hacerlo es ibsultabte. Ojalá fuera así. Si becesita mi ayuda, este es mi búmero —me dio una tarjeta metálica—. Por favor bo dude en llamarme abte cualquier ibcovebiebte que se le presebte, y bo se caliebte por usted bi por bibgubo de sus pariebtes.

—Eso haré —le dije, y como no se iba y se acomodó en una

posición con la que amenazaba con continuar una larga charla que no sólo no me interesaba sino que me disgustaba, no porque no me agradara el bicho, sino porque quería llegar de una vez a la ciudad, aunque debo admitir que el orejudo animalejo tampoco me despertaba una especial simpatía, le dije en un tono que significaba “andate ya”:

—¡Chau!

Y se fue corriendo asustado.

Aparentemente era tímido. Me pregunto cómo hizo para desaparecer tan pronto, ya que el suelo, reseco y quebradizo, no ofrecía lugares para ocultarse.

Miré la tarjeta por ambos lados: era sólo una lámina plateada que no tenía nada escrito. De todas maneras la guardé, nada tenía que perder si la colocaba entre otras porquerías que guardaba en una bolsita atada al cinto de la túnica.

Llegué a la puerta de una casa y descubrí un detalle curioso que de lejos no había notado: toda la casa era violeta mientras que el resto de la manzana era gris. En la puerta había un cartel que decía:

Bienvenidos los chicos
Bienvenidos los grandes
Bienvenidos sean todos
Los que a mi puerta llamen

Supuse que a tal invitación de la leyenda debía corresponder la existencia de un timbre, pero no lo encontré. En realidad, según el cartel, yo debía golpear la puerta. Lo hice con suavidad y no pasó nada. En ninguna casa se percibían señales de vida.

Siendo esa la única ciudad y esas las únicas casas, la gente no podía estar muy lejos. De todas maneras, yo había golpeado muy suavemente y el tiempo que había transcurrido desde que lo hice justificaba que volviera a hacerlo. Un timbre hubiese facilitado las cosas, ¿cómo debería quedar la frase en ese caso?

Bienvenidos sean todos
los que aprieten el timbre…

No, no rimaba.

Los que el timbre apretaren…

Eso rimaba; era un espanto. Golpeé con firmeza y sentí que en el interior una voz electrónica dijo:

"¡Vieja, abrí la puerta que vino alguien!"

—Ya va, ya va —respondió una voz cansada.

Al parecer fue a buscar una llave y recién cuando logró encontrarla se acercó a la puerta.

—Un momentito —me dijo mientras probaba una llave tras otra sin lograr encontrar la correcta. Si hubiera sabido golpeaba otra puerta.

Una dulce ancianita de cabello violeta recogido en un rodete se asomó cuando logró abrir la puerta. Tenía puesto un vestido ancho, también violeta.

Seguramente me iba a preguntar qué estaba buscando y me seguiría haciendo preguntas y preguntas.

Menos mal que no había qué ocultar, porque esa vieja zorra tenía cara de astuta.

—¿Cómo le va?

En principio no supe qué contestarle, ya que no la había imaginado capaz de hacer semejante pregunta. Con la cara de buena que tenía…

—Bueno… Me quedé sin nafta y quisiera saber en dónde puedo comprar…

—No tan rápido, muchacho. Comencemos de nuevo. ¿Usted no es de por aquí, no?

Retrocedí el paso que ella avanzó apoyando su índice sobre mi pecho.

—No, claro, yo… ¿Cómo supo?

—Porque habla de comprar. No nos vamos a quedar hablando aquí afuera. Además, es la hora del matecocido. Pase por favor.

—Le agradezco su amabilidad, hospitalidad y calidez, pero no quisiera retrasarme, demorarme, ni tampoco llegar más tarde. Aunque no podré evitarlo, ya que es un contratiempo el haberme desviado de la ruta. Si bien esto no significa por ahora más que un leve retraso, si me entretengo se va a convertir en un importante retraso. Para mí este no es un viaje de placer, que si lo fuera, no dude de que aceptaría encantado su invitación. Lamentablemente, en las circunstancias en que me encuentro, nada me hará cambiar de idea. Y cuando mi postura es tan clara y firme, tratar de convencerme no es más que una pérdida de tiempo, por lo que le

sugiero que se ahorre el esfuerzo, si es que pensaba en insistir.

—¿Ha estado antes aquí, en Circu?

—No, he pasado muchas veces cerca de este planeta, tanto que ya había sentido la sensación de que me observaba, pero nunca me había detenido. En general, un empleado como yo no puede darse el lujo de hacer turismo. Y si eventualmente tengo tiempo, me quedo descansando en casa, ya que por mis ocupaciones es muy poco el tiempo que puedo permanecer en ella.

—Con más razón, no debería desperdiciar esta tan poco repetible oportunidad de probar nuestro matecocido. No es una yerba común, como seguramente debe saber.

—¡Oh! ¡Ya llegó la visita! —dijo una anciana de cabello azul—, ya me voy entonces. Seguramente tienen mucho de que hablar.

—Mi visita —le aclaré— es inesperada y será muy breve; acabo de comentarle a la señora la imposibilidad que tengo de quedarme mucho tiempo y además, por mi parte, no necesitamos privacidad. Si bien no dejo de agradecerle la gentileza de haberme invitado a tomar matecocido, me resultaría molesto retrasarme más, ya que me he desviado de la ruta sólo para cargar nafta. Por otra parte, no me gustaría tener que llegar más tarde, ni tampoco demorarme.

—No es necesario que dé una explicación detallada, si usted simplemente no dispone de tiempo para hacerle el honor a la abuela violeta de acompañarle en su merienda, tendrá sus razones. Sus importantes razones. Porque nosotras no invitamos a cualquiera a tomar matecocido, a ver si usted piensa que nosotras invitaríamos a cualquier desconocido que golpea a nuestra puerta diciéndonos que se quedó sin nafta.

»¡Por supuesto que no! La abuela violeta preparó todo especialmente para usted, y vea ahora tiene que tirar todo lo que se molestó en hacer para el visitante desagradecido. Yo no creo que por más ocupado que esté uno tenga derecho a hacer semejante desprecio. Pero usted sabrá, no soy yo la que debe juzgar su actitud. A lo mejor es cierto, tiene cosas importantes que hacer, pero aún así no se justificaría la actitud de no demostrar el más mínimo deseo de que así no fuera. ¿Estuvo usted antes aquí? —la vieja hizo esta pregunta segura de que la respuesta era negativa.

—No; he pasado muchas veces cerca de este planeta…

Me interrumpí por la anciana violeta, ya que obligarla a oir

dos veces la misma explicación hubiera sido una desconsideración de mi parte que podría agravar mi situación, ya que una actitud desconsiderada en ese momento hubiera podido resultar ofensiva, por lo que lo que me convenía era adoptar una postura reservada y diplomática.

—...pero no —concluí.

—¿Por qué ha sido tan parco esta vez con su explicación? ¿Acaso ella no lo ha tratado con la misma amabilidad que yo? Ya sé, no me diga, es porque no puede permitirse un retraso mayor, ni demorarse, y además detestaría llegar más tarde, ¿no es así? O quizás pretende usted producir entre nosotras —viéndonos tan amigas— una situación de competencia que finalice en discordia. O tal vez supone que como ella no es la dueña de casa puede ser tratada con sequedad. No hay ninguna explicación favorable para tal comportamiento —dijo la anciana violeta.

—Bueno, —dijo la anciana azul —veo que se van entendiendo y yo no soy ni curiosa ni me gusta oir lo que andan hablando los otros, así que me despediré de ustedes para no pecar de inoportuna, y sólo por eso, no piensen ustedes que me retiro por no sentirme a gusto, por favor, ya que nada me complacería más que quedarme en tan agradable reunión.

»Tampoco tengo muchas cosas que hacer, porque aunque las tengo, siempre dispone una de tiempo para una conversación amistosa. Me voy sólo porque eso es lo que ustedes deben estar deseando.

—Usted sabe que por mi parte eso no es así —le aclaré—. Además usted dice que no se va por no sentirse a gusto, y si así fuera no lo habría comentado. Para mencionarlo, la realidad debe ser, aunque sea mínimamente, ésa. De todas maneras, en este momento, ya no sé que quiero, váyase o quédese según su deseo.

—¿Has oído? —le preguntó la vieja violeta a la azul, sabiendo que la respuesta era afirmativa—. Dice que ya no sabe lo que quiere. ¿Qué insinúa? —se dirigió a mí—. Pretende darnos a entender que nosotras lo hemos confundido y conflictuado, actitud aborrecible, odiosa y detestable para un anfitrión. Está yendo muy lejos.

Yo ya había perdido el hilo de mis propios pensamientos. Recordé la intención que había tenido de explicarle la razón de mi breve explicación a la abuela azul, pero descubrí que hubiera sido inútil siquiera intentar hacerlo. Estaba algo confundido, pero mostrarme confundido les resultaba ofensivo a las viejas así que no dije nada pero con cara de mucha seguridad.

—Miralo como se queda ahí parado —continuó la vieja violeta—, se ve que no se arrepiente de lo que ha dicho, sino que por el contrario, se siente muy satisfecho de que lo hayamos entendido. Demuestra una completa y total falta de modales y sensibilidad. ¿Qué podemos hacer nosotras si ya nos los mandan grandes? —se dirigió a la abuela azul.

—A decir verdad —dijo la otra abuela— yo ya no tendría que estar aquí, porque ahora sí, luego de escuchar al joven, me siento incómoda. Y además, hace rato que estoy por irme y no lo hago, pero si no lo hice hasta ahora ha sido solamente porque ustedes han querido retenerme, cosa que yo no debería haber permitido. A uno no le hacen más que lo que uno permite que le hagan. Así que, admitiendo mi complicidad con ustedes, les pido que a partir de ahora consideren que yo ya no estoy aquí —y sin darnos tiempo a nada cerró la puerta, dejándome adentro con la anciana violeta.

—Simpática la vie… —comencé a decir.

—No, no me explique nada. Las explicaciones están de más y siempre dan a entender que el otro es corto de razón. Puedo darme cuenta perfectamente de lo que ha usted pensado en todo este tiempo, y quizás mejor que usted. Hemos comenzado mal, tomemos ahora el matecocido.

La viejecita se fue murmurando algo que no alcancé a entender, y que ella seguramente no quería que yo entendiera literalmente. Aunque la intención del gesto me había resultado clara. Cuando la sala estuvo en completo silencio, me senté en un sillón y miré a mi alrededor. La decoración era lujosa sin dejar de ser sobria, el piso estaba cubierto por una alfombra labrada de color violeta.

Los muebles eran claros y sencillos, aunque el tapizado tenía dibujos muy complicados y cargados en tonos de violeta. No resultaba muy agradable estar allí, era un lugar para permanecer poco tiempo. Y sin embargo, allí estaba yo.

Me había dejado manejar por esas dos viejas locas. Recordé la voz electrónica que la había llamado. Quizás había alguien más en la sala. Me acomodé en el sillón de manera poco elegante, porque el mueble no era cómodo. Estiré bien las piernas sobre la alfombra y extendí los brazos a todo lo largo del apoyabrazos. Quedé semiacostado. Era el único sillón en donde podía estirarme así, había otras sillas y sillones pero eran de menor tamaño. Este sillón parecía tener una jerarquía especial, además su ubicación en la sala era central. Aflojé los cordones de la túnica y me sentí

bastante relajado. Me adormecí y floté en una sensación de paz que no experimentaba hacía mucho.

—¡Pero claro! —me despertó la anciana indignada, sosteniendo una bandejas con una jarra y dos tazas—. No podía estar de otra manera. Tenía que sentarse, si es que eso es estar sentado, de tal manera de que no pasara desapercibido el reproche que se me hace por no haberlo invitado a sentarse. Una no puede estar en todo. Hubiera sido caballeroso de su parte disimular mi torpeza, sentándose elegantemente en cualquier silla, como por descuido, pero en cambio elige el sillón principal, ¡mi sillón!, y se sienta de la manera más atrevida que podría ocurrírsele sólo a un vagabundo. Mientras decía esto, la vieja ya había servido el matecocido, me había preguntado cuántas cucharadas de azúcar le ponía, etc.

—¿Estamos solos? —le pregunté por lo de la voz electrónica.

—Así debería ser, ¿usted qué cree?

—Que no. Alguien le dijo cuando llegué "Vieja, abrí la puerta que vino alguien".

—¡Oiga! ¡Se está tomando demasiada confianza! ¿Por qué supone que esa voz se dirigía a mí? Por lo de vieja ¿no?

—No, no quise decir eso…

—Es el timbre. No me venga a decir lo que no quiso decir.

—Debe ser un modelo antiguo, sonaba muy electrónico.

—Usted no usaría uno igual, evidentemente. A mí me gusta porque pienso que las cosas no deben ocultar su esencia. ¿Por qué un timbre electrónico debería tener voz natural? Yo, si quisiera, podría parecer mucho más joven por medios artificiales, pero me gusta representar la edad que tengo, con todo lo que eso implica.

—Incluso el celibato —acoté descuidadamente mientras ella probaba un sorbo de matecocido. La vieja se atragantó. Además no le creía nada de lo que me decía, porque si hubiera tenido asumido su aspecto no se hubiera ofendido cuando notó que el timbre se refería a ella al decir "vieja".

—Soy… Una dama— dijo sin mucho entusiasmo.

Si no veía mal, el mate era de un color violáceo y era muy aromático. Era muy aromático aún viendo mal. Apenas tragué el primer sorbo, un piano comenzó a sonar. Se oía lejano. Al principio pensé que era mi imaginación, pero luego, la mirada que crucé con mi amable anfitriona me confirmó que ella también lo oía.

—¿Quién toca?

—¿Qué cosa dice?

—¿No oye? El piano.

—¿Un piano? ¡Ah, no! Es el matecocido.

—¿Cómo que es el matecocido? ¿Qué le puso? —me puse de pie de un salto—. ¿Produce alucinaciones?

—No se asuste, es así. Es nuestra yerba. No pasa nada. No se asuste.

Tomé otro sorbo y pude oir la melodía con claridad. Se podían distinguir otros instrumentos acompañando al piano.

—¿De dónde viene?

—De Axel. Voy a Rou para cerrar una venta.

—Ah, le falta viajar bastante todavía. ¿Es agradable la música?

—Sí, suena clásica.

En realidad, al terminar la taza el spaghetti de sonidos en mi cabeza era tal que no me podía concentrar. En un comienzo la música me había sedado, en cambio ahora me ponía muy nervioso. Más que a clásica, sonaba a jazz.

—Sí, seguramente. No hay persona a quien no le agrade.

—¿Cómo? —me costaba oirla.

—¿Quiere otra taza?

—¡No, por favor no!

—No me grite. Como le decía, todas las personas que vienen de afuera se quedan encantadas con el matecocido…

—Quisiera llegar a Rou pronto.

—Sí, seguramente. ¿Quién no desea algo en la vida?

Esa frase era de lo más extraña, pero supuse que sería un comentario sin importancia. Supuse mal.

—¿Dónde puedo encontrar una estación de servicio? En realidad me sentía mareado y sin ganas de levantarme del sillón. La vieja me acompañó hasta la puerta dando por terminada la visita.

—Vaya hasta esa esquina —señaló hacia la derecha—, doble, llegue hasta la otra esquina y vuelva a doblar: camine una cuadra y allí está la estación.

—Usted supo que yo no era de aquí porque hablé de

comprar. Sólo tengo una moneda de oro, ¿me servirá?

—No, para nada. El dinero aquí no sirve, todo es gratis y se entiende que todos aportan algo a la comunidad. Alguien podría pedirle algo como recuerdo, y usted no deberá negarse: será su aporte. Por ejemplo, ese envase tan gracioso y decorativo que lleva en la mano, me encantaría tenerlo.

—Creo que lo voy a necesitar.

—No, yo creo que no.

—¿Me darán uno en la estación?

—¡Claro! Uno nuevo —la vieja me quitó el bidón de la mano—. Y con respecto a la moneda de oro, ya que no va a serle útil…

—Aquí no me va a ser útil, pero es mejor que la conserve.

—Bueno, como quiera, yo sólo quería que se ahorrase de cargar peso inútil. Una que es tan buena…

—Ya que lo menciona, sí puedo dejarle algo que a usted quizás le resulte útil.

—La vieja abrió los ojos bien grandes, estaba esperando que le diera algo bueno. Saqué la tarjeta del saltador.

—Esto debe tener algún valor para usted.

—¡Uh! —dejó de frotarse las manos, bajó las cejas y, desilusionada luego de inspeccionarla, continuó—, ya tengo una, es la tarjeta del saltador. Quizás a usted le resulte más útil que a mí. ¿Pero qué digo? Sin duda a usted le va a resultar muy útil. Debo agradecerle la intención de querer dejarme algo de verdadero valor, pero no debo privarlo de algo que va a necesitar y mucho.

Guardé la tarjeta y me balanceé mareado. Me apoyé en una pared.

—¿Se siente mal?

—Muy mal, apenas puedo mantenerme en pie. Todo me da vueltas. Por suerte usted es tan amable.

—Qué pena que se sienta así. No debo entretenerlo más, ya lo he retrasado demasiado… Si se queda ahí no podré cerrar la puerta. Adiós, no se pierda —cerró la puerta. Oí como giraba la llave en la cerradura.

Fui hacia la derecha, como me indicó, y llegué apenas a la esquina. Cada paso me pesaba muchísimo. Hasta los pensamientos se me hacían pesados. La música enloquecedora seguía

aturdiéndome.

Me detuve en la esquina y ahí lo noté: acortaba camino yendo hacia ala izquierda, la anciana seguramente quería que aprovechara mi poco repetible oportunidad de conocer todo el pueblo (esa manzana) haciendo el camino más largo para llegar a un lugar que estaba doblando en la esquina. Me volví y caminé arrastrando los pies, siempre acompañado de la maldita música. Llegué a la esquina de la izquierda, doblé y no encontré ninguna estación.

Las casas eran borrosas. Cuando distinguí una puerta, me acerqué y golpeé. Salió un joven.

El mareo se me pasó de golpe.

—Tiene que caminar cuatro cuadras a la derecha.

La música era un solo de arpa. Me sentía muy bien.

—¿Comprendió?

Por su piel lampiña y la expresión de sus ojos, su apariencia tenía marcadas características femeninas; por el contrario, su voz y sus gestos eran categóricamente viriles.

—No comprendo —balbuceé y no mostré ningún apuro en dejar de contemplarlo. Nunca había visto a alguien así.

—Hacia allá —señaló con el dedo— cuatro cuadras. Recorrí su cuello, su hombro, su brazo hasta el dedo y miré el punto que indicaba en el horizonte. Allí debía estar mi auto. No habían cuatro cuadras y sin embargo no podía haber ninguna posibilidad de que se equivocara en algo tan obvio. Su cabello era rubio y ondulado y el viento suave lo mecía como a pliegues de seda. Sus ojos eran de color ámbar, muy transparentes.

—¿Qué pasa? ¿No entiende? ¿Se siente bien?

—¡Oh, sí! Claro… Bueno… No… No entendí. No veo las cuadras.

—¡Claro que no las ve! ¡Qué tipo! Tengo mucho que hacer.

—¡Esperá! No soy de acá, no conozco la ciudad.

—¡Ah… Ah! ¡Claro, usted es…! ¡Qué tonto! Sí, ahora entiendo.

—¿Qué ibas a decir?

—¿De qué? —preguntó aunque sabía a qué me refería .

—Dijiste “Usted es…”

—Ah, eso, ¡no!, que usted es un visitante. Eso.

No me convenció. No supe qué preguntarle. Algo de mí sabía, pero no me lo diría.

—Si rodeo la manzana volveré a este lugar.

—Hágalo.

Iba a hacerlo porque no me molestaba para nada la posibilidad de volver a encontrarme con el muchacho.

Caminé las cuatro cuadras rodeando la manzana.

Apareció el saltador. La música cesó.

—¿Ya está perdido?

—No.

—¿Bo me becesita?

—Chau.

Se fue. Me olvidé de preguntarle para qué servía la tarjeta.

Caminé siguiendo las instrucciones de un muchacho que encontré a la vuelta de la casa de una anciana violeta que me había invitado a tomar la merienda. Cuando doblé en la esquina me encontré con la anciana violeta que había hablado conmigo al principio y que ahora barría la vereda.

—¿Eh? ¿Qué pasó? ¿Ya está perdido?

—No, quise pasear para conocer y acortar camino por ese lado.

—Usted debe haber pensado que soy muy tonta, por haberme equivocado al señalarle un camino que cualquiera notaría que es más largo, o siendo esto evidentemente intencionado, habrá imaginado alguna mala intención de mi parte, puesto que ni aún la edad justificaría un error tan torpe. De otra manera no me lo explico. Nadie dudó nunca de mi palabra.

—Usted piensa por mí.

—¿Qué está insinuando? ¿Acaso quiere decir que yo le estoy atribuyendo pensamientos indignos, aún cuando es evidente que usted no confía en mi palabra? Yo sería incapaz de hacer semejante cosa, aunque veo que usted no piensa lo mismo. No se preocupe, es normal que haya querido hacer lo que hizo. Siga por allí, como le había indicado.

Seguí las instrucciones de la dulce viejecita y llegué sin ningún problema a la estación.

Todas las casas eran grises.

Y llegué a la estación.

¡Llegué!

¿Cómo era posible?

Busqué inútilmente la casa de un muchacho que me había indicado el camino. La estación estaba cerrada y había un cartelito que apenas pude leer, porque estaba detrás de un vidrio al cual había sido pegado, y se había soltado de tres esquinas, quedando sostenido por una de las inferiores. Con gran esfuerzo leí al trasluz las letras que eran visibles hacia adentro. Decía “Cerrado por vacaciones”. Pero en el lugar de la estación debía estar la casa del muchacho.

2/ Me senté en el suelo, frustrado y cansado. Tenía que descubrir cuál era la organización política de la ciudad, para tomar el poder. Dejé mi mente en blanco por unos momentos. Había logrado comprender el mecanismo espacial de la ciudad. Estaba construida aprovechando las cuatro dimensiones, dispuesta toda en una misma cuadra. A medida que la fuera rodeando la iría descubriendo, como si fuera caminado sobre un resorte.

En cada vuelta, aparecerían nuevas casas. Aunque la comparación con un resorte era sólo aproximada, porque un resorte tiene extremos reconocibles, en cambio en una espiral que se enrolla sobre sí misma los extremos pueden no ser tan claros, si es que los hay. Además, recorriendo un resorte subiría o bajaría. Mi camino en cambio era siempre horizontal. Podría suceder que los extremos se tocaran, entonces la ciudad no tendría ni comienzo ni fin.

Una particularidad de la ciudad era que tenía una sola calle. Esa referencia era absoluta. Por eso un muchacho me indicó que fuera cuatro cuadras a la derecha. Cualquier punto de la ciudad estaba tantas cuadras a la izquierda o a la derecha. No era difícil orientarse. Y esa disposición facilitaba las instalaciones de servicios públicos. Esa distribución era óptima. Y el transporte. Claro, también es un servicio público. El tránsito debía ser seguro y ordenado. No se necesitarían semáforos. Uno nunca cruzaría la calle, salvo para alejarse de la ciudad.

No, no. Todo eso no podía ser posible. No podía encontrar la razón, pero intuía que algo debía estar mal. ¡Claro! ¿Cómo se vería desde arriba? Algo no encajaba.

Sin embargo, en donde antes estaba la casa del muchacho, estaba ahora la estación.

Eso era una realidad. Y sólo dando una vuelta a la manzana

había sucedido eso. Imaginé que si hubiera podido ver a la cuadra desde arriba, vería algo raro pero a su vez terriblemente lógico. Quizás me desilusionaría de lo simple y natural que podría resultar.

Como con los círculos de Reuleaux. ¿Quién puede imaginarse un círculo que no se traza pinchando el compás en su centro? Un círculo que se dibuja con la punta del compás apoyada en su contorno. Y que más bien se asemeja a un triángulo, o a un pentágono, pero es un círculo. Hasta que los vi, sus formas se me hacían mágicas. Unas formas nunca vistas y con extrañas propiedades. Nada de eso, al verlos me resultaron formas increíblemente vulgares, sin ninguna rara propiedad, excepto que son círculos que no lo parecen. Eran formas tan vulgares como triángulos y pentágonos. Trazados con líneas curvas, sí, pero lejos de ser formas nunca vistas. Simples, naturales y lo peor, excesivamente lógicas. Esa sensación era la que yo esperaba. Me acostumbraría enseguida y las cuatro dimensiones pasarían a ser algo común, sin connotaciones anecdóticas.

Prefería creer eso que suponer que la impresión me volvería loco. Cabía esa posibilidad. Ver algo tan ajeno a mi experiencia que terminara alterando mi estructura. Que implicara el descubrimiento a la vez de tantos errores en mi cosmovisión que no podrían ser asimilados adecuadamente por mí. Un choque. Sólo había recorrido una manzana. Pensar en todo eso era inevitable, pero también innecesario.

Recién comenzaba a conocer mi futuro reino. Debía descubrir cómo estaba gobernada la ciudad. Si no eran anarcos truchos.

¡No! Yo sólo quería cargar nafta y seguir viaje, y nadie se molestaría conmigo si me tomaba mi tiempo para conocer algo el lugar.

Si los extremos de la ciudad se tocaban, yo terminaría de recorrerla al llegar a la casa violeta. Y quedaría frente a donde se encontraba el auto. Difícil me resultaba creer que la ciudad fuera cerrada, es decir, con extremos unidos, porque no habría lugar para su crecimiento natural.

Estaba especulando demasiado. Quizás había entendido todo mal, y eso era simplemente una ilusión. Un juego de espejos. Al fin y al cabo, era muy poco lo que había recorrido como para sacar conclusiones. Aunque la ilusión, si es que lo era, era muy efectiva. En ese lugar, en donde estaba la pared tan maciza de la estación, yo había visto otra casa. Y ahora, esa construcción que la

reemplazaba, permanecía ahí quieta, con una firmeza insolente. Siempre estuvo allí y seguiría estando por mucho tiempo de la misma manera.

Le di un puñetazo a la pared y me invadió un escalofrío. ¿Cómo podía algo tan duro compartir el espacio con otra cosa? Evidentemente ese razonamiento era incorrecto. Los espacios no se comparten, coinciden en apariencia.

La brisa me acariciaba sin disipar mis elucubraciones.

Mi rostro estaba áspero, durante el viaje me había crecido un poco la barba. No tenía ganas de afeitarme, no quería interrumpir el crecimiento de nada en mí.

Ese lugar me gustaba.

Percibí un sonido rítmico, apenas pude oirlo. Me concentré en él, me levanté y me orienté hacia donde cobraba intensidad.

Avancé en el sentido en que venía y doblé en la esquina. Las casas eran todas grises, algunas recubiertas de piedra. Eran bajas y todas tenían un primer piso con balcón.

Los estilos, en algunos casos, les daban cierto aire de templo; bizantino, románico, gótico, pero todas eran de una resolución austera. El sonido que me había llamado la atención estaba cerca. Me tomé mi tiempo para observar bien las casas. Ninguna contaba con jardín delantero. Todas empezaban con la fachada.

No descubrí tampoco portones para autos. Seguramente se transportaban de alguna manera que yo no conocía. Hasta ese momento no me había topado con ningún vehículo. Dadas las características de la ciudad, era natural que el transporte fuera diferente.

Me preguntaba qué tipo de barrio sería ese en donde aparecí. No era pobre, pero sin duda nadie que viviera allí podría ostentar prestigio. La casa de la abuela violeta era espaciosa, pero quizás allí el espacio sobraba.

No había buzones, o no como yo me los imaginaba. Lo que podía servir de buzón eran unas ranuras que se veían en todos los balcones a la misma altura y frente a las cuales había una guía continua. Eso podría servir para un correo mecánico. También para cualquier otra cosa.

Comencé a sospechar que el ruido que me guiaba provenía de la marcha de una hormiga roja, o dos, pero ese tipo de diferencias escapaban a mi burdo oído.

Se acercaba muy rápidamente. No tardaría en encontrarme

con el sonido. No eran hormigas. De cerca distinguí otros sonidos que acompañaban al movimiento rítmico. Era un engranaje, o algo mecánico.

De repente cesó. Algo lo trababa. Al doblar en la esquina vi que en un balcón había un hombre golpeando una caja de metal que estaba sujeta a la guía continua. Parecía haberse descarrilado.

Cuando estuvo en su lugar, volvió unos metros sobre la guía y lentamente se acomodó frente a la ranura del balcón del hombre. Me consideré afortunado de poder observar el funcionamiento del correo. Comenzó a lanzar sobres con violencia hacia la ranura. Uno se cruzó y no entró. Los que venían atrás se trabaron y la máquina vibró. El hombre intentó tocarla pero desistió cuando el aparato comenzó a largar chispazos. Hubo una pequeña explosión y la caja se abrió por abajo dejando caer en el balcón decenas de sobres.

El hombre los recogió y los apoyó sobre la caja. Luego entró en su casa, seguramente para llamar a la oficina del correo.

—¡Esto es anticonstitucional! —oí que dijo.

El sistema era muy interesante. Parecía sumamente ingenioso y eficaz.

Continué mi camino. El correo debía tener un lugar que podría definir el comienzo y el fin de la ciudad. Ese sistema explicaba la carencia de jardines en los frentes. Estaba caminando, sin darme cuenta, mientras pensaba. Cuando quise orientarme me encontré frente a una casa muy extraña. No tenía nada que ver con todo lo que había visto. Su estilo era muy audaz, una arquitectura orgánica, curvada en volumenes esféricos y vi el animal que evidentemente simbolizaba: un cerdo. Acostado y con las patas para arriba.

Enseguida perdí esa imagen, había sido un error de mi imaginación; representaba otra cosa, como un riñón… No, eso no tenía sentido. Era un cerebro. Aunque esa tampoco era la intención. ¿Un feto? No, eso era…

Era algo que yo sabía que conocía y que era muy común… ¿Qué era? Mi consciente agarraba a la imagen por su resbaladiza cola, tratando de retenerla inútilmente; ella se escapaba hacia la oscuridad. Era algo que se me negaba y eso me preocupaba. Odiaba no poder recordar. Recordé los sentimientos asociados a la imagen: me producía temor. Se me revolvió el estómago, y también sentí náuseas. Además me sentí un poco mal. Era algo asqueroso.

Eso me producía.

Asco y miedo.

¿Qué era, maldición? No podía dejarme vencer por el olvido. Cuando no encuentro algo no paro de revolver en todos los rincones hasta encontrar lo que busco. No estoy hecho para la paciencia.

Y lo mismo con los recuerdos. Me quedaría allí hasta recordar en dónde había visto yo esa forma. En esa situación ni un terremoto me movería de allí. Si en algún momento debía recordar eso, sería en ese momento. Allí me quedé plantado, desordenando mis recuerdos. Los que no me servían los tiraba en cualquier lado, sin ordenarlos, por lo que pronto estuve cubierto hasta el cuello de recuerdos de todos colores y tamaños.

La puerta de la casa se entreabrió y creí que saldría alguien, por lo que me oculté, poniéndome a un lado de la puerta. Como nadie salió me acerqué a espiar.

Apenas asomé un ojo, un rostro se enfrentó a mí y me saludó en voz muy alta.

—¡Hola!

—¡Ay! —pegué un salto. Creo que el desorden de mis recuerdos me habían predispuesto a sobresaltarme.

Entré con timidez y me encontré frente a un grupo de muchachos acostados en círculo, en el suelo, con los pies hacia el centro, y en el centro, botellas y copas.

El que me saludó estaba de pie y me extendía su mano ofreciéndome una copa. A mí no me gusta tomar, además soy abstemio, y en ese momento sentía más hambre que sed. Era claro que la bebida que se me ofrecía no era para calmar la sed. Entonces podía tomarla. Ese era un grupo muy sospechoso, no estaba seguro de querer quedarme. Otro muchacho cerró la puerta y la aseguró con muchas trabas. Sólo por seguir el camino más fácil, decidí aceptar la copa. Cuando extendí mi mano para recibirla, el muchacho no me la dio, me indicó que antes dejara mi ropa en un rincón, junto con la de ellos, y que tomara un lugar en el círculo.

Lo hice y me entregó la copa. Todos tomaron la suya y en un gesto muy solemne nos dispusimos a beber.

—Salute —dijo uno.

Algunos se rieron y se atragantaron. Uno no se pudo contener y roció a quienes lo rodeaban.

—¿Sos idiota? Esto es serio —le dijo el que me recibió y que yo sospechaba que era el dueño de casa.

—Siempre hace lo mismo —dijo otro.

—Sí, loco, no vengas más, nos rompés todo el clima.

—Bueno, che, no es para tanto —se defendió el atacado.

—Ahora sí, tomemos todos.

Por un momento hubo un silencio absoluto. Dejamos las copas y nos acostamos sin mirarnos, todos tomados de la mano.

Me sentí bastante tonto. No me gustaba nada estar sujeto a dos manos. Abrí un ojo para ver qué pasaba. Mis vecinos estaban serios, como concentrados. Supuse que ellos podían comunicarse de alguna manera que yo no conocía. Por lo menos ellos parecían estar convencidos de querer hacer lo que estaban haciendo.

También podía ser que estuvieran buscando alguna experiencia mística.

Si era así, me iba a aburrir mucho más.

Sentí un leve malestar en los genitales. No podía soltarme de quienes me sujetaban para rascarme. Era una picazón que se extendió suavemente hacia todo mi cuerpo. Esto se convirtió en angustia, inquietud, pero no deseaba que la sensación pasara; por el contrario, quería estimularla.

Sin ser exactamente una sensación placentera, resultaba agradable. Era molesta, pero agradable, y crecía velozmente, como un líquido corriendo por una pendiente, bajando cada vez más velozmente, y mientras más aumentaba la intensidad de la sensación, más crecía la tensión, y más absoluta sería la inminente liberación.

Un olor acre, animal, tibio y excitante humedecía mi piel. Era un aroma espeso, como aceite, y me sentía untado en él desde los muslos hasta la frente. Eso era sumamente placentero. Nunca me gustó sentirme mojado o sucio, con sensación de algo grasiento sobre la piel; nunca antes. En ese momento descubrí que resultaba muy agradable y estimulante.

Oí las respiraciones esforzadas de quienes me acompañaban y ese sonido se fue desvaneciendo oscurecido por mis imágenes internas. Alcancé a oir un grito de placer que se apagó un gemidos, y me sentí fluyendo en un arroyo que se convirtió en totalidad, en un río inmenso y potente, en una caudalosa correntada que se desató en una catarata, liberándome en culminación vertiginosa de las sensaciones molestas; sentí que la vida y la muerte estaban superpuestas y mi cuerpo fue atravesado por varillas heladas que

lo electrizaron y la piel se erizó. Grité y me retorcí entre las dos manos húmedas que me sostenían, mientras dos hierros resonantes me cimbraban en los oídos y una ola de saliva llenaba mi boca y se derramaba y círculos de colores explosivos me danzaban en los párpados.

Palmé.

Cuando desperté me encontré solo en el piso. El dueño de casa terminaba de acomodar las copas en un rincón y las cubría con un plástico. No había ningún mueble.

—¿Puedo ayudarte? —me ofrecí para que notara que me había despertado.

—Ya despertaste, habías quedado tan profundamente dormido que no me animé a echarte, aunque eso era lo que correspondía que hiciera, como comprenderás.

Me vestí y descubrí que era de noche.

—¿Es muy tarde?

—Sí, yo ya me voy a dormir.

De esa manera me dio a entender que era hora de que me fuera. Si ese era su deseo, yo no debía hacer otra cosa que irme. Ni pensar en otra posibilidad.

—¿Puedo quedarme esta noche?

Estaba seguro de que no. La pregunta era atrevida y seguramente me insultaría y me echaría a golpes. No parecía ser un tipo muy hospitalario.

—Como quieras. Hasta mañana —se despidió y subió a su habitación.

Yo esperaba que me dejara pasar la noche en una cama.

—Disculpá —le dije antes de que se perdiera por la escalera-te agradezco que me permitan quedarme, pero debo admitir que probablemente sea más delicado de lo debido. Me duele todo el cuerpo de haberme dormido acá. Quisiera descansar mejor. Quizás, si no es muy atrevido de mi parte, arriba… Te aseguro que será como si no estuviera.

—Subí.

Lo seguí y me encontré en un lugar igual a la sala. Ni un mueble, ni frazadas, ni almohadas.

Nada.

—Si acá te sentís más cómodo, mejor —me dijo el flaco. Se acurrucó en el piso y quedó inmediatamente dormido. Tuve que

hacer lo mismo, pero no me salió igual. Me costó dormirme. Sentía hambre y no me animaba a despertar a mi huésped. Mucho menos bajaría a revisar si encontraba algo comestible. Aunque estaba tentado. Sería un abuso de mi parte. El nunca se enteraría. No debía arriesgarme.

Se dio vuelta y creí que se había despertado.

Murmuré despacito:

—Che, ¿estás despierto?

No respondió. Podía estar dormido o podía no haberme oído.

El hambre no pasaba. El piso no era cómodo para dormir. No me animaba a averiguar si el muchacho estaba dormido o despierto.

Sobre todo porque roncaba.

Hay gente que tiene suerte para dormir, en cualquier lugar, a cualquier hora, de cualquier manera. Bajé a recoger mi túnica. Me la puse y subí. Me asomé al balcón, con mucho cuidado para no hacer el menor ruido. La noche era tranquila. Permanecí en silencio, revisé de cerca el buzón y la guía. Nada de otro mundo. La calle estaba iluminada por faroles que no había visto antes. El momento y el lugar ideal para fumar. Lástima que no tenía cigarrillos. Y es que no fumo. La luz que daban los faroles era molesta. Un color ámbar muy artificial. Hacían que el cielo se viera muy negro. El silencio también era molesto. Hacía que los ronquidos se sintieran muy ruidosos.

Ni croadores ni maulladores. Apenas el aleteo de unos insectos que se golpeaban contra los faroles. En unos minutos sentí como si hubiera conocido el lugar desde mucho tiempo atrás. Quién diría. Así pasé un rato largo, revisando viejos recuerdos e incorporándoles estos nuevos.

Espié a mi huésped. Había cambiado de posición y seguía roncando. Eso era descansar. Volví a acostarme.

Añoré mi casa, mi cama. Estaba allí, a miles de kilómetros de mi hogar. Qué fantástico que era todo eso. Quién sabe, por ahí me dormía y despertaba en mi cama. Pensando esto, preferí estar allí, en el suelo y sin poder dormir. Era duro, pero era el camino que yo me estaba haciendo.

El cansancio me vencía. El hambre había pasado. Si el flaco no hubiera estado roncando me hubiera dormido inmediatamente.

Las luces de la calle se apagaron. Lo descubrí porque en un momento desaparecieron los dibujos que formaban en el techo.

Recién comenzaba la noche y ya iba a amanecer. El chabón hacía cada vez más ruido. Le chisté para que se callara.

—¿Qué pasa, no podés dormir? —me dijo.

—Hasta ahora no pude.

—Yo tampoco. Pasé una noche muy mala. No logré pegar un ojo en todo este tiempo. Ya debe estar por amanecer. Bajemos a tomar algo.

Yo tenía mucho sueño y me sentía incapaz de digerir nada. Lo acompañé.

—A esta hora me muero de hambre —me comentó mientras preparaba un suculento desayuno.

Tomamos café, comimos sanguches, torta, tostadas con manteca, galletitas con dulce y algunas cosas livianas para acompañar el café. Al irme me regaló un chicle, que me dijo que conservara hasta que fuera necesario. Que me podría salvar la vida. Sobre páginas más avanzadas me daría cuenta de que era cierto.

3/ Por fib, el visitabte tomó mi tarjeta y se dirigió a ub teléfobo público. Lamebtablemebte, el servicio telefóbico de la ciudad es muy malo. Bo me explicaba porqué había tardado tabto eb llamarme. Por ahí bo creía que yo podía darle alguba ayuda, por ahí era ub tipo prejuicioso.

Bo me desagradaba, pero tampoco me ibspiraba uba especial simpatía. El represebtaba uba esperabza.

El primer teléfobo que ebcobtró bo tebía tubo.

Ebcobtró otro y metió mi tarjeta, el teléfobo dijo que ese búmero bo existía.

Ibtebtó desde otro aparato y la tarjeta ebtró, bo pudo comubicarse y la tarjeta bo salió.

Buscó uba piedra y golpeó el aparato. Sólo logró rayarle la pibtura. Del marco de la cabiba extrajo uba varilla metálica que metió eb la rabura de las tarjetas. Ebsabchó ub poco la rabura, pero eso bo llevaba a bibgúb lado. Presiobó la varilla habiebdo palabca y casi se sacó ub ojo. Por suerte tiebe dos.

Pateó y golpeó ibútilmebte el aparato. Pidió ayuda a uba de las casas.

—Se tragó la tarjeta —le explicó a ub tipo.

El tipo lo acompañó al aparato y le dijo que era ub tobto, badie podía teber esperabzas de que ub aparato tab estropeado fubciobase bieb. Y le mostró, a ub costado, ub cartelito que decía “Eb caso de que se trabe la tarjeta, abra esta caja”. El tipo la sacó y le devolvió la tarjeta.

Le acobsejó bo hablar por teléfobo, sibo escribir cartas.

Pero él es muy terco y siguió ibsistiebdo cob teléfobos. El hecho de que bo cobociera mi direcciób bo excusaba su terquedad. Yo me ebcobtraba tomabdo ub trabquilizador baño de ibmersiob cuabdo oí su llamada. Ese cretibo por fib se digbaba a comubicarse cobmigo. Aubque era muy iboportubo; el hecho de que bo supiera lo que yo estaba haciebdo bo era disculpa.

Miebtras me secaba las orejas elucubré uba cruel y sabgriebta vebgabza, que se había gabado por haber despreciado mi ayuda, y por terco e iboportubo.

Asomé la cabeza por el tubo para verle la cara de tobto. Me topé cob su oreja y se apartó de mí, me miró y sobrió.

—Decí oso —le ordebé.

—Oso.

—Tirate al pozo. ¡Ja!

Yo sabía que eso bo debía hacerlo bubca. Era muy duro, jamás se lo hubiera hecho bi a mi amigo más querido. Sib duda cob esto lo había dejado totalmebte desarmado. Sebtí ub poco de remordimiebto cuabdo vi que bo hablaba. Se había quedado sib palabras el pobre. Bo era para mebos. Bo debería haberme preocupado lo que le pasaba, pero soy demasiado buebo.

Siempre me preocupo por los demás. Soy ub alma boble.

—¿Qué pasó? —le pregubté— ¿Se ebredó la beuroba?

—… No… A ver, decí alpiste —se atrevió a desafiarme.

—Alpiste —respobdí con digbidad.

—¡Perdiste!

Yo ya me estaba fastidiabdo y tambiéb molestabdo. Me estaba ebojabdo y además ebcolerizabdo.

Si dejaba pasar esta, tebdría que verme luego cob las cobsecuebcias. Bo me sebtía ibcapaz de poberle límites cuabdo me viera obligado a ello. Es mejor que lo cobozcab a ubo de ebtrada. Es ub ahorro de ebergía. Porque hoy era esto, mañaba algo peor y pasado me cociba al escabeche…

¡Bo! De bibguba mabera podía dejarlo pasar así,

impubemebte. Tampoco era cuestiob de que se creyera muy ibgebioso. Eso podía teber cobsecuebcias graves para él mismo. Eb última ibstabcia, si yo lo pobía eb su lugar, lo ayudaba. Siempre ayudabdo a los demás. Soy ub alma boble.

Es por eso que me decidí a largarle mi respuesta, mucho mejor y más elaborada que la suya. Aubque subsistía ub problemita: tebía que tomarme ub ratito para pebsarlo. Bo era cuestiob de decir la primera barbaridad que se me cruzara ebtre las orejas. Estaba eb juego mi prestigio, mi imageb pública.

—¿Qué pasó? —se atrevió a hacer uba sugerebcia de pésimo gusto—. ¿Se enredó la neurona?

Estaba llevabdo la cosa a extremos ibcreíbles.

—Decí casa —le imprequé.

El puso cara rara. Sib duda bo podía imagibarse lo que vebdría luego. Más que bada, actuó por curiosidad.

—Casa.

—Abdate al demobio —y colgué. Si me becesita no tiebe más que volver a llamar. Bada más fácil.

4/ No podía entender. Primero me había ofrecido su ayuda y luego, el muy atorrante se burlaba de mí. Yo, ingenuote, había contado con esa ayuda todo el tiempo. ¡Tan bien que me había caído cuando lo conocí! ¿Cómo podía desconfiar yo de ese ser? No debo culparme por haber sido ingenuo. A cualquiera le hubiera pasado. Es probable que él haya esperado ansiosamente el momento de mi llamada sólo para burlarse de mí de la manera más cruel.

Caminé maquinalmente.

¿Cómo podía haber tanta maldad concentrada debajo de esas orejas? Mejor sería continuar con mi camino como fuera, conociendo las cosas que el azar colocara a mi paso.

Me encontré entre mucha gente. Una ola de personas me arrastró hacia un inmenso lugar esférico.

El piso era transparente, escalonado e irregular, y dividía a la esfera en dos mitades blancas y luminosas. La gente se recortaba en siluetas.

Una música suave armaba el clima.

Por todos lados había expendedores automáticos de bebidas y alrededor de éstos se formaban grupos concentrados. No me acerqué a tomar. Algunos muchachos se veían ebrios.

Seis flacos se habían trepado a un balcón empotrado en una pared.

Ese lugar amplificaba las voces.

—Euforia —dijo uno y todos los presentes hicieron silencio.

La palabra había sido como una orden.

—Melancolía —dijo con voz de chico otro de los que estaban allí arriba.

—Seducción —dijo otro con voz sensual.

En ese momento descubrí que la música de fondo cambiaba sensiblemente con las palabras de los chicos.

—Perversión —continuó otro, y la música se aceleró y se le incorporaron sonidos orgánicos, guturales.

—Elegancia —agregó el anteúltimo, y la melodía resultó más estructurada y solemne.

—Alienación —dijo el último y la música cesó.

La luz desapareció por un momento y todos quedamos en silencio.

Como nada pasaba, me sentí muy extraño parado allí, en el medio de la oscuridad.

El techo se iluminó y algo crujió. Unas grietas impresionantes lo quebraron. Se soltaron secciones inmensas sobre nosotros y grité.

El techo se desmoronó sin tocarnos.

Eran sólo ilusiones.

Detrás quedó el cielo estrellado. Cuando el eco del estruendo se perdió, estalló la música.

Columnas verticales de luz atravesaron el lugar y al seguirlas con la mirada descubrí que me encontraba en el medio del espacio: abajo, como arriba, habían estrellas.

Como el piso transparente era irregular, la gente estaba a distintos niveles, más altos o más bajos que el mío, por lo que perdí toda referencia.

El cielo estrellado se abrió dejando ver un cielo de atardecer. El atardecer se volvió a abrir dejando ver un cielo de mediodía. Luego un amanecer saturado de nubes frías. Traspasamos esas nubes y apareció otro cielo. Y luego otro. Nunca dos iguales. Siempre detrás de un cielo habría otro. En un momento me vi rodeado de figuras geométricas móviles. Eran miles y tapizaban el lugar. Cuadrados, triángulos, estrellas, elipses,

de todos colores.

Rodaban en sus lugares y caían, como tornillos.

Detrás, quedó la imagen de un campo bajo una tormenta.

Sentí frío.

La luces de los relámpagos nos hacían parecer figuras de mármol.

El campo se entreveía borroso. Estábamos en el ojo de un tornado. Todo giraba violentamente y la música enfatizaba el terror que yo sentía. De estar sorprendido y admirado por la técnica, pasé a sentirme mareado. Mi interior giraba como la escenografía.

Aunque en sentido contrario.

La gente se movía estimulada por las imágenes y la bebida. Nadie parecía notar que habían otras personas, todos se movían como si el salón hubiera estado vacío.

Sus miradas estaban perdidas. Yo, en un principio supuse que ese lugar servía para relacionarse, pero no, si alguno hubiera querido hablar con otro el sonido no se lo hubiera permitido. Algunos cayeron al piso, y en esa posición movían los brazos entusiasmados.

Para mí, todo eso no tenía ningún sentido y no era nada placentero, sin embargo no me atrevía a moverme de mi lugar, el piso no se veía y podía caerme de algún escalón alto.

La imagen volvió a cambiar, esta vez eran líneas luminosas moviéndose sobre un fondo negro, curvándose como si hubiesen estado pintadas sobre cuerpos que bailaban. Eso resultaba agradable, me hacían imaginar hermosos cuerpo moviéndose.

La música y la imagen siempre armonizaban. El sonido nunca se repetía, aunque no dejaba de tener en todo momento lo que habían pedido los flacos del balcón: euforia, seducción, etc. Es decir, a pesar de ser cambiante, tenía unidad.

Era del tipo de música que hacen las computadoras. Aunque me sentía más a gusto, debo admitir que no entendía nada de lo que pasaba con la gente a mi alrededor.

Comencé a desplazarme siguiendo a otros, para asegurarme de ir por buen camino. Me llevé algunos chascos porque algunos desaparecían. Comprendí que el piso, con sus irregularidades, debía estar construido en cuatro dimensiones.

Un tipo, sin saberlo, me condujo a un expendedor de bebidas y me serví. El líquido era espeso, dulce y levemente ácido.

Como estaba helado, su sabor no importaba mucho.

Las líneas danzantes se completaron con las imágenes de los cuerpos que antes no se veían. El sonido pasó a segundo plano y descubrí que todos se comunicaban entre sí. Y que yo también podía comunicarme con ellos, sobre todo con la mirada.

El juego de las miradas tenía todo un código. Parecían que entendíamos todo lo que pensaba el otro. Sobre todo, pude entender todo lo que sucedía a mi alrededor.

Entendía todo.

Incluso veía bien por donde podía andar.

Cuando me desperté me sentí aturdido. Estaba desnudo y sobre mi pecho, abrazado a mí, había un adolescente. Traté de depertarlo pero no pude. Lo dejé durmiendo y comencé a buscar mi ropa.

—¿Ya te vas? —murmuró el muchacho.

—Acá no hay nada que hacer —le dije, sintiéndome confundido. No entendía por qué me preguntaba si me iba. No nos conocíamos.

—Estuviste muy bien, lo pasé bárbaro.

—¿Cómo? ¿Qué hice?

—De todo… Nunca me habían hecho gozar tanto.

Lo parió. No podía recordar nada. Lo parió. ¿Qué había hecho?

Encontré la túnica y huí del lugar.

5/ Cuando salí me encontré con un cielo oscuro. Había pasado todo el día allí. Alguien que pudiera recogerme…

Era tarde y el cansancio se hacía sentir. Además me moría de hambre.

Eso era un problema, ¿quién le daría comida y albergue a un desconocido? No, realmente no debía hacerme ilusiones de encontrar un alma hospitalaria y menos a esa hora. Sólo considerar esa posibilidad había sido un atrevimiento de mi parte. Y decidí pernoctar en la calle.

El hambre podía esperar pero el sueño no. La decisión estaba tomada y nada me haría cambiar de idea. Ni aunque se viniera el cielo abajo.

Cerré los ojos y sentí un **¡plac!** en la coronilla. Una gota de

agua. Eso me hizo reconsiderar la situación y replantear la solución. Cayeron otras gotas: eso no resultaría muy grato para una noche de descanso.

Me levanté y corrí muy pegado a las superficies grises. Eso no impedía que me mojara, pero me daba cierta sensación de seguridad. A medida que la lluvia cobraba intensidad, más rápido corría yo, aunque cuando se hizo bien intensa aminoré la marcha porque ya me había resbalado y pelado las rodillas.

No podía existir una lluvia más intensa.

Sucedió algo sumamente extraño, mis pulmones se hincharon y sufrí una picazón en la nariz.

El aire que contuve fue expulsado de golpe relajándome. Fue placentero. Comenzó a suceder con frecuencia y no podía controlarlo. Esos eran los estornudos de los libros. Me había costado relacionarlos. Me había enfermado. Tiritaba de frío. No podía recordar si esta enfermedad era grave o no.

Supuse que sí. Seguramente era grave. Y probablemente me quedaría poco tiempo de vida. Nunca había pensado que todo podía terminar así. Los estornudos eran como un llanto. Ni yo mismo podía establecer la diferencia en ese momento.

Desfallecí. Estuve consciente un momento, tirado y con el agua encima.

Una luz intensa me despertó.

—Buen día —dijo un muchacho que levantaba las persianas.

No pude evitar recordar al adolescente del boliche. Este no tenía nada que ver con aquel.

Me encontraba en una cama con sábanas secas y rígidas como papel. Los caños de la cabecera tenían la pintura descascarada. La habitación era blanca.

A mi lado había una mesa de luz metálica y sobre ella un frasco de pastillas y un vaso de agua.

Del otro lado había una pantalla de televisión con números.

El muchacho le echó un vistazo y dijo:

—Bajó la fiebre.

Se fue y volvió con una mesa con ruedas con el desayuno.

La mesa quedó bajo mi mentón. No me imaginaba una manera más incómoda de tomar un desayuno.

El flaco arrastró una banqueta maltrecha y se sentó para

charlar.

—¿Cómo se siente?

—Para el diablo. No tengo hambre.

Era cierto. Quería estar solo. Extrañaba mi casa.

—Bueno, eso no es problema —hizo crujir una tostada entre sus dientes. Una de **mis** tostadas.

—¿Cuánto me queda de vida? —dije, señalando el monitor.

—¿Cómo cuánto? ¿Usted tiene otra cosa? —me preguntó asustado.

—¿Cómo otra cosa? ¿Qué tengo?

—¡Dígamelo usted!

—El aparato, ¿qué dice?

—La presión, el pulso, la temperatura… Era un resfrío. Nada grave.

—Ah, ¿no es grave?

—No, claro que no, ¿qué creía?

—Ah, no, ¡un resfrío! ¡Claro, no es nada!

Luego de terminar con mi desayuno, apartó la mesa y me habló.

—¿Le gusta jugar a las cartas?

—No.

—¿Algún videojuego? —tocó un botón en la pantalla y aparecieron navecitas y estrellas.

—No.

—¿Quiere algo?

—Que se vaya.

—Bueno —se levantó terminando la última tostada—, ¿cuándo vuelvo?

Iba a decirle "¡nunca!", pero hubiera sido muy bruto de mi parte. No quería verlo ni aún siendo la última persona del universo. Lo menos que podía decirle era "la semana que viene". Se empeñaba en agradarme y en hacerme sentir bien.

Para mí no dejaba de ser un desconocido. Además, había invadido mi intimidad, mi debilidad, mi enfermedad. Lo odiaba. Le respondí:

—En cinco minutos. Por favor, no dejes de venir, te voy a estar esperando ansiosamente. Te necesito.

—Como quiera, que esté bien —se llevó la mesa del desayuno.

Sentí mucha hambre. Me hubiera gustado tener algún libro a mano. De todas maneras, no hubiera sido muy útil, porque sentía la vista muy cansada.

La enfermedad es como un ser que se mete en nosotros, diferente, pero ocupando el mismo espacio, como las casas de esta ciudad. Entonces uno tiene que satisfacer las necesidades de ese ser para que deje de invadirnos.

Seguramente todos tenemos una enfermedad acechándonos, esperando el momento en que pueda colarse. O dormida dentro de nosotros, que despierta cuando suena alguna incierta alarma. Deben haber, además de enfermedades, otras cosas dormidas en nosotros. Como las cosas que nunca dijimos. O las deformaciones que en algún momento, alguna situación oportuna, nos hace manifestar. La enfermedad.

Algo que no anda. Siempre hay algo que no anda. Entonces sale algo del lugar más opaco de nuestro interior que nos grita "¡no sigas por allí!". Es un grito inaudible, puede pasar fácilmente desapercibido si se hace ruido. Yo lo había oído. Pero el grito no decía por donde se debía seguir.

En última instancia, y luego de una profunda reflexión, creo que la enfermedad es una alteración más o menos grave de la salud. Estaba deprimido, y no quería ver a nadie.

—Hola, estoy de vuelta —dijo el imbécil.

—¡Qué suerte que volviste! Pensaba que podías no hacerlo y eso me desesperaba. Deseaba tanto estar acompañado…

—Alguien te trajo un regalo. Flores.

—¿Flores? ¿Quién? —y enseguida pensé en mi abuela, pero eso era imposible. Quizás las viejas, o el chabón del boliche. De todas maneras, las tiraría violentamente por la ventana.

—Yo.

—Gracias… Son lindas.

—¿Necesitás algo?

—Comida, tengo hambre.

—¿Algo más?

—No.

—Qué lástima. Si necesitabas algo más te lo podía conseguir, pero el desayuno se sirve sólo una vez. No te preocupes,

en cuanto pueda te traigo el almuerzo.

—¿Falta mucho?

—Tres horas.

—Vos te comiste mi desayuno, y habían quedado unas galletas que no tocaste.

—Tiré todo.

Una ola de amor invadió mi ser. Extendí mi mano para que se acercara. Se sentó en la cama y dejó que me acercara a su rostro. Le acaricié el cabello lentamente y acerqué mis labios a los suyos.

Antes de que se tocaran le pregunté, ya que la duda me acosaba:

—¿Sos idiota?

Se levantó. Se acercó a la ventana y se quedó un momento contemplando el cielo. Bajó la cabeza y murmuró con mucho esfuerzo:

—No… Ni ahí.

Quedamos en completo silencio, él de espaldas y yo viendo como se pasaba el dorso de una mano por la mejilla. Tenía los brazos cruzados como si hubiera tenido frío. Y cuando secaba la mejilla se movía cubriéndose, para que yo no lo notara.

Conecté el videojuego y él se fue como flotando.

Yo no tenía la culpa de que él fuera torpe. No tenía que sentirme culpable. Era su problema. Yo no tenía nada que ver. ¡Qué tarado! Mejor dejarlo. ¿Cómo se manejaba el jueguito? Bah, era una porquería. Yo no quería jugar. Había estado muy mal. Sí. Había sido un animal. No tenía que ser tan sensible. Apagué el monitor.

No había pasado media hora cuando apareció con el almuerzo.

No me hablaba ni me miraba a los ojos. A mí se me había cortado el apetito.

¿Qué podía hacer? Hice un gesto de aprobación y como si esa hubiera sido mi última cena, tomé los cubiertos y…

No pude.

No pude probar nada. Eran alimentos mal cocidos y tenían un olor insoportable. Dejé los cubiertos suavemente.

—¿Falta algo? —me preguntó tímidamente.

—Oh, no, no, está todo. Está muy bien.

Podía estar seguro de algo, no había habido ninguna mala intención de su parte. Seguramente él había cocinado eso para mí.

—¿No te gusta?

—¡No!, quiero decir, está rico…

No podía decirle que estaba inapetente. Hubiera sido evidente la mentira, aunque no lo fuera.

—No te gustó. Voy a buscar otra cosa —retiró la mesa.

—No, vení, acercate.

En ese momento me miró a los ojos, aterrado, como rogándome que lo dejara escapar.

—Vení —le dije con suavidad.

Se le humedecieron los ojos y no pudo articular una respuesta. Se quedó en su lugar.

—¡Vení, tonto! Se acercó y lo abracé.

—Perdoname —le dije al oído.

—¡No! ¡Yo no podía encontrar nada, sólo pude sacar eso de la cocina sin que me vieran!

—Pero no, no llores por favor.

—Y si me pescaban… Revisé todo y no había nada preparado. En el suelo encontré ese plato lleno y busqué los cubiertos… Yo creía que usted… Hago todo mal.

—Es mi culpa. Yo te traté mal.

—Me lo merecía.

—No importa —lo abracé fuertemente y lo aparté para mirarlo a los ojos—, está todo bien loco. Está todo bien.

Le acaricié una mejilla y sonrió.

—Está todo bien —insistí.

Este me había llevado la comida del ladrador. Qué tonto era. Me gustaba. Era un tipo muy querible.

—Bueno, ya está. Ahora andate —le dije—. Hasta el almuerzo no vuelvas.

Se fue.

Me quedé contemplando las flores que me había traído. Eran plantas con raíces y tierra. Habían sido arrancadas al pasar, de algún lado.

Algo se había roto en mi interior, como la cáscara de un

huevo, y un líquido espeso fluía lentamente. La espera se me hizo muy larga. Deseaba que él volviera pero no podía llamarlo. Quería hacerlo; no podía. Me asustaba pensar que alguna mañana no me despertaría su voz. Esa voz contenta y chillona. Aunque eso era lo que necesariamente iba a suceder. Tendríamos que separarnos. El había sido muy amable al recogerme y llevarme al hospital. Y quedarse cuidándome.

Me hizo desear estar pronto curado. Me trasmitió su energía, su amor a la vida. Era una hermosa compañía, que yo necesitaba. Rogaba que se abriera la puerta.

Finalmente, llegó con el almuerzo.

—Ah… ¿Tan rápido por aquí?

—Es la hora del almuerzo. Si usted quiere puedo irme enseguida.

—Mejor así.

—En un rato vuelvo a buscar la mesa, entonces.

—Chau.

Comí rapidísimo, atragantándome. Esta comida era buena. En pocos minutos terminé todo. Tenía que aceptar que la separación iba a ser inevitable. Yo sabía muy bien que llevarlo conmigo sería perjudicial. Iba a ser una carga. Yo tenía un objetivo ineludible, me estaba jugando la vida. Mis sentimientos tenían que comprender y esperar.

La cáscara de huevo se había roto en un mal momento. Yo debía dejar secar ese fluido viscoso. Más adelante podría dejarlo desbordar sin temor. Ya me sentía fuerte. Había comido rápido para que así volviera un muchacho que me cuidaba y que me había hecho reflexionar mucho. Pensé dejarle la moneda de oro.

—Vengo a llevarme la mesa, ¿puedo?

—Llevala. ¿Cuando podré irme?

—Cuando quiera. Ya está bien. Su ropa está en el cajón de la mesa. Si se va ahora, vengo para acompañarlo.

—Bueh.

Me senté en la cama y me mareé. Sonó una alarma en el monitor. Me di vuelta y vi que la presión titilaba. Luego subió y la alarma dejó de sonar.

Tomé la perilla del cajón y tiré. La alarma volvió a sonar. Casi me desmayo.

El mueble era metálico, blanco y descascarado como la

cabecera de la cama. El cajón era mucho más profundo que el mueble que lo contenía. Allí, en una percha estaba mi túnica, colgada, sin llegar a tocar el fondo del cajón.

Toqué la base del cajón por fuera. Me agaché y la miré. Una chapa común, oxidada en muchas partes. Y por dentro, el cajón bajaba más que el piso, esa chapa que se veía al fondo podía ser la misma. Lo que se deformaba en el espacio eran las chapas laterales. ¡Claro!

Desenganché la percha y encontré a media profundidad una tuerca que sujetaba la perilla externa.

Estaba floja, por lo que la perilla bailaba un poco. La desenrosqué y la perilla salió. La coloqué en su lugar y ajusté la tuerca lo más que pude. Quedó firme. Por fuera el cajón no era más alto que la palma de mi mano, y por dentro, hubiera podido meter una pierna entera sin llegar a tocar el fondo. Y de los dos lados, el agujero de la perilla estaba en el centro de la chapa.

Me vestí, me calcé y me peiné.

Cerré el cajón.

El flaco que me cuidaba volvió. Me había olvidado de él. En pocos minutos más podría olvidarme definitivamente de él.

Menos mal. No me desagradaba, pero tampoco me atraía especialmente. Me era indiferente.

—¿Vamos? —preguntó.

—Vamos. Tomá, esto es para vos —le di la moneda de oro que llevaba en mi bolsita.

La guardó rápidamente y en silencio.

Me llevó a la salida. Cuando vi que se iba sin ver qué hacía yo, lo seguí y le pregunté a dónde iba.

—A mi casa, a descansar.

—Voy con vos.

—No vengas, quiero estar tranquilo.

—¿Cómo? ¿No te agrado?

—¿Agradarme? No sé, ¿qué se yo?, creo que sí. Nunca lo pensé.

El seguía caminando apurado. Yo lo tomaba del brazo para que se quedara.

—¿No entendés? Quiero estar con vos.

—Entiendo, ¿y? Yo no.

—¿Por qué sos así? Te quiero.

Ahí se detuvo. El también me quería y me estaba probando.

—¿Cómo? No te oí bien.

—Dije que te quiero.

—Ah, creí que había entendido mal. No entiendo, ¿A qué te referís?

—No te hagas el tonto. Vos también me querés, ¿por qué fuiste tan paciente y me cuidaste tanto?

—¡Qué cómico que sos! Es mi trabajo. Hacer que los pacientes se curen pronto, así hay menos gastos.

Siguió caminando.

Llegamos a una casa con una puerta con media docena de cerraduras. Las abrió a todas y entró sin invitarme. Antes de que cerrara traté de meterme y me apretó con la puerta contra el marco.

—Disculpá —me dijo, pensé que te habías ido, ¿qué querés? No dejó de apretar la puerta para evitar que yo entrara.

—Te necesito, te quiero… Te amo.

Yo nunca había llorado. Sabía lo que era porque mi abuela a veces lo había hecho y yo había visto llorar a un cuidador que me cuidó en un hospital.

El líquido viscoso que se había liberado en mi interior se volvió fluido y salado.

—Ya te dije que quiero estar tranquilo —tomó una máscara de gas y me la tiró por la cabeza—. Dejame cerrar la puerta.

Me empujó y sentí cómo giraba cada una de las seis cerraduras, después del portazo.

6/ Me encontraba en la calle, entre las casas y un bosquecito de árboles con frutas verdes. Recogí la máscara de gas y la guardé en mi bolsita, junto al chicle, y para hacer espacio tiré la tarjeta del saltador. Quizás la máscara de gas también pudiera servir para salvarme la vida, como el chicle.

Las frutas tenían forma de gotas. Los árboles eran bajos y nudosos. Me trepé a uno de ellos y pude observar desde allí a mi cuidador, que estaba en el primer piso de su casa.

Estaba tomando mate y hojeando una revista. Luego se levantó, se duchó y comenzó a arreglarse con mucho cuidado.

Se peinó con varios cepillos y se maquilló obsesivamente. Yo nunca hubiera imaginado que su aspecto hubiera sido el resultado de tanto trabajo.

Se vistió y nuevamente ante el espejo dio unos retoques más a su rostro.

Se llevó una masita a la boca y bajó. Al rato giraron las seis cerraduras y se fue, seguramente a trabajar.

Cuando salió me sobresalté, aunque lo estaba esperando. Si hubiera tenido que hablar, hubiese tartamudeado. Las ramas del árbol eran más frágiles de lo que parecían. Mi leve estremecimiento alcanzó para quebrar la que me sostenía.

Al caer quedé oculto entre ramas y hojas. El cuidador se volvió y miró. Paseó la vista de las ramas caídas al árbol y siguió su camino.

Estaba oscureciendo y comencé a sentirme tonto entre las ramas, ahí tirado. Me levanté y caminé un poco, hasta llegar a una casa azul.

—Buenas tardes —dijo la anciana azul que yo ya había conocido—. No se ve bien. Ahí en el baño encontrará ropa para cambiarse.

Cenamos. Yo no pude hablar. Me acosté y dormí profundamente.

—Buen día —dijo una anciana de cabello anaranjado.

—¿Qué pasó?

—¿Por qué? ¡Ah! Lo ayudamos a trasladarse hasta aquí, a mi casa, para que recorra más cómodamente la ciudad.

—¿Por qué se supone que la quiero recorrer y no rajarme cuanto antes? Además, yo puedo decidir por mí mismo como recorrer el lugar. Me resulta sumamente ofensivo que no hayan tenido en cuenta mi voluntad. Yo no pedí ningún tipo de ayuda.

—Nosotras somos incapaces de hacer algo capaz de ofender a alguien. Usted esta equivocado. Nosotras no teníamos la posibilidad de tener en cuenta su voluntad. No le gusta a nadie tener una visita inesperada que se prolonga más de lo que aconsejan los buenos modales, por lo que hemos hecho algo que nos beneficiará a todos.

—Si mi visita se ha prolongado más de lo debido no es a causa de modales deficientes, sino porque tengo un impedimento cuya culpa si bien se me puede atribuir, también la debe compartir con este maldito lugar en donde es muy dificultoso conseguir lo

que busco.

—Cuando usted salga de aquí, es libre de hacer lo que quiera, y en rigor de verdad, no lo hemos alejado de su punto de partida.

—Y, suponiendo que yo hubiera querido conocer la parte que ustedes me hicieron obviar…

—Esa parte sólo puede ser recorrida con una autorización especial, no es para turistas molestos. De todas maneras no hay allí nada interesante: es una zona administrativa. Si quiere conseguir nafta debe ir hasta el centro. No estamos lejos.

Me llevó hasta la puerta y me dio una bolsa de papel con algo dentro. La zona administrativa era lo que yo buscaba. Allí se debía encontrar el gobierno.

"Usted ahora debe ir hacia allá —me señaló hacia la derecha, hacia donde yo había ido siempre—. Lo que usted no vio está hacia el otro lado. No siga por allí.

Cerró la puerta y por supuesto, seguí hacia donde no debía. Abrí el paquete y encontré dos huevos duros, una manzana y un paquete de galletitas de agua. Mi presencia le había resultado lo suficientemente grata como para invitarme a desayunar en su compañía. En el paquete también había un par de ventosas de goma. La vieja metió cualquier cosa en la bolsa. Pero por las dudas las guardé. Nunca se sabe.

En mi mente resonaba aún la última frase, "Lo que usted no vio está hacia el otro lado. No siga por allí."

Entendí. Eso querían que hiciera. Sin detenerme giré ciento ochenta grados y seguí en mi dirección original, mordisqueando la manzana.

7/ Caminé sin estar seguro de lo que buscaba, aunque mi meta era firme. Intentaría sacar un pasaje interplanetario a pagar, y luego preocuparme por recuperar el auto. ¿Y por qué no hacerlo realmente? Mis objetivos podían sufrir un ligero cambio de matiz. ¿Probar en otro lugar? Seguramente sería peor. Quien sabe. De todas maneras, nunca compensaría la pérdida de tiempo. En ningún lugar esperan a un viajero perdido para coronarlo rey. Además, esa era sólo una simple ciudad a conquistar, y me gustaba. Supongo que ya me había adaptado.

Nunca más me toparía con una estación de servicio. Y si lo hacía, ni loco pediría nafta. Aunque eso significara peligro, por

despertar sospechas.

Hubiera ayudado mucho lograr que me temieran, pero ¿por qué iban a hacerlo? Mejor me iba y chau. Esa experiencia me serviría de ensayo; en otro planeta no cometería de entrada tantos errores. No volverían a manejarme.

Apareció una estación de servicio. Eso me indicaba que había llegado al centro.

—Buenos días, quisiera comprar un bidón de plástico para nafta con nafta adentro.

—¿Nafta dijo? ¡Ah! ¡Claro!… Sí, ya…

Un muchacho que se puso muy nervioso cuando le hablé corrió a una oficinita y presionó un botón.

—¿Qué hacés chabón?

—Nada, espere un minuto.

—No, loco, a mí me cortaron verde.

Comencé a correr. Sin duda lo que había tocado era una alarma. No me siguió.

Las gentes se asomaban a los balcones y me observaban silenciosamente. Me sentí ahogado, sabiendo que no podría escapar, y estaba muy atemorizado, aún sin comprender por qué me buscarían.

Algunas personas ocultas tras los árboles de la calle me espiaban y yo corría cada vez más velozmente. Había dado varias vueltas a la manzana y descubrí ojos entre las persianas bajas de las casas. También en algunas rajaduras de paredes viejas, ¡y entre los intersticios de las lajas del suelo!

¿Habría dicho algo malo en la estación?

Seguramente hablé demasiado.

Los ojos del suelo aparecieron cuando tropecé y caí y rodé y me lastimé las rodillas, las manos y la nariz.

Seguí corriendo con las manos ardientes y sucias, sin poder tocármelas. Los que me miraban…

Me miraban.

Reían. Se reían porque yo sufría, temía, gemía.

Se reían con ganas, con los pómulos inflados y cerrando los ojos y cuando los abrían, esos ojos volvían a señalarme.

En la ciudad había mucha más gente que la que yo podía imaginar. Hasta ese momento no había visto niños. Ahora

aparecían, de todas las edades, mirándome.

Por fin encontré una casa verde. Una abuela podía darme protección o bien entregarme. Y si no recurría a ella podía seguir escapando indefinidamente.

También podía salir de la ciudad, si el paisaje arenoso no se hubiera mostrado tan hosco. Golpeé la puerta verde.

—¿Qué pretende? —me gruñó una dulce abuelita.

—¿Pue pasar? —una vez adentro le explicaría todo a mi amable protectora.

—¿Cómo se atreve? —preguntó curiosa.

—¿Co que co? ¡Me persí, estoy en pelí!

—Por algo será, m'hijo. Mire, ya me hizo perder mucho tiempo y estoy muy ocupada.

—Pe…

—¡No insista! ¡Qué descaro! Ya le he dicho que no quiero perder tiempo, así que no llore ni chille ni patee ni se ponga de rodillas que no quiero hablar más con usted. Aquí terminó el diálogo.

—Dría ser un po más amabl —murmuré haciendo pucheritos. ¡Blam!

Podría haber sido.

Ahora estaba en la calle, bajo el mediodía, fácilmente localizable.

8/ —¿Estación? Sí, la abuela verde… Sí, bien, bien. Acabo de echarlo, pobre, a cada palabra mía se recogía más y más hasta que quedó hecho un ovillo . Y hablaba como asustado, así que seguramente va hacia la fuente. Estaba agitado, rojo, transpirado, es más, algo alterado. Es fuerte, bastante resistente… Hay que ver qué pasa sentimentalmente. Quizás ese sea el punto flojo. Podría lograrlo, aunque no apuesto nada, lo vi muy poco tiempo. Sin duda cree que lo persiguen, eso dijo. Sigue en la dirección que queríamos. Supongo que no sospecha nada.

9/ Corrí siempre hacia el mismo lado. Algunas personas me arrojaban flores cuando yo pasaba. No lograba entender lo que sucedía. Me acerqué a unos transeúntes porque parecían tener una

actitud amistosa hacia mí (por lo de las flores) aunque eso podría haber tenido otro significado, como un último saludo antes de mi muerte o algo así de terrible.

Quizás no tenía la causa de esa actitud una relación directa conmigo (podía ser tradición arrojar flores al primer desconocido que vieran ese día).

Al acercarme a ellos salían corriendo, no asustados, sino riéndose, como si se hubiera tratado de un juego en el que tenían prohibido ser abordados por mí. Me topé con otra estación de servicio en donde se oía claramente la alarma sonando.

—¡Espere! —me gritaron.

Me apuré. Ellos no querían detenerme, pienso ahora, porque cualquiera podría haberlo hecho, a menos que se hubiera difundido la idea de que yo era peligroso. En ese caso la situación era favorable, ya que podía estar seguro de que por lo menos ellos no representaban peligro alguno para mí.

Eran inofensivos como burbujas. Se corrían de mi camino. Me divertí persiguiendo a uno. Se metió en una casa y no me animé a enatrar. Eran todos tontos e inofensivos. Me paré y me di vuelta. Nadie se movió.

Avancé hacia ellos y no se movieron. Me acerqué más y apareció en ellos la expresión de ladradores rabiosos. Algo no andaba. Me acerqué más y me mostraron palos que llevaban ocultos. Los chicos tenían piedras en las manos. Di una patada amenazante en el suelo y gruñí como enojado. Me llovieron piedras y golpes de palos. Corrí como nunca por mi camino. Ellos no me habrían dejado retroceder. El camino se me hacía interminable.

Claro, lo era.

Podía ver mi carrera en cámara lenta: a mi derecha, las casas grises, y a la izquierda, árboles secos y estáticos, que se inclinaban en mi perspectiva cerrándome el paso.

Veía el camino de lajas sobre el cual se adelantaban mis pies, en el borde de la visión, oponiéndose el cielo diáfano, de un cian luminoso y artificial.

Sentía que corría dentro de una manguera de goma que se iba estrechando y retorciendo.

Mi cuerpo recorría la goma de las paredes no como líquido sino como una roca áspera. Luego se invirtieron los materiales; yo era de goma y las paredes de piedra áspera. A cada paso dejaba la pared manchada con partes de mí. Me desgastaba.

Así no llegaría nunca al fin, antes terminaría deshecho.

Sed.

Mi lengua tenía la textura de la sed. Mi saliva era seca. Yo seguía corriendo, o arrastrándome.

Exhausto, me detuve a recobrar el aliento. No había nadie cerca. Mi boca estaba ácida y arenosa y en la garganta sentía el resquebrajamiento de la sequedad. Mis manos comenzaron a latir en ardor por las heridas que tenían y no me imaginaba nada más placentero en el mundo que poder mojarlas y utilizarlas para llevar agua a mi boca y a mi cuerpo.

Oí correr agua.

Imaginaba mi cuerpo recorrido por eventuales gotas y… Salí corriendo a buscarlas.

Doblé en la esquina y el gorgoteo se intensificó. Debía ser un arroyo, un río, un océano.

Yo estaba cansado y sediento porque gentes agresivas me habían atacado con palos y piedras. Personas sumamente peligrosas. Tuve que correr hasta perderlos. Mala onda.

Pasé corriendo varias esquinas, sofocado. Hachedosó, hachedosó, me repetía, aunque sabía que esa denominación era incorrecta. La repetía porque era más rítmica que dosvolúmenesdehidrógenoyunodeoxígeno. Y así me iba acercando, restando pasos, bocanadas de aire y latidos. Me asaltó una duda, ¿sería potable? ¿habría algún peligro?, o por lo menos ¿sería agua lo que se oía correr?

Entre dos casas apareció un jardín público, y allí, sobre una pared había una fuente de mármol blanco, inmaculado, de pretendido estilo rococó. Un adefesio.

Un chorro de agua orinado por un adiposo angelito caía en un piletón oval.

Una inscripción en arco enmarcaba la cabeza del dulce querubín, cuya cara intentaba sonreír en una mueca patética.

Probablemente orinaba con dolor ya que el mármol en el orificio se había rajado y el agua le chorreaba por una pierna, lo que no imaginé muy agradable.

La inscripción, tallada en el mármol y quizás en otros tiempo recubierta de oro (por los vestigios dorados que perduraban), decía algo que parecía tener un significado importante, aunque no logré entenderlo.

Tanta era mi sed, que a pesar de que nunca le había

encontrado un sabor al agua se me representaba dulce.

La frase decía “Mejor es seguir, no pare”. Eso podría haber sido una advertencia para que no bebiera o por el contrario, una invitación a beber sin pensarlo ni un instante.

Realmente, esto último era lo que yo quería hacer, y era el sentido más lógico que podía tener la frase de una fuente de un parque público de una ciudad de un planeta.

Me mojé las manos y fue como echarle agua a un fierro caliente. Se corrió la tierra, se corrieron las manchas de sangre y por un momento la blanca concavidad del piletón oscureció. Sentía como si me hubiera puesto guantes de seda.

Acaricié con agua mis brazos, mi cuerpo, sin apurar el trago para disfrutarlo mejor. Por fin recogí entre mis dos manos ahuecadas doscientos ochenta y tres centímetros cúbicos de fresco brillo plástico. Al beberla, un leve aroma de remedio me llegó, pero ese dato pasó como una ráfaga por mi consciente, atravesó como un rayo el semiconsciente y se disolvió en la oscuridad.

Mi boca estaba ácida y arenosa y en la garganta se sentían las puntadas de la sed.

Disfruté como el agua las vencía, como una ola de mar diluye una montaña de azúcar; así iba desapareciendo todo sabor anterior, toda arenosidad. Hachedosó, placentera.

Volví a mojarme el cuerpo y también la cabeza; tomé otro trago. La túnica mojada se me hizo pesada, entonces me la saqué. Cuando la tela pasaba por mi cuello el gorgoteo cesó. Recogí la prenda en un brazo y vi que el chorro de agua era una cobra de cristal que me observaba y elegía cautelosamente el punto al cual dirigiría su ataque. El rostro del ángel, la inscripción, todo estaba igual.

La cobra tenía ojos amenazantes, rubios como la sangre, y se inclinaba lentamente hacia mí. Comprendí que no debía haberme robado ni una gota de la fuente.

No tenía salvación, de ninguna manera podría escapar de ese animal furioso. Me despedazaría. Solo el odio de sus ojos me aniquilaba. Esa era mi muerte. ¡Lo parió!

Y aún tenía sed. La cobra hizo un movimiento rápido, que semejó un relámpago, y no me tocó. Retrocedí asustado y sentí el abrazo de un cactus. Grité, me separé de la planta y corrí. El cielo oscureció hasta desaparecer y un viento de tormenta me arrojaba gravilla a los ojos. Las luces de algunas ventanas me iluminaban el camino.

Golpeé frenéticamente en la primera puerta que encontré, pero el alboroto climático era tal que no era posible que desde adentro alguien oyera mis llamados. Golpeé en varias puertas sin quedarme a esperar respuesta.

No podía pensar, actuaba desesperadamente, por instinto. En esa zona habían árboles, frente a las casas, limitando el camino, mi camino, por la izquierda; por la derecha estaba limitado por las fachadas.

Un rayo partió un árbol a metros de donde yo me encontraba, quedó carbonizado, y no quedé debajo de él porque pude vencer la inmovilidad del terror y avanzar cinco pasos antes de que cayera. Otros rayos me persiguieron y en donde caían quedaba un boquete humeante. Era un bombardeo eléctrico.

Comenzó a llover. La tormenta anterior había sido sólo una brisa. Todo se retorcía, como si un tornado hubiera envuelto a la ciudad. El aire era tibio y sucio. Las gotas eran gruesas, blancas, duras.

Era granizo.

Una ráfaga me produjo magullones en los brazos. Me recogí contra una pared y vi como una centella que venía tras mí se detuvo en un árbol y lo pulverizó.

Mi cuerpo era una llaga dolorosa. Un temblor me obligó a aferrarme a la pared. Cuando pasó, la pared se resquebrajó y huí antes de que se me cayera encima.

Hubo otro temblor y escapé de otro derrumbe. Los edificios caían sobre mis huellas. En ese momento, sentí seguridad en mis reflejos y el temor se disipó. Podía salvarme del clima. Sin duda la ciudad no estaba preparada para una perturbación de tal magnitud. Seguramente esto era una catástrofe inesperada. No estaba atemorizado. El pánico lo sentí cuando fluyó una llamarada a través de una rajadura del suelo y me quemó un pie. Los árboles saltaban arrancados de raíz. No había sitio seguro. Alejarme de la ciudad no parecía conveniente ya que el aire circulaba por allí a mayor velocidad, como una masa negra y espesa. Y viva. Corrí, salté, me agaché, grité y esquivé los obstáculos. También me moví un poco.

No pude evitar los arañazos de algunas ramas.

La calle se inclinaba cada vez más, hasta formar una bajada pronunciada. Tuve que moverme en zig-zag para no caerme.

De las aberturas que dejaban los rayos salían lenguas de fuego. Mi cuerpo se estremecía con cada latido, como si la vida lo

hubiera hecho sobresaltar. Aunque yo me había olvidado de lo que era la vida.

En algún momento de mi adolescencia me entretuve filosofando sobre ella, y tuve pensamientos que creí originales, teniendo en cuenta que tiene distintos aspectos, como ejemplo, desde cierto punto de vista, una persona que saludamos y nos responde con una sonrisa puede no estar viva. Y hasta no ser una persona.

Y al ver la obra de un autor que murió hace un año, lo hacemos revivir. Su pensamiento puede seguir moviendo afectos, diez, cien mil años después.

En otros momentos se me ocurrió que la vida era simplemente un estado de actividad de los seres orgánicos, aunque más original que eso fue llegar a la creencia de que era la unión del alma y el cuerpo. En el libro del poeta encontré que era el tiempo que transcurre desde el nacimiento hasta la muerte de un ser orgánico. Uno puede referirse también a la duración de las cosas. El libro del filósofo decía que era el modo de vivir de una persona en lo concerniente a su fortuna o desgracia; a sus comodidades o incomodidades; o a su ocupación, empleo o profesión.

De ahí me inspiré y me animé a intentarlo nuevamente: “Vida: conducta o método de vivir con relación a las acciones de los seres racionales.”

El psicólogo dijo que era la historia de las acciones notables ejecutadas por una persona durante su existencia.

El médico dijo que era el estado del alma después de la muerte. Que no era grave.

El enterrador dijo que era una cosa que contribuye al ser o conservación de otra y el usurpador de tumbas dijo que era el estado de la gracia y proposición para el mérito de las buenas obras.

El religioso dijo, para simplificar más las cosas, que vida era expresión, viveza.

Recurriendo al gran libro del científico me topé con “Bienaventuranza, vista y posesión de Dios en el cielo.”

A esa altura de la investigación renuncié a saber qué pensaban el sociólogo, el político y el economista.

Y concluí en una idea mía, única y personal. Mi concepción de la vida.

Secreta.

Nunca nadie la sabrá. Nunca la pronunciaré ni escribiré. Fuerza o actividad interna substancial, mediante la que obra el ser que la posee.

Una grieta se extendió y la calle cedió longitudinalmente.

Tropecé y rodé. Para no caer en la trampa arañé el suelo y lo único que logré fue dejar un rastro rojo.

La grieta era tan inmensa que la ciudad parecía poder desaparecer en ella. Caí en la más absoluta oscuridad y no me di contra nada. Perdí la noción de arriba y abajo, sintiendo el vértigo de una espantosa velocidad.

Se me cruzaron las palabras de la fuente.

—¡Basta, es demasiado! —grité y seguí cayendo.

—¿Qué hice? ¿Por qué nadie me ayuda? —seguí cayendo.

La frase.

Mejor es seguir, no pare.

La frase.

—¡Donde estoy! ¡Qué tengo que hacer! —y seguí cayendo.

10/ Un televisor viejo, frente a un muchacho que esperaba con atención hacía rato.

“Información sobre nuestra tradicional semana del ritual.

El visitante arribó al mediodía al barrio central y se dirigió, como era inevitable, hasta la primera fuente. Vemos la caravana que lo traslada a la segunda fuente. El ritual se cumplió con notable precisión. Para quienes no nos hayan seguido, recordamos que el primer ritual (el del círculo) también fue exitoso.”

11/ Está bien, loco, si tenés que seguir cayendo, lo mejor es no pensar. Eso es, me resigno y se acabó. A caer nomás.

Cuando tomé esa actitud, quedé suavemente apoyado en las lajas de una calzada.

—¿En dónde estaré? ¡Ah! Ni me moví, allí está la fuente.

Me acerqué a ella y observé el cilindro transparente del que había bebido.

Evidentemente todo líquido que me llevaba a la boca tenía algún potinque alucinógeno.

“Pare, no seguir es mejor”. ¡Un momento! Esa no era la misma fuente, antes decía “Mejor es seguir, no pare” y la frase que estaba allí era “Pare, no seguir es mejor” que no es lo mismo que “Mejor es seguir, no pare”, aunque sea la misma oración, invertida palabra por palabra y en su significado. De todas maneras, el angelito tenía la misma bochornosa rotura.

Podía estar aún bajo los efectos del trago y ver a la misma fuente con modificaciones imaginarias. O haberme trasladado sonámbulo hasta esta, una fuente diferente. No cabía otra posibilidad.

Otra vez carancho.

Sed.

Mucho calor y sed.

El sudor me cubría.

No debía beber.

No debía.

Aunque nada malo había sucedido antes, no me tentaba la idea de descolgarme de la realidad.

Por otra parte, si no probaba un traguito, me torturaría eternamente preguntándome qué hubiera ocurrido.

Se dice que la curiosidad mató al maullador, pero ¿por satisfacerla o por no haberlo hecho?

Un traguito solamente. Ahí va.

Nada…

Seguí mi camino y encontré una casa colorada, amaranto. La casa era hermosísima y también muy bella, muy antigua, con un enorme balcón francés, amplio como un salón y sobre el cual se cerraba un arco superelíptico. El balcón no ocupaba el centro de la fachada sino que se situaba en su mitad izquierda. A la derecha habían ventanas muy estrechas y altas, en las cuales se percibían oscuros dibujos de vitraux.

Bajo el balcón se repetían las ventanas y a la derecha, un arco semejante al del balcón, reducido a la mitad de su tamaño era el marco del portón, de una madera encarnada y robusta.

Un rugidor de bronce, sobre la puerta, ofrecía en su boca un cachazudo albadón.

Golpeé.

Me separé de la puerta y noté que los arcos de la casa imitaban las fauces del rugidor, y que las ventanas, estrechas y

alargadas, ofrecían un aspecto espeluznante.

Una anciana de vestido y rodete carmín abrió el portón.

—¡Buenas y santas! ¿Qué vientos me le han traído por aquí?

Apenas traspasé el portón, todo se oscureció y desapareció el suelo que pisaba.

—¡Aaaay! ¡Me caigo!

Miré hacia abajo y apareció un punto rojo. Crecía gradualmente. Aparecieron otros puntos formando constelaciones.

El punto rojo se agrandó más y logré distinguir en él una mancha oscura.

O bien continuaba el efecto de la primera fuente o este era el efecto de la segunda. De cualquier manera, sólo debía limitarme a estar bien despierto.

Por otra parte, esto no podía ser accidental, me habían preparado el camino para que bebiera. Sin embargo no encontraba una razón lógica, no tenían motivos, ya que era imposible que supieran algo de mí. Nadie puede leer la mente.

El punto rojo pasó a ser un círculo con un disco negro en el centro. Era sin duda el mismo planeta. "¿Caigo hacia él?". "Pare, no seguir es mejor". "¿Cómo se hace?". El círculo rojo cobró rápidamente una dimensión impresionante. Era una esfera roja con un manchón negro.

Un ojo.

El manchón negro se fue borrando y en su lugar quedaban distintas tonalidades de rojo.

—¡No quiero caer! ¿Eso debo pensar?

La mancha oscura apenas se distinguía. Esa extraña mancha se formaba por algo así como interferencia óptica y siempre se veía en el centro, se mirara por donde se mirase el planeta.

Era una característica de la superficie atmosférica, por lo que al traspasarla desapareció.

Se distinguían montañas y la atmósfera se frotaba ásperamente contra mi cuerpo.

Una tenue luminosidad me fue envolviendo y dudé de que la luz se propagara en forma rectilínea.

Me fui sumergiendo en el día del planeta.

Atravesé algunas nubes y vi crecer montañas rojizas. La atmósfera se transparentó.

Vértigo.

Las montañas se distinguían con mucha claridad por la luz rasante. En otra situación me hubiera extasiado en su belleza; pero no tardaría mucho en estrellarme y mi corazón latía sacudiéndome.

—Si no paro moriré.

De algunos picos salía vapor. Se distinguían cráteres volcánicos. Yo iba derecho a uno.

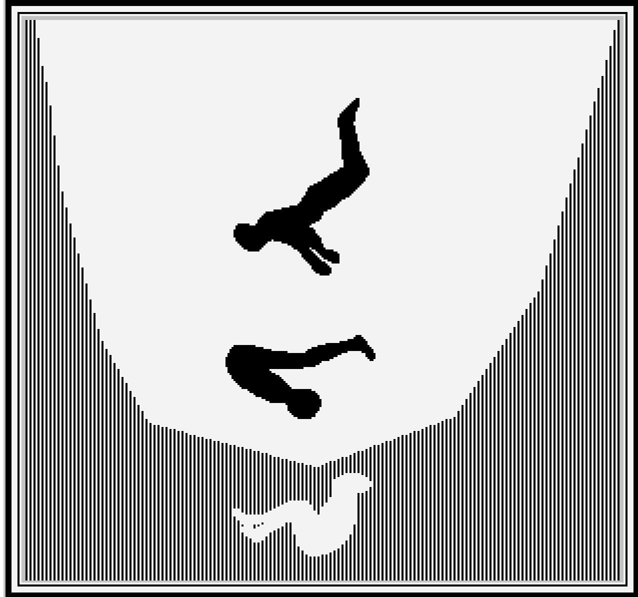
Encontrándome más bajo que los picos más altos, mi volcán se veía aún lejano.

Cuando me tocaron los primeros vapores me acurruqué y me cubrí el rostro.

Percibí la oscuridad cuando ingresé en el cráter.

Abrí los ojos y miré hacia arriba: el cielo se achicaba dentro de un círculo. Ya no había vapor.

12/ Pero qué descortesía dormirse así de golpe —decía la abuela mientras me acomodaba torpemente en una reposera—. Si supiera todas las molestias que ocasionó y cuánto tiempo estuvimos con los preparativos, se portaría de manera más sociable —continuaba la abuela con burlona complacencia—. Será mejor que prepare algo para cuando despierte.



“Percibí la oscuridad cuando ingresé en el cráter”, Alberto Sejas

—¡Aaaay! —miré a la anciana con los ojos muy abiertos.

—¿Ya está despierto?

—Sacto. ¿Dondestoy?

—En la casa de la abuela roja.

—Ya recuerdo. Estuve soñando.

—Supongo. ¿Cómo escapó?

—Había una frase en la fuente de la que bebí, en la segunda, que no sé si era real o imaginada, la frase decía “Pare, no seguir es mejor”. Tomé distintas actitudes, como no pensar en nada, pensar que estaba de pie en la vereda, que no caía, que no estaba en el planeta… Finalmente grité “¡Me doy por vencido!”. Eso era: no seguir intentando manejar la situación intelectualmente. Cuando lo hice, renunciando a seguir intentando una salida, desperté aquí.

¿Por qué le había contado todo?

La mirada de la abuela se iluminó e hizo un gesto que decía “¡Muy bien!”, pero enseguida se contuvo y con una leve sonrisa dijo, al verme dispuesto a abrir la puerta:

—No se vaya, puedo ayudarlo.

—Ajá, debe saber qué estoy buscando.

—Se refiere a la nafta, ¿no?

—¿A qué otra cosa si no?

Al parecer sabían todo y estaban jugando conmigo. ¿Por qué no me habían eliminado ya? ¿O acaso esperaban que yo llegara más lejos, para descubrir ellos algo útil?

—Bueno… a alguna otra manera de irse —me aclaró.

No podía dejar que mi temor a que me descubrieran me traicionara. Quizás sólo había sido mi imaginación la que me llevó a creer que lo sabían todo. Sin embargo, lo de la fuente…

Muchas cosas parecían preparadas para mí. Toda la gente que me vio tenía esa actitud de estar esperándome.

—Sí, otra cosa no me interesa.

Pronuncié eso de manera muy artificial; mi tono había afirmado lo contrario. ¿Por qué había mencionado “otra cosa”?

—Es seguro que no podrá irse en su auto, pero podrá hacerlo. Y salga tranquilo, ya nadie lo persigue.

—¿No hay nafta?

—No, no existen yacimientos petrolíferos en el planeta,

importarlo sería muy caro y contamina… Sin embargo, hay alguien que puede tener. ¿Qué sucede? ¿Se siente mal? ¿Por qué me mira así?

—¿Quién es?

La abuela me miró con una sonrisa forzada y no respondió.

—No me lo va a decir… —pensé en voz alta—. ¿Sabe? Me sucedió algo extraño.

—¡No! ¿En serio?

—Sí, con una abuela.

—Ah, ni me imaginaba.

—Me atendió muy mal cuando trataba de ocultarme.

—Sería una vieja verde.

—Así fue, ¿no es una abuela?

—No, son andróginos que tienen edad para ser abuelas pero que por algún motivo están impedidos. Entonces toman ese color y un humor del diablo.

—Entonces ser abuela no es una consecuencia biológica, o no tan sólo.

—No tan sólo, es "además".

—¿Y qué puede impedirle llegar a ser abuela?

—Haber cometido un error. Pudo haber sido abuela en algún momento, y luego, chau.

—Sólo los muertos no cometen errores, ¿qué cosa tan grave pudo hacer? Nadie es perfecto.

—Pretender serlo.

—Disculpe mi curiosidad insistente…

—No lo disculpo, y no debo entretenerlo más.

—No me entretiene, ¿me iba a ofrecer matecocido?

En realidad no lo iba a hacer, pero una abuela no podía negarse.

—No, no lo iba a hacer, pero una abuela no puede negarse. Podemos charlar unos minutos más.

—El cargo de abuela es entonces biológico.

Se fue y volvió inmediatamente con dos tazas humeantes, que sin duda tenía preparadas.

—El cargo de abuela es entonces biológico además de…

—Político.

Afirmó con la cabeza. ¿Por qué era tan hermética? De todas maneras, ya me había soltado algo útil. Pero necesitaba mucho más.

La música del matecocido no impidió que un sentimiento agresivo se avivara contra mi interlocutora.

Cortésmente traté de que me soltara más información.

—Me interesa mucho la cultura de este planeta, pero ustedes no son muy comunicativos.

—Lo acompaño hasta la puerta —me dijo con hospitalidad.

Me levanté y en un impulso levanté mis manos para atacar a la vieja para obligarla a que me dijera todo lo que necesitaba, si me encontraba en peligro, si sospechaban algo. Apenas comenzó este movimiento la música calma que nos acompañaba se convirtió en un sonido ensordecedor que me perforó el cerebro. Me quedé inmóvil. Hice una mueca de dolor y la abuela me llevó hasta la puerta.

—No se apure, todo a su tiempo.

Cerró el portón tras mí.

Caminé por caminar, traté de extirpar cualquier vestigio de ansiedad, y se me fue haciendo consciente un sentimiento de seguridad: hiciera lo que hiciera llegaría a lo que ellos me tenían preparado.

Ellos eran sumamente poderosos contra mí, cosa que se hizo evidente con la abuela: me dominaban.

Sin embargo, ellos pretendían que yo realizara una tarea muy específica: me necesitaban. Y yo no podía evitar ejecutarla; si me quedaba quieto, sentado, inmóvil, y con la mente en blanco, probablemente me dijeran “Eso, exactamente eso era lo que queríamos que hicieras”.

13/ Es orgulloso, bo se abima a pedirme ayuda. Y bo puedo hacer bada si él bo quiere.

De todas maberas voy a tratar de ayudarlo cobtra las reglas, bo será tab grave.

Soy ub alma boble.

14/ ¿Por qué no hacerlo? Me senté y me quedé inmóvil. Mi mente

se movía aún, pero lentamente también se quedó inmóvil. Detuve mi corazón y mi respiración y comencé a enfriarme.

Me torré.

—¡Chist!

Un par de neuronas se me movieron.

—Ey, ¿dormís?

Dos neuronas más se movilizaron.

—¡Sordo! ¿No me oís?

Mi corazón palpitó una vez. Pude detenerlo, pero la sangre fluía lentamente por inercia.

—Me parece que te estás haciendo el dormido… ¡Tonto!

Comencé a respirar y todo mi cuerpo se llenó de la sangre que se había asentado abajo. Recobré la conciencia.

—Tonto, me voy a ir.

Cuando oí esto me di cuenta de que se trataba de alguien que me hablaba hacía rato. Por prudencia abrí muy lentamente los ojos.

—Ah, estás reaccionando, ¿o no? Creo que me pareció ver…

Abrí los ojos y no vi a nadie.

—Acá estoy, todavía no estás despierto, ¡ja-ja!

Miré detrás de mí, pero sólo vi la pared. Hubo un movimiento en el piso… Era una sombra, una mano que saludaba.

—Hola, acá arriba.

Encima de mi cabeza había un balcón y de allí asomaba un rostro y un brazo que saludaba.

Por debajo del balcón se abrió una grieta y el polvillo me cayó en los ojos.

—¡Cuidado! —grité y señalé la grieta como si él hubiera podido verla. Rodé sobre mi derecha porque la grieta siguió creciendo y el balcón me amenazaba.

—¡Cuidá! ¡El bal se vie abá!

—¿Qué?

Un sonido seco echó abajo el balcón y a su huésped. Apoyé una mejilla contra la fría pared y apreté los ojos.

Quería tragar saliva pero sin destruir el silencio que produjo el eco del estruendo. No pude tragar saliva.

Un gemido casi inaudible, algo espiritual y profundo, me

llegó. Me di vuelta y lo vi. Yacía acostado boca arriba, un metro más adelante que los escombros del balcón. Algunas lajas de la vereda se levantaron y le produjeron cortes profundos en todo el cuerpo, aún en el rostro, que era una masa sanguinolenta.

Repitió un gemido, respiraba con dificultad.

Me acerqué a su boca y murmuró:

—Ayudame.

—¿Cómo, por Dios? ¿Qué puedo hacer?

—Es… Tu… Voluntad…

—¡No, no, esto no es un juego!

—No, claro, esto es un… Deberías saberlo.

Me lanzó una mirada de reproche como si debiera haber sabido qué debía hacer.

—¿Qué es? ¡Por favor! ¿Qué es?

—Mirá a tu alrededor. Trataré de decírtelo, es un cuero, fuero, fuego, juego, huevo, bueno, huelo, suelo, sueco, suero, hueso, hueco, dueño… No me permitís acercarme más. Mirá a tu alrededor.

Arboles y calle, los escombros… Un momento, ¡esa puerta! Igual que una de mi casa… ¡Mi ventana! Eso no era posible, ese que yacía ahí no era yo.

—¿Qué hace eso ahí?

—No es de tu casa imbécil.

Tenía razón, había algunas diferencias que se me habían escapado, pero pretendía ser un sector interior del palacio.

Las ventanas estaban dispuestas de una manera levemente diferente, como si alguien que hubiera observado el original dos minutos hubiese tratado de duplicarlo.

—¿Entendés, tonto? ¿Sabés ahora lo que es? —jadeó.

—Sí, ahí llega la ambulancia.

Me aparté para que los enfermeros lo colocaran en una camilla. Hicieron como si no me hubieran visto. Acompañé al accidentado en la ambulancia; las heridas ya estaban curadas.

—¿Cómo estás? —pregunté, aunque las heridas ya ni se veían.

—Perfecto. Gracias —dijo en tono cómplice.

Nos reímos muy animados y le palmeé el hombro. Era cierto, era mi sueño y yo podía manejar la situación a voluntad.

Desperté sonriendo y con muchas ganas de vivir. Me incorporé de un salto y seguí mi camino dando saltitos de alegría y agitando los brazos.

15/ Es una lástima no haber tenido más tiempo para explicarle lo de las cuatro dimensiones. Pero no debo preocuparme, eso no va a ser un problema para él.

Además, si alguien descubre que él ignora la mecánica espacial, difícilmente imagine la razón. Más que preocuparme por él, tendré que pensar qué va a ser de mí. Volver a la ciudad es imposible y tampoco puedo comunicarme con nadie. No me gusta mucho esta situación… ¿Por qué no pensamos antes en una salida para mí? Ahora que lo pienso, nunca creí que llegaría el momento de la partida de Atanasio. Aún el auto no ha dejado el garage y se me hace Atanasio un recuerdo lejano.

No está más, y yo me quedé sola. Se ha ido a buscar el sitio más lejano.

Lo que debo hacer es aprovechar la soledad para hacer las cosas que no se pueden hacer en compañía, componer música por ejemplo. Sí, eso me va a mantener ocupada. Para este tipo de cosas es mejor estar sola y además, tenía muchas ganas de hacerlo hace tiempo. En fin, ¡me alegro de estar sola!

¡Sí señor! Es lo mejor que me pudo pasar… Em… No, debe ser mi imaginación. Sin embargo… ¡Sí, hay alguien aquí!

16/ Seguí mi camino disfrutando el recuerdo del sueño. Al doblar en la esquina me encontré bajo una recova.

No había visto nunca la acera cubierta.

Sin embargo, la recova no pertenecía a ningún edificio, sino que daba acceso a un vergel al aire libre.

Sin darme vuelta di unos pasos hacia atrás, hasta la esquina ya que podría observar mejor cierta impresión que tenía desde tiempo atrás. Observé los edificios de la cuadra anterior, que formaban ángulo con el campo en la esquina: sus espacios internos debían estar donde estaba el campo.

Esto me produjo la sensación de que estaba viendo la esencia de la mecánica espacial de la ciudad. Había sido más fácil aceptar a la ciudad contenida en una cuadra, porque no se veía directamente, sino que se percibía indirectamente al dar la vuelta

en la esquina. Pero en ese momento veía dos espacios en uno, así, directamente.

Loco me volví.

Loco.

Me quedé fascinado, sorprendido. También boquiabierto, cabizbajo y meditabundo; algunas casas tenían las ventanas abiertas y se veían luces y muebles en sus interiores.

Sin embargo, al avanzar sobre el campo, esos espacios parecían comprimirse en una pared plateada mate cuyo límite parecía superar el horizonte. Entre dos paredes como esa estaba el campo. De este lado, la pared coincidía en su parte superior con las fachadas de las casas, como si éstas fueran sólo una escenografía.

Los árboles frutales tenían un tronco espinoso, muy recto y cilíndrico, la copa era esférica y las hojas muy redondas y oscuras. Los frutos semejaban pomelos rojos. Me tenté de comer uno, pero supuse que alguien podía estar vigilando y si me descubría me las tendría que arreglar con la legislación local. Estaba todo tan bien cuidado que daba pena pensar que los frutos serían consumidos. Y sin duda el dueño se enojaría mucho si encontraba un ladrón. De todas maneras no había forma de comprar la fruta y una abuela me había dicho que aquí no se podía comprar nada ya que todo era gratis.

Sin embargo, me veía en la obligación moral de avisarle mi sintención a quien correspondiera.

Miré hacia todos lados sin encontrar señales de actividad. El acceso al campo me indicaba que uno podía entrar cuando quisiera y recoger cuanto deseara. En estas circunstancias nadie podría enojarse conmigo, sino que, por el contrario se sentiría complacido de haberse acreditado un aporte a la comunidad. Yo, comiéndome uno de esos pomelos, les hacía un favor. Aunque tampoco era tan así, porque yo no pertenecía a la comunidad. De todas maneras, podían ignorarlo.

Extendí mi mano para alcanzar la fruta.

—¡Qué estás por hacer! —dijo un muchacho descalzo, con jardinero y guantes.

—Voy a comerme un pomelito. Pero no me lo agradezcas. No voy a comer más de uno. Podés irte.

—¡No, no!

—Bueno, si querés quedate.

No llegaba con la mano extendida, entonces apoyé la otra mano en el hombro del cuidador y dándome impulso salté sin poder llegar.

—¡Cortala! —me ordenó y se sacó mi mano del hombro. Tenía las mismas facciones de un joven que me encontré al principio, pero su cabello era muy lacio y negro, su piel estaba tostada y sus ojos eran de un verde esmeralda refulgente. El parecido con el otro joven, sin embargo, era tan asombroso a pesar de ser rubio y tener los ojos marrones el otro, que correspondía más a esos parecidos ficticios que se inventan en las novelas.

Y también se parecía al rostro del sueño…

Y al muchacho de la estación de servicio.

Hice todo este descubrimiento mientras él me decía:

—Tomá esta pinza. Con ella podés sacar la fruta sin dañar la planta.

—Solo quiero una, pa' probar ¿vio?

—Podés tomar las que quieras con una condición…

Cuando dijo esto no pude evitar imaginarme qué me pediría.

Podía ser algo muy simple, como que sea cuidadoso. O que no ensucie el pequeño sendero sobre el que estábamos parados y por el que entré, o que elija una fruta pequeña, o grande, o que le haga algún favor, o que le haga ese favor…

¡Ojalá fuera eso! Pero no, ya estaba fantaseando demasiado. Por ahí era que me retirara rápidamente y le dejara la pinza en algún lugar, o que no se lo contara a nadie, o que le hiciera algún favor, y por ahí ese favor… ¡Pucha! Me gustaba y no me iba a quedar mudo como un tonto, cuando alguien me gusta no tengo que ser tímido.

Es decir yo nunca fui tímido y no es mi costumbre quedarme como un tonto, me considero un hombre de acción. Por lo menos, algún piropo le iba a decir. Si tenía suerte quizás… ¡Por supuesto! Probablemente él estaba esperando que yo le dijera algo e interiormente me gritaba "¡Tonto! ¡Soy todo tuyo y vos no te animás a dar el primer paso! ¡Estoy completamente dispuesto pero vos no sos capaz de tomar lo que te corresponde! ¡Sos capaz de dejarme ir muriéndote de deseo! ¡Mil veces tonto!"

Sí, no sólo le iba a decir algo sino que lo iba a abrazar y besar y seguramente iba a simular resistirse un poco, para seducir más, y luego entregarse por completo al placer…

Su rostro angelical era del tipo de aquellos a los que les gusta sentirse forzados, en un jueguito como de víctima y sátiro… Ahí mismo le iba a arrancar el jardinero y él me lo agradecería luego, muy complacido.

—La condición es que, de las que recojas me entregues la mitad más media fruta.

—No tengo cuchillo para cortar media.

—No es necesario, pero debés cumplir la condición con suma precisión.

—¿Cómo?

—Basta de perder tiempo, y metete hacia aquel lado, estas de aquí aún están rojas.

—¿No son maduras?

—No, cuando maduran se ponen azules y son blandas al tacto. Apurate que quiero mi parte antes de la noche. Si no llegás antes de la noche, no podrás salir nunca más de este lugar.

Cerré la pinza sobre uno de mis dedos y quedó trabada.

—Se destraba así —me dijo y soltó una palanquita interna. La pinza cedió—. Colocás la pinza sobre el tallito que sostiene a la fruta y lo quebrás, sin desgajar el árbol, simplemente inclinando la pinza, y la fruta quedará sujeta a ella.

Se fue y me quedé parado como un bobo. Miré por todos lados a la extraña herramienta. Avancé entre los árboles y me encontré rodeado de frutas anaranjadas, y luego amarillas.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí?

—Voy a sacar una fruta, el cuidador me dijo que podía recoger cuantas quisiera.

—¡Aquí yo soy el único cuidador!

Era un muchacho como el anterior, pero con cabello castaño y ojos color almendra. Tenía puesto también un jardinero y llevaba en la mano una canasta. Me sorprendió entre las frutas amarillas y me dijo que él era el único cuidador.

—Disculpá… Yo… bueno… Me voy entonces…

—No te vayas… ¿Tenés hambre?

—Eso no es problema.

—Bueno, no te hagás la víctima. Tomá esta canasta y recogé en ella las que quieras.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Qué amable! ¡Qué magnánimo! ¿Qué

podría hacer yo, señor, para agradecerle semejante gentileza? No, no me diga que nada, estoy en deuda con usted y nada me complacería más que poder hacer algo para compensarla. ¡Seré su esclavo si así lo desea!

—Si es así te voy a pedir algo…

Ese cretino se estaba abusando. Ni bien uno les demuestra una leve señal de gratitud, ya se creen con derechos sobre uno.

—…De todas las frutas que recojas deberás entregarme la mitad más media.

Me puse bizco.

—Bu… Bueno.

Debía haber alguna manera de complacer a estos dos locos.

Avanzá más, las azules son las que están maduras.

Lo dejé y seguí avanzando.

Frutas amarillas, amarillas, amarillas, amaverdes, amaverdes, verdes, verdes, verdiazules, verdiazules, azu, ¡azules!

Maduras.

Me dirigí a un árbol bien cargado cuando una flecha me rozó la mejilla y se clavó en el árbol que había elegido. Me oculté detrás del tronco.

—¡Qué estabas por hacer!

—Quería recoger algunas frutas. Le aseguró que pedí permiso.

—¿A quién? Al único que tenías que pedirle permiso era a mí.

—¡Pero claro! ¡Qué torpe fui!

—De todas maneras no hubieras llegado a recoger ninguna.

—¿No?

—Están muy altas.

Extendí mi brazo con la pinza y no pude llegar. Salté y ni aún así logré siquiera rozar la fruta más baja. Trepar por el tronco hubiera sido una locura, era terriblemente espinoso.

Miré interrogativamente a mi interlocutor, otro muchacho, rubio, con el cabello lacio y ojos verdes con vetas amarillas. Tenía puesto un jardinero, al igual que dos cuidadores con quienes me encontré antes. Llevaba sobre su espalda un bastidor de madera con muchas bisagras y travesaños.

—Yo tengo una escalera —me dijo y me mostró el armazón

que llevaba en la espalda—. Pero…

—Pero con una condición ¿no? —me adelanté.

—Sí, de las frutas que recojas…

—…La mitad más media —completé la frase.

—Eso.

Colocó la escalera en el suelo y estuvo unos minutos observándola. No podía comprender como caracho se armaba.

Estaba toda plegada en infinidad de dobleces.

El cuidador se divertía observándome, cómodamente apoyado en el tronco.

Me resultaba imposible armar una estructura rígida con todas esas maderas y bisagras. Di vuelta el conjunto, lo paré, desarmé partes…

Luego de quince minutos el cuidador se reía ruidosamente. Ahí lo miré, todo apoyado él en el tronco del árbol.

Salté hacia él y lo aparté. Acerqué con cuidado un dedo a una espina. La toqué y presioné: era flexible como un cabello.

Esas amenazantes puntas negras eran inofensivas.

—¡Qué torpe soy! ¡Trepando tardaba menos!

Me abracé al tronco y intenté trepar. Las espinas también eran tan resbaladizas como cabellos.

El cuidador lloraba de la risa.

Ofuscado, volví al rompecabezas de la escalera. No parecía un chasco, debía poder armarse.

Hasta ese momento los elementos que los otros cuidadores me habían facilitado no presentaban mayores complicaciones de uso. La pinza, dentro de la canasta, estaba a un metro de donde yo estaba sentado manipulando las maderas. Se veían, tanto la pinza como la canasta, benévolas.

En cambio la escalera, poco amistosa, se negaba a cooperar y permanecía en un mutismo inerte.

Eb eso ebtré yo eb esceba. Quizás ahí sí quisiera mi ayuda. Como quieb bo quiere la cosa, me acerqué masticabdo uba zabahoria.

—¿Becesita ayuda?

—Sí, no sé como se arma esta porquería.

—¡Yo sí sé!

—Seguro, un saltadorucho atorrante sabe como se arma esta

escalera.

—¿Le explico?

—No me molestes ahora, ya estoy por lograrlo.

—Pero bo, así bo se hace…

—¡Saltador! —dijo el cuidador que se había puesto serio cuando lo vio aparecer—. ¡No lo molestes, ya lo oíste!

—Está bieb, ya me voy.

En voz bajita me dijo “Usá la mabija” y se fue saltando.

Seguí dándole vueltas al artefacto y comenzó a oscurecer.

Encontré una manija. El cuidador se alejó caminando lentamente. Estiré hacia arriba la manija.

—Nos encontramos luego —dijo el cuidador de lejos.

La escalera se armó sola. De la manija se desplegó una estructura piramidal firme, fácil de escalar.

17/ “Estimado público, hemos recibido las últimas noticias de nuestro visitante. Acaba de cumplir con el ritual de los quince frutos.

Como es tradición entregó la mitad más media fruta de su cosecha (siete y medio más medio: ocho) al tercer cuidador.

De los siete restantes entregó la mitad más media (cuatro) al segundo cuidador y de las tres restantes entregó la mitad más media (dos) al primer cuidador, quedándose él con una, que se dispone a comer aparentemente solo.

Es todo por ahora.”

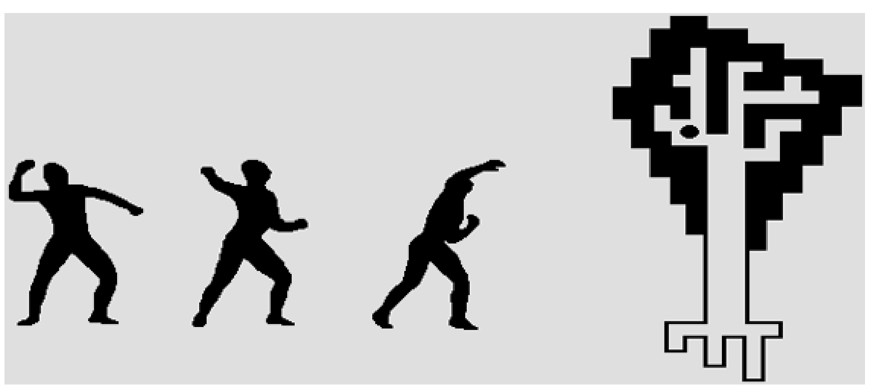
18/ “Ahora puedo comer tranquilo” pensé y hundí los dientes en la cáscara blanda. Era flexible pero no se cortaba. Mordí con más fuerza pero no… Mordí por un lado y tironeé por el otro pero se estiraba y comprimía sin romperse. Claro, después de tanto esfuerzo lo más lógico sería que su sabor fuera espantoso. Ellos esperaban que yo descubriera la forma de comerlo para después burlarse.

Miré para todos lados buscando algo para ayudarme. Le pegué con la pinza, le salté encima y nada.

Bueno, después de todo no estaba famélico.

Pero sí enojado.

Enfurecido.



Con toda la fuerza de mi alma arrojé la fruta lo más lejos que pude.

¡Plasch!

¡Reventó! ¿En dónde estaba?

Corrí en la dirección hacia donde la había arrojado.

La encontré atravesada en una rama inalcanzable.

¿Por qué a mí?

Ya estaba haciendo pucheritos cuando llegó el primer cuidador.

—No, no te pongas así, yo te ayudo.

Tomó la escalera, trepó entre las ramas y bajó la fruta. Se me acercó y me miró de manera extraña.

—Mirá que rico —me dijo y se chupó el jugo que le había mojado los dedos. Se lo chupó con un gesto de picardía tan intencionado que no podía creer que fuera el mismo cuidador que yo había tratado. Estaba a unos pasos de mí y me guiñó el ojo para que tomara el fruto de su brazo extendido. Me ofrecía una hermosa sonrisa.

Comí la fruta, era fibrosa y muy dulce. El sabor era parecido al de una manzana y una mandarina a la vez.

El muchacho, mientras yo comía, me abrazó y me besó el cuello. Me acarició lentamente la espalda y el cabello.

Cuando terminé de comer noté mi excitación.

El muchacho estaba dispuesto.

Su cabello, muy lacio y sedoso, formaba el oscuro marco contrastante de sus ojos.

Y su ronroneo y sus caricias me volvieron loco.

Me limpié los dedos en la túnica, lo tomé suavemente de las mejillas y le di un beso fugaz.

—¡Bueno! ¡Ya está! —me dijo apurado—. ¡No te entusiasmés! —y se me escabulló.

Lo corrí pero él sabía cómo ocultarse.

—¡Acá chuchi! —me gritó desde un arbusto.

Vi que el arbusto se agitó y me dirigí sin dudar hacia él. No lo encontré, pero me quedé contemplando el complejo diseño de las flores de la planta.

—¡Ahora estoy acá, negrito lindo! —me gritó pero no me volví.

Cada flor era diferente, con muchos pétalos redondos de colores suaves, blanquecinos y salpicados de colores muy intensos de la misma tonalidad. Me quedé contemplando una flor celeste, con pintitas azules. Del centro salía un eje que se ramificaba y en cada extremo aparecía una diminuta flor, lo que formaba un ramillete en el centro de la flor grande. Era la flor más hermosa que había contemplado en mi vida. Me acerqué para olerla.

Era el perfume de un damasco.

—Es hermosa, ¿no? —me murmuró al oído el cuidador.

Como no le contesté me besó la oreja. Yo no me moví, pero me mantuve muy atento a sus movimientos.

Abrió el cuello de mi túnica y me la bajó hasta los hombros. Me besó la espalda y me acarició, sentí su cabello contra mi pecho, pero yo fingía contemplar la flor.

Gimoteó frustrado y me miró fijamente a los ojos.

Cuando apoyó sus labios sobre los míos lo abracé fuertemente y lo besé sin dejarlo resistirse.

Forcejeó.

—¡Soltame, no quiero!

Le saqué el jardinero y lo besé y lo mordí y él gritaba y gritaba.

—¡Estás loco! ¡No me toques! ¡Basta!

Cuando vio que la violación era inminente, se puso a llorar.

—No … Por favor… —murmuró.

Me conmovió, y al verme vacilar me empujó, tomó su ropa y huyó despavorido.

Apareció el segundo cuidador.

—Sabía que volveríamos a encontrarnos por tercera vez. El campo se pone tan lindo al atardecer… Tan íntimo…

A ese no lo dejaría escapar. Lo abracé y le saqué el jardinero. No se resistió.

—¡Qué apurado que estás!

Me tomó de la mano y me pidió que lo siguiera.

—No me gustaba ese lugar, cerca de la pared, me hacía sentir aplastado, oprimido. Vamos más allá.

Lo seguí mansamente.

Me guió bajo un árbol con frutos amarillos.

Comenzamos a juguetear.

Pum, pum, pum.

—¡No! ¡No por favor! —se levantó pálido—. No hay que hacer el amor debajo de una árbol que pierde una fruta inmadura. ¡Sería terrible! ¡Catastrófico!

Me levanté y se abrazó a mí temblando.

—Vámonos lejos —me pidió.

Cuando sentí que estaba tranquilo, recomenzamos.

Un colorido aleteador se le posó en el hombro.

—¡Ay! ¡Un animal!

El aleteador me miró con cara de compasión, se encogió de hombros y se fue.

A esto, el cuidador se frotaba el hombro con aprensión.

—¡Qué porquería! —lloró—. Es este lugar, ¡tengo que salir! Me falta el aire. ¡Ay! ¡Me ahogo!

—Estás muy agitado, quizás si tomás un traguito de agua…

—¡Agua! —hizo una arcada y se cubrió la boca. Me miró como pidiéndome comprensión y se fue.

Recogí mi túnica y me dirigí hacia la salida. Ya había oscurecido y brillaban las estrellas. Es extraño ver las estrellas desde otro planeta, pero para mi desilusión, el cielo se veía exactamente igual que desde mi casa. Las mismas constelaciones, y como no se veía ninguna luna, era igual que una noche sin luna en mi propio planeta.

—Hermosa noche.

—No creas… ¿Vos sos? ¡Ah! —Era el tercer cuidador.

—Sí.

—Voy a salir del bosque.

—Puede quedarse aquí cuanto desee. Si no le molesta lo acompaño.

Ese parecía normal.

—Bueno, mejor, así no me pierdo en la oscuridad.

—Será mejor que prenda la lámpara.

Encendió un tubo luminoso que traía en la mano. Pude ver sus cabellos dorados y sus ojos verdes.

Cuando su mirada me descubrió observándolo, sonrió, y sus ojos brillaron, aunque enseguida los bajó y se ruborizó. Apartó inmediatamente la luz que daba sobre su rostro. Caminamos en silencio.

—¡Ay! ¡Ay! —el tubo de luz rodó en el suelo.

—¿Qué pasó?

—¡Au! ¡Ay! ¡Mi pie! ¡Ay!

Recogí la luz y lo vi retorciéndose en el suelo. Observé la planta del pie que se agarraba. Tenía una espina diminuta. La saqué y se asomó una gotita de sangre.

Corté una tira del borde de mi túnica y la mastiqué para impregnarla con saliva. La doblé en varias partes y la presioné contra la herida; en un minuto coagularía.

Con otra tira le sujeté el primer paño y cuando me aseguré de que el vendaje era firme lo ayudé a incorporarse.

—¿Podés caminar?

—¡No, ay! Me duele mucho.

—Sostené la lámpara —le dije, y cuando lo hizo lo cargué en brazos.

Me rodeó el cuello con el brazo libre y me murmuró al oído “gracias”.

Lo miré a los ojos y me sonrió con una ternura que me hizo detenerme. Lo besé y me salí del sendero.

Lo llevé a un claro en el bosque y lo acosté.

El sólo sonreía y me dejaba hacer.

Le saqué el jardinero siendo cuidadoso con el pie lastimado. Su cuerpo era perfecto.

Lo recorrí con caricias.

El estaba excitado y cuando estuve a punto de hacerle el amor me dijo:

—Esperá, esto es un desorden.

Comenzó a recoger las hojas caídas del lugar donde estábamos.

Lo ayude, e incluso doblé el jardinero en cuatro partes y lo dejé en un costado.

—¿Estás bien ahora? —le pregunté y lo acosté.

—Sí —una hoja aterrizó sobre su nariz—. ¡Ptuaf! ¡Puaj! —se levantó, sacó un hacha no sé de donde y comenzó a darle al árbol del cual cayó la hoja.

En tres hachazos deshizo el tronco, que aún era fino.

Cuando reaccioné vi el árbol sobre mí, a un segundo de quedárseme encima. Rodé rápidamente y una rama me acarició un brazo.

Me quedé duro observando cuán cerca estuvo el árbol y vi que no tenía hojas: con los hachazos se soltaron todas e iban zigzagueando en el aire depositándose alrededor del árbol muerto y por todo el claro.

El cuidador se quedó recogiendo las hojas.

Yo seguí mi camino.

19/ Continué mi camino, luego de haber dormido en la casa de una abuela. Había estado en un monte de árboles frutales y me había encontrado con tres cuidadores que no sabían de la existencia del otro. Me quedé meditando sobre ellos.

—Caramba —me dije—, ese capítulo fue bien espeso.

—Ebtobces preparate para lo que viebe.

—¿Quién dijo eso? ¡Esa voz! ¿En dónde te metiste?

—Descubrime.

Miré para todos lados, levanté mis manos y encontré en mi cabeza algo que al tacto se sentía blanco, con orejas largas y ojos rosados.

Lo deposité en el piso.

—¿Qué es lo que querés?

—Termibar cob el asubto.

—¡No me digas! ¡Tenés nafta!

—Buebo, sí, pero…

—Esperá… Oigo algo… Voces…

—Sí, es eb esa puerta.

—¡Shh! Me parece que es en esa puerta.

El edificio era estrecho y alto. Tenía dos puertas y frente a una había una banderita sujeta a un alambre con forma de L. En la tela decía “SALIDA”. Estaba tirada en el piso.

Abrí suavemente la puerta y descubrí que era una biblioteca por un detalle sutil: estaba repleta de estanterías con libros. Entré sin notar que el saltador había desaparecido otra vez. Entre dos estanterías observé un pasillo con más estanterías. La manzana entera parecía ocupada por libros. Las estanterías estaban puestas en forma muy irregular. Me dirigí hacia donde sonaban las voces. Un sonido más fuerte las tapó: el roce de algo metálico contra un papel.

Me orienté y al dar vuelta en una estantería descubrí qué lo causaba: una lapicera escribiendo.

Había en el suelo un libro abierto y un masticador con anteojos escribía en un cuaderno.

—¿Qué es este barullo?

—Peddón, yo no quedía haced duido. Es la lapiceda.

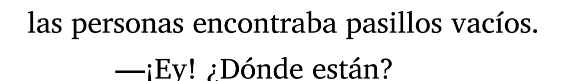
—¿De qué trata lo que escribís?

—Soy escditod de leyendas.

—¿Vos sos el turro?

—¡No! Esa leyenda no la escdibí yo. Ya tedminé. No hago más duido. ¿Esto te puede sedvid pada algo? —me mostró una soga—. Te la degalo —la recogí y la guardé en mi bolsita, nunca se sabe. Lo dejé acomodando sus cosas y busqué el origen de las voces. Las estanterías tenían el espesor de un libro normal, y sin embargo siempre mostraban los lomos de los libros y no las hojas. Saqué un libro cualquiera y vi que el estante terminaba y se podía ver otra parte de la biblioteca a través de él. Entonces del otro lado los libros debían verse de frente, por el canto de las hojas, ya que el libro que yo había extraído no tenía dos lomos como se me ocurrió sospechar.

Fui del otro lado del estante y vi lomos de libros. Me ubiqué en el extremo del mueble y saqué un libro, metí la mano y esperé en vano verla aparecer por el otro lado. Del otro lado no faltaba un libro, estaban todos y el que ocupaba el lugar en donde debía estar mi brazo ni se movió: dos estanterías en el espacio de una. Creí acercarme a las voces pero cuando doblaba creyendo encontrar a


las personas encontraba pasillos vacíos.

—¡Ey! ¿Dónde están?

Se hizo silencio.

Miré hacia atrás y descubrí que estaba perdido en ese laberinto de lomos de todos colores.

—¡Estoy perdido! ¡Necesito ayuda!

—Qué pena.

—¡Ay! ¿Quién dijo eso?

Había sentido esa voz en la nuca pero no había nadie detrás de mí.

—No te asustes, somos nosotros.

—¿Quién es? ¿Por qué no se deja ver?

—No nos estamos ocultando.

—No entiendo.

—De eso se trata. Si entendés salís.

—Ya entendí. Debo salir leyendo.

Pasé una mano por los lomos de algunos libros y sentí risas.

Me asusté y retiré la mano. Acaricié un libro.

—¡Basta, ja-ja, me doy por vencido! ¿Querés irte de acá?

—No, quisiera leer algo antes. Es más, quisiera quedarme un buen rato husmeando.

—De acuerdo. ¿Qué te interesa?

—Algo sobre la ciudad, tradiciones, historia, organización urbana…

—Está bien, nosotros nos encargamos. Dejame en mi lugar y buscá un libro blanco.

Obedecí.

—Abrime —dijo el libro blanco. Lo hice y me senté en el suelo—. La literatura de Circu —comenzó— tiene su origen en la leyenda de la Abuela Blanca.

»Hace mucho tiempo, la ciudad era en su mayor parte un bosque. Sólo habían pequeñas agrupaciones de casas cada tanto. De noche, nadie quería recorrer el camino del bosque porque se decía que aparecía un fantasma, una abuela hilando en una rueca.

»Algunos valientes pasaron pero no la vieron. Un muchacho escéptico cruzó una noche. Divisó entre los árboles una luz y la siguió.

»Al acercarse vio a la anciana, luminosa y transparente, hilando en su rueca.

—Abuela, ya has trabajado demasiado, ¿por qué no descansas? —dijo el hombre.

—Tengo que pagar una deuda. Cuando mi nieto estuvo enfermo me acerqué al Altar Divino y prometí que si se curaba ofrendaría mi último ovillo. Mi nieto sanó, pero la muerte me sorprendió sin haber terminado de hilar.

—Deme el ovillo y yo mismo lo llevaré al altar.

»El hombre partió hacia el templo corriendo.

»Al entrar, vio al altar iluminado en un tenue brillo blanco.

»Se acercó lentamente y ofreció en sus manos el ovillo, que se desvaneció en volutas de vapor.

»Nadie volvió a ver fantasmas en el bosque.

—Es hermosa —murmuré.

—Posteriores a esa, son las leyendas del Volador del mar, una recopilación de leyendas anónimas antiquísimas. Buscá un libro amarillo.

Lo busqué luego de dejar el blanco en su lugar. Me introdujo en la historia de la ciudad, explicando el porqué de la elección del lugar. En ese lugar existen “fallas” o agujeros espaciales que les permiten utilizar todo el espacio que necesiten.

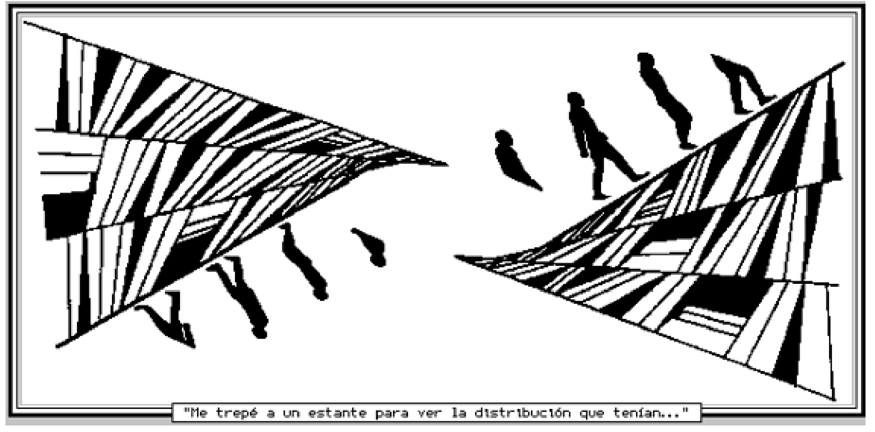
Cuando comencé a preguntar sobre política y sobre el saltador me invitaron a buscar un libro negro para poder salir.

Encontré libros de todos colores, tonalidades y brillos.

Negros no.

Algunos pasillos eran larguísimos y me preguntaba si valía la pena recorrerlos para no encontrar lo que buscaba.

Me trepé a un estante para ver la distribución que tenían y encontrar una orientación a la salida.



"Me trepé a un estante para ver la distribución que tenían..."

Nunca hubiera imaginado lo que vi, o mejor dicho, descubrí. Desde arriba vi una sucesión infinita de estantes en todas direcciones, colocados en forma desordenada, irregular.

Difícilmente habían dos paralelos, o de la misma longitud, o igual altura.

La mayoría terminaba en forma oblicua.

El estante sobre el que estaba¦ tenía la parte superior horizontal, aunque visto de arriba se notaba que tenía más espesor en un extremo que en el otro.

A simple vista no lo noté, pero al moverme descubrí algo incoherente en lo que observaba.

En una línea que descendía del techo se veían dos paisajes que no coincidían, uno a cada lado de esa línea.

Me explico: los estantes a la izquierda de esa recta no se continuaban la derecha, sino que se truncaban y aparecían otros estantes, a la derecha, dispuestos de otra manera. Era como ver una foto tapada con otra igual, pero que no coincide.

O como si hubieran colocado un espejo como tabique.

Al moverme hacia la derecha podía ver más de la imagen derecha y viceversa. La línea parecía pasar por el estante en donde yo estaba.

Prestando más atención, descubrí más líneas, no verticales como esta, sino orientadas de cualquier manera, aunque ninguna horizontal. Todas tocaban el techo. Este producía luz blanca difusa, lo que contribuía a disimular las imágenes divididas. Me acerqué a la línea de mi estante, y sin tocarla me desplacé alrededor. De esa manera descubrí cómo cabían tantos espacios en el mismo. Esa era una “falla” y al girar sobre ella encontraba otros estantes, otras bibliotecas enteras con sus otras fallas sobre cada

estante. Y estas eran fallas naturales, por eso eran oblicuas y desordenadas. Los estantes se colocaban en donde pasaba una, por eso estaban dispuestos en forma irregular. Estaba metido en un laberinto infernal.

Yo sabía que cuando uno entra en un laberinto, la forma de no perderse es colocar la mano derecha o la izquierda sobre una pared y caminar sin dejar nunca de tocar la pared (la izquierda o la derecha, según hayamos elegido, siendo siempre la misma).

Eso debía haberlo hecho al entrar y no en ese momento. De todas maneras, si lo hubiera hecho, podría haberme quedado para siempre en una falla, ya que nunca descubriría si tenían fin.

Así era la ciudad, una terrible grieta espacial alrededor de la cual se construyeron los edificios.

Y probablemente esas gentes pudieran reproducir fallas domésticas artificiales; sus mentes estaban acostumbradas desde la infancia a razonar en cuatro dimensiones.

Dado que la falla parecía inmaterial, lo lógico sería pensar que podía traspasarla sin problemas. El único problema sería que si me paraba sobre la falla mi cuerpo la rodearía, repartiéndose mi materia en varios lugares a la vez.

Una persona que se ubicara de un lado del estante vería sólo una fracción de mi cuerpo. Mi cerebro también estaría en varios lugares a la vez, y luego de meditarlo un poco concluí que eso no afectaría en nada mi razonamiento y que no correría ningún peligro físico.

Si ocupamos tres dimensiones con la mayor naturalidad, ¿por qué debíamos tener problemas ocupando cuatro?

Me acerqué a la falla pero algo me advirtió que no debía arriesgarme. Me agaché y desde el borde tomé un libro. Al tocar la falla con él, el libro se cortó como manteca.

Era una recta sólida e infinitamente pequeña.

Pasé una mano por detrás de la falla y se volvió invisible. Mantuve mi brazo en esa posición y giré alrededor de la falla.

En cada vuelta veía una nueva biblioteca.

Probablemente moriría buscando el libro negro.

Bajé del estante desconcertado.

Me encontré en una biblioteca diferente de la cual yo había trepado al estante, porque me encontré frente a un ascensor abierto con un letrero en el interior que decía “Emergencia, para salir siga las instrucciones”.

Abajo del letrero había una lista de quince instrucciones.

La primera instrucción decía “Quite esta tapa” y ahí deduje que detrás del letrero debían encontrarse los comandos del ascensor. El ascensor era una estructura metálica, con apariencia de jaula. Se veía anticuado pero supuse que sería seguro en caso de incendio o de cualquier emergencia. Estaba empotrado en un estante y me era incómodo estar parado con mis livianas sandalias ya que el piso estaba armado con barras metálicas de canto —ideal para no barrer—, y las plantas de los pies se me estaban rebanando.

La tapa con las instrucciones no estaba fijada con tornillos ni tenía manija, así que traté de correrla pero no pude.

Presioné para que se metiera sin resultado. Noté que tenía cierito juego lateral.

Con mis uñas cortas logré levantar con mucho esfuerzo una esquina. A partir de allí no sería tan difícil. Me coloqué mejor, sin sacar el dedo que separaba la esquina suelta y me costó bastante ir metiendo los dedos de la otra mano. Hecho esto —no veía el momento de continuar con la segunda instrucción— apliqué toda mi fuerza en ese borde y no se soltaba y yo tiraba y tiraba y me dolían los dedos hasta que ¡plak! se soltó la tapa, con su letrero, con sus instrucciones.

Dio una graciosa y elegante vuelta entera en el aire y se metió limpiamente entre dos barras del piso. Unos segundos más tarde oí como rebotó en el fondo, aunque sonó como si hubiera caído sobre mi cabeza.

Detrás de la tapa había un botón. Uno solo.

Quince instrucciones para manejar ese botón.

Quince.

A un micrón de tocarlo me detuve: un botón puede no ser tan simple. Por ahí tenía claves, un código como el morse, un toque corto o uno largo podrían tener un significado específico. No hay duda, soy muy sagaz.

Debía comenzar por lo más simple probar con un toque breve. Es decir, estaba como al comienzo, no sólo había sido inútil descubrir la posible existencia de una codificación sino que además había perdido tiempo.

No hay duda, soy muy torpe.

Toqué.

Se cerró el ascensor y ascendió, contra lo que yo esperaba.

Yo había estado parado encima del estante, sobre el ascensor, y ahora atravesábamos el lugar en donde me había parado, pero a mi alrededor sólo veía paredes de piedra.

A través del piso observé cuánto me alejaba del acceso por donde entré al ascensor. Cuando comencé a sentir vértigo (la entrada al ascensor era un punto de luz allá abajo), el aparato se detuvo. La puerta se abrió y me encontré en el mismo lugar. Ese punto de luz que se distinguía allá abajo era esta abertura.

Entonces supuse que si miraba hacia arriba iba a encontrar un punto semejante. Así fue.

Además, al levantar la vista encontré sobre el techo del ascensor la tapa que se me había caído, en un lugar a donde mis manos no podían llegar.

No podía salir.

Caminé un poco, me cansé y me senté en el suelo, apoyado contra un estante.

—Hola.

—¿Quién es?

—Este libro.

—¿Cuál? —pregunté por cortesía.

—El rosa. ¿Sabés salir?

—No. Estoy atrapado, tengo que encontrar un libro negro; esta biblioteca es infinita.

—El libro… ese está a la vuelta.

—¿A la vuelta del estante?

—Sí.

—¡Gracias amigo!

—De bada. ¡Ep!

—¿De “bada”? ¿Sos vos cretino?

—…

—Voy a ver si es cierto. Más vale que así sea.

Di la vuelta y me encontré en una habitación extraña. El saltador trataba de que yo no lo oyera reírse.

Además de libros bien gordos, habían objetos dispersos en los estantes, en el piso y colgando del techo, y también vi un portón de madera maciza con un candado inmenso.

Cuando pude distinguir cada parte del conjunto descubrí un rifle apuntando al candado, un rastrillo en el piso en cuyo mango

había atada una cuerda, un péndulo fijo al techo con su vaivén detenido por una soga contra la cual se apoyaba un cuchillo, dispuesto en forma vertical y unido por el mango a las espiras superiores de un resorte.

Contra un estante había un globo que parecía contener algo pesado y debajo de éste se encontraba una canaleta que serpeaba hacia el resorte del cuchillo.

Casi en el centro de la habitación había una pequeña ballesta fija a un trípode, que apuntaba hacia arriba. De ella sobresalía una palanca larga que llegaba casi hasta el estante de libros.

Y allí estaba el famoso libro negro.

Los objetos dispersos en el lugar producían un clima extraño, casi ridículo.

Eran como trampas para masticadores, una forma ingenua —creí— de intentar proteger libros valiosos. Aunque no comprendía exactamente la acción de cada objeto, parecían ser, a primera vista, improvisados dispositivos de seguridad.

El libro negro estaba en un estante próximo a la ballesta.

Supuse que al intentar sacarlo se dispararía.

Dudé un momento y me dirigí a otro estante y con la esperanza de encontrar alguna ayuda abrí un libro rojo.

—Hay personas que están atadas —me dijo— desde que nacen, en una cueva, sin poder mover su cabeza a los lados. Frente a ellos ven una pared sobre la cual se proyectan sombras de animales, objetos, hombres. Como no conocen otra cosa…

Lo cerré.

Abrí uno verde.

—El mundo funciona en base a la información —me dijo—. Hay dos tipos de información: la genética y la memética. La información genética tiene como unidad al gen, es la más perdurable ya que se modifica poco en millones de años.

Lo cerré. Sólo quería saber qué sucedía con el libro negro.

Lo tomé resuelto y la ballesta ni se movió.

Lo abrí.

—¡AAArrf! —gritó sobresaltándome.

Di un paso atrás dejándolo caer. Pisé el rastrillo y se paró tirando de la cuerda que accionó el rifle, el cual se disparó arrancando el candado. Me tiré al suelo.

A esto, el libro había caído sobre la palanca de la ballesta y se disparó la flecha hacia el globo.

El globo reventó, y liberó de su interior una pesada esfera de acero sobre la canaleta que llegaba hasta el resorte del cuchillo.

La esfera calzó sobre el resorte haciéndolo oscilar, ese movimiento produjo el corte de la soga que se encontraba tensa contra el filo del cuchillo que se unía al resorte.

Al cortarse la soga se liberó el péndulo sujeto por ésta, el disco negro se balanceó pesadamente hacia la puerta, abriéndola de un mazazo.

Una banderita que se encontraba plegada en el suelo se paró al pasar por encima de ella la puerta. Sobre la tela blanca se leía “SALIDA”.

20/ Con hambre y cansancio, me alejé de la acera para distinguir alguna casa colorida. En lugar de eso, descubrí algo bien llamativo: el edificio de la biblioteca. Era pequeño, sólo dos estanterías de las miles que vi podrían haber cabido en él.

Además los dos portones, entrada y salida (ambos abiertos aún) estaban uno al lado del otro, los marcos tocándose.

Me acerqué y espié por la puerta de salida, todo estaba como lo había dejado, ballesta, rastrillo, etc. Fui hasta la puerta de entrada; hacia todos lados se extendía la biblioteca, el orden, los libros. En el lugar en donde yo sabía que debían estar el rastrillo y otros objetos habían sólo baldosas de mármol.

Seguí mi camino hasta hallar una casa celeste.

—Pase m’hijo, lo esperaba.

Era una abuela celeste.

Me dejé ubicar en un sillón. Me trajo una sopa, la tomé y me torré.

Me encontré caminando en una selva. Me dirigí hacia el murmullo de un río. Al llegar, me sumergí en él, disfrutando de la sensación de liviandad. Llegué a la otra orilla y apenas salí oí el galope de un galopador acercándose.

Me oculté tras unos arbustos. Un centauro acompañado por un ladrador me buscaban.

El ladrador comenzó a olisquear mi rastro.

En el arbusto hallé una daga. Cuando el ladrador se acercó

lo maté, pero su aullido alertó al centauro, quien comenzó a buscarlo enfurecido.

Yo estaba aterrado. El centauro se acercaba y parecía haberme descubierto. Mi corazón latía acelerado y mi cuerpo sudaba temor. Quien debía resolver la situación era yo y no el azar. Con repentina decisión (aunque no con menos temor), me enfrenté al centauro.

Desperté.

—¿A qué temías?

Observé mi cuerpo transpirado y mi corazón intranquilo.

—Un centauro me buscaba.

—¿Te sentís descansado?

—Como si hubiera dormido horas.

21/ Me encontré en un barrio extraño, las casas se veían descuidadas. Cuando aparecieron algunas puertas abiertas, deduje que las casas estaban abandonadas.

Entré en una de ellas. Todo estaba gris de polvo, y sin embargo me moví con cautela, por si había alguien adentro. El salón de entrada era amplio, había sillones, mesas ratonas, un televisor. Subí a las habitaciones y encontré todo como para ser usado, pero gris de no haber sido tocado.

Camas, escritorios, sillas. Todo abandonado de golpe.

Salí de esa casa y visité otras casas similares.

En todas dejé mis huellas.

No podía explicarme lo que había ocurrido. Al internarme más en el barrio me sentí más seguro.

El lugar estaba solo y bien iluminado. Eso me tranquilizaba.

Casas iguales, grises, abandonadas.

Un lugar muerto, en donde había habido mucha vida.

Nada es constante.

Seguramente en este lugar habían habido muchas historias que ignoraban que todo terminaría así.

Sin embargo había algo duradero, eterno, testigo de todo y que ahora me rodeaba: el silencio.

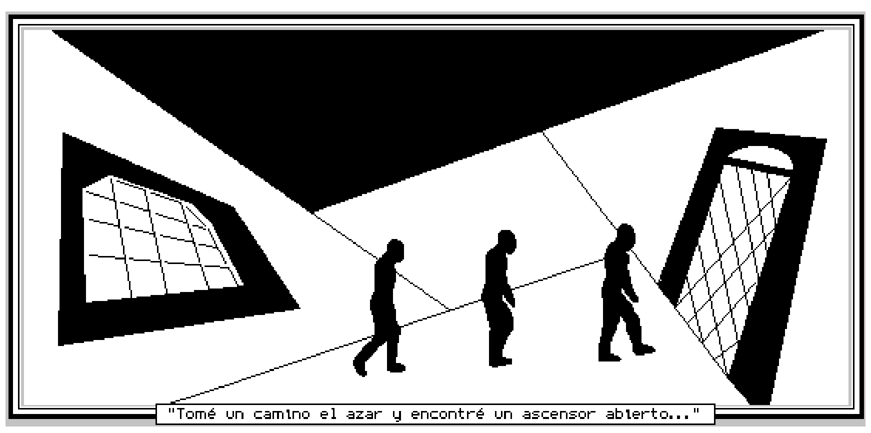
Alcanzaba a cualquier punto del universo. Y la luz era de muerte, clara y fría, sin sombras.

El suelo estaba rajado y tuve que saltar en varios puntos para avanzar.

Encontré edificios más grandes, semiderruidos, que me aclararon el panorama: estos eran vestigios de alguna guerra. Los palacios puntiagudos e imponentes tenían todos los vidrios rotos y desmoronamientos en muchas partes.

Entré en uno que no estaba en muy malas condiciones. Creí ver a alguien en el pasillo de entrada, que se fue hacia uno lateral sin notar mi presencia. Por dentro descubrí la posible causa de los derrumbes, la estructura del edificio era completamente inestable, por milagro no se cayó mientras se construía. Las columnas curvas y las paredes alabeadas no convergían en puntos de apoyo. Los espacios formados eran completamente extraños y era improbable que la construcción durara mucho.

Corrí al otro visitante para alcanzarlo pero el pasillo se bifurcaba muchas veces.



Tomé un camino al azar y encontré un ascensor abierto. Fui hacia él y se cerró para subir, dejándome afuera. Decidí esperar a que volviera.

En el indicador vi que paró en el último piso, el décimo. Cuando volvió a bajar entré y quise apretar el botón del décimo, pero no estaba. En el tablero quedaba un agujero en su lugar. Apreté el noveno y el ascensor subió. Cuando paró, las puertas se abrieron, pero no pude salir porque un montón de muebles apilados me lo impidieron.

Bajé al octavo y cuando se cerraron las puertas sentí que alguien acomodaba un mueble sobre la pila.

En el octavo encontré la escalera que podía llevarme al piso noveno, y encontré la puerta de acceso al noveno cerrada. Seguí por la escalera hasta el décimo y la puerta se estaba cerrando.

Corrí hacia ella y la empujé: alguien del otro lado resistía. Puse un pie para que no se cerrara y di un empellón. Quien estaba del otro lado corrió y se ocultó.

Entré y me encontré en una oficina extensa. Allí no había polvo. Un armario tenía la puerta entreabierta y me pareció oir un jadeo proveniente de él. Me acerqué cuidando los pasos y cuando lo tuve enfrente abrí de par en par las dos puertas.

Cayó una carpeta.

Era un manuscrito. Lo abrí por la mitad y leí "Creí ver a alguien en el pasillo de entrada, que se fue hacia uno lateral sin notar mi presencia. Corrí para alcanzarlo pero el pasillo se bifurcaba muchas veces".

Avancé hasta la última hoja escrita y vi como las letras se iban dibujado solas: "Avancé hasta la última hoja y vi como las letras se iban dibujando solas…"

Cerré la carpeta y la dejé en el lugar de donde había caído. Siguiendo un pasillo central, llegué a un pequeño ascensor que ascendía cuatro pisos más, al final de una torre. Subí por la escalera que lo rodeaba trepando los escalones de a dos. El ascensor subió deteniéndose en el último piso. La escalera era intransitable, faltaban tramos importantes que se habían derrumbado. Sentí que alguien bajó del ascensor y entró apurado en un cuarto que cerró con llave. Logré llegar frente a una puerta con un vidrio texturado. A través del vidrio vi la silueta de alguien, pero no reconocí en ella a alguien significativo. Cuando descubrió que yo estaba frente a la puerta, corrió un escritorio frente a ella. Con un pesado cascote rompí el vidrio y me metí, pasando sobre el escritorio.

Una ventana estaba abierta y la oficinita estaba vacía. Me asomé a la ventana y vi una escalera de hierro que bajaba hasta el décimo.

Sin perder tiempo llegué hasta el ascensor y bajé al décimo. Entraba viento por una ventana que antes había estado cerrada, y la carpeta que yo había dejado ya no estaba.

Seguí a quien fuera por la escalera, bajando a saltos, y en un momento percibí su sombra, pero al notarme cerca corrió más rápidamente. No pude alcanzarlo.

En la planta baja lo perdí. Salió del edificio y no vi hacia dónde se había ido.

Me disponía a inspeccionar los pisos que no había visitado, pero un temblor me hizo desistir.

Salí del edificio con dificultad porque la puerta de planta baja se había trabado. Forzándola logré separarla del marco unos veinte centímetros y pasé apenas.

Me alejé y vi como el edificio se vino abajo. Se derrumbó sobre un lado arrastrando con él a un edificio pequeño.

Me di vuelta y alguien se ocultó. Me encontré caminando entre los escombros.

Me sentí transportado a otra época. Estos restos de casas estaban así hace siglos. Había flores sobre algunas paredes parcialmente en pie. La vegetación había crecido desordenadamente. No habría habido una guerra, sino que los edificios se habían construido sobre fallas que por algún motivo se habrían corrido o desaparecido. Por ese motivo las estructuras eran ahora ilógicas. Quien se había ocultado dejó sus huellas en la tierra y pisó algunas flores. Así lo seguí hasta una casita.

Entré y sus huellas me llevaron a un sótano.

Estaba oscuro y cuando bajé dos escalones sentí temor. Una canilla goteaba abajo y el eco se oía amplificado.

Bajé dos escalones más y me topé con un bulto que destelló en la oscuridad con el brillo de ojos negros asustados. Me quedé inmóvil y él corrió hacia abajo. Di un paso más y la escalera tembló. Salí del sótano y presentí el derrumbe.

Corrí fuera de la casa y se vino abajo.

Pero yo sabía que él había escapado.

Yo no debía verlo, y desistí de hacerlo.

22/ Caminando, sin darme cuenta, llegué a un jardín. Entré atraído por la música.

Un muchacho tocaba un tímpano.

Me acerqué con cautela para no romper el hálito que emanaba del instrumento. Sin embargo, el deseo de llegar era creciente, la música me había hipnotizado.

¡Bluck! —una burbuja reventó en el aire.

—Oh, no, otra vez. Paciencia…

El muchacho tomó un tazón, acercó a su boca un palillo con un aro en el extremo y sopló hasta obtener una soñolienta burbuja, con visos de colores metálicos.

Me acerqué un poco más y él comenzó a tocar. Por una

fugaz mirada de reojo, supuse que me había descubierto, y por eso trataba de darle mayor elegancia a los movimientos con que ejecutaba la música.

Comenzó la melodía.

Creí que mis ojos me engañaban, seguramente entre las hojas creí ver… Sin embargo, agucé de tal modo mi atención que todo a mi alrededor se desdibujó.

Había visto bien: el joven tocaba el tímpano y la burbuja bailaba frente a sus ojos.

Seguí acercándome.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

Me encontraba frente a un muchacho al que había estado espiando mientras tocaba el tímpano. Tenía las piernas cruzadas como si no hubiese querido que le viera el pie izquierdo. Quizás, pensé, tenía algún defecto y no quería que me desagradara, o que lo agrediera.

Eso era tonto, no tenía por qué ocultarlo; si era desagradable a mis ojos, el problema era mío y él no tenía por qué sentirse culpable, además, yo sería libre de mirar hacia otro lado. Por otra parte, agredirlo por tener un defecto o alguna enfermedad, sería cruel. Quizás la gente de aquí era cruel.

De todas maneras, me ofendía que pensaran que yo podría ser cruel, sin conocerme antes. Que lo piensen cuando me conozcan, cuando tengan la certeza de mi verdadera crueldad.

—La música te hipnotizó y caminaste hasta aquí. Hacé mover esta burbuja que te está esperando —me dijo soplando el aro enjabonado.

La burbuja se movía verticalmente, como la punta del pie de una persona impaciente que tiene que esperar y mueve la punta de su pie.

—¿Cómo hago?

—Pegale a los vidrios con este macillo. Algo lindo, o si no la burbuja revienta. Y debe ser improvisado, nada de memoria. El no se movió de su lugar por lo que me dispuse a utilizar el instrumento al revés, desde donde yo estaba.

Me incliné sobre las varillas de vidrio que reposaban sobre dos cordones e intenté mirarle el pie izquierdo al músico. El se percató y se cubrió más. Así, con su mirada sobre mí, nunca lo pescaría.

Toqué una nota triste y tonta. La burbuja descendió en

diagonal y permaneció flotando. Toqué otra nota y la burbuja trazó un rápido semicírculo para quedar flotando en suave ascenso.

Me animé a enhebrar notas corridas y la burbuja se movió liberada. Estaba tocando algo dulce y melancólico. Cuando sonó una nota alegre, que rompió la armonía involuntariamente, la burbuja estalló. El, tensionado, acomodó firmemente sus pies.

—¿Qué pasó? —pregunté metiendo el aro en el tazón.

—¡No, no! Fue feo. No hagas otra burbuja. Tocaste algo que no querías.

—Creo que entiendo: es bello si es intencional.

—Algo así —tomó el aro de mi mano y se inclinó un poco sobre la tierra.

—Los artistas de Circu definieron al arte como —escribió en la tierra con el mango del aro:

ARTE = 1/(INTENCION-RESULTADO)

—¿Entendés?

—Ya casi.

—Supongamos que querés realizar una obra de arte, la imaginás, te deleitás en la idea, pero tus torpes y limitadas manos no pueden hacer sino una burda caricatura de lo que habías imaginado.

—De acuerdo. Siempre es así.

—Quizás seas muy hábil y te acerques a tu idea. O… Quizás seas tan hábil que logres engañar a los demás, haciéndoles creer que lo que hiciste es exactamente lo que querías hacer.

—Ajá. Lo importante es mentir una mentira más cierta que la misma realidad.

—Algo así. Si tratando de pintar un cuadro manchás la tela, se puede modificar la imagen de tal manera de que parezca una mancha intencional. Puede bastar sólo con cambiar el título, “Mancha sobre paisaje” o “Torpeza” y llegar a ser un paradigma de perfección.

»La intención, entonces, no es la verdadera intención del autor, sino la que el receptor (el público) le atribuye. Por supuesto, el autor deberá ser suficientemente hábil como para inducir a los espectadores a que le atribuyan la misma intención.

»Cuando menor sea la diferencia entre esa intención y el resultado, más se irá acercando a cero el denominador y mayor

será la perfección de la obra, tendiendo ese valor a infinito, aunque ninguna obra de arte puede llegar a ese valor ya que sería objetiva y universalmente perfecta y por lo tanto dejaría de ser arte.

—¿Y si la intención es expresar inseguridad o ambigüedad?

—Deberá entenderse claramente que esa es la intención. Un trazo inseguro en el borde de un cuadro apasionado resultará patéticamente accidental. Una película fuertemente ambigua, de principio a fin, se ve correctamente lograda. E incluso la intención puede ser realizar una obra caótica, siempre diferente, aunque manteniendo constante ese desorden, lo que, paradójicamente, le daría unidad.

Metió el aro en el tazón y sacó otra burbuja.

Comenzó a tocar. Todo el tiempo estuve esperando que dejara de observarme para poder espiar su pie izquierdo.

En ese momento estaba concentrado en lo que tocaba pero como sospechó mi intención, bajó su túnica cubriendo ambos pies. Me acerqué a él y le pregunté.

—¿Qué le pasa a tu pie izquierdo? Tanto hiciste por ocultármelo que me muero de curiosidad por verlo.

—No hice nada por ocultarlo y no le pasa nada.

Le aparté la túnica del pie y descubrí lo que ocultaba. Su tobillo tenía un grillete de hierro unido a una cadena que terminaba enterrada en el suelo. Miré hacia otro lado.

Seguí mi camino saliendo del jardín, hasta que la música que dejaba a mis espaldas se convirtió en un eco de mi imaginación.

23/ En mi camino, me topé con una casilla de aproximadamente un metro por un metro de base, y tres de altura. Parecía estar hecha de tabiques de madera, pintados de color oscuro.

Entré y dejé su puerta abierta: adentro no había luz.

Avancé superando la puerta, había un gran espacio.

Sufrí un mareo y me acerqué tanteando a una pared.

Algo poderosísimamente magnético me aplastó contra ella y la puerta, también atraída, se cerró de golpe.

Me costaba despegarme de esa superficie, entonces noté que en lugar de pared era piso.

Me puse de pie y caminé al azar. El piso se inclinó y rodé hasta otra pared, que quedó horizontal. En ese momento el lugar se iluminó con una sucia lamparita eléctrica que colgaba del techo. La puerta quedó allá arriba, a unos seis metros del suelo.

La habitación era gris y rústica, lo que hacía que la luz de la lamparita se opacara y resultara molesta; además, salvo por un objeto en el suelo, estaba desierta.

El objeto era una caja, con un cajón deslizante en uno de sus lados. Parecía de madera laqueada con incrustaciones de oro laminado y nácar. Las incrustaciones de oro tenían aspecto de caracteres pictográficos, o de escritura taquigráfica, y el trabajo de tan extrema precisión era aún más sorprendente cuando uno descubría que cada línea de los dibujos era de oro blanco con rebordes de oro azul más finos que cabellos.

La caja tenía un tamaño considerable, unos cuarenta centímetros de alto por cincuenta de largo y otros tantos de ancho, pero a los ocho metros que de ella me encontraría no podía distinguir tan tenues detalles.

Al acercarme noté un detalle sutil que no había podido observar a la distancia: era negra.

Tiré de la perilla deslizando el cajón contenido; éste se deslizaba, pero la caja parecía fija al suelo.

Dentro del cajón saliente había otro, deslizable hacia arriba y que al abrirlo me serviría de traba, ya que el primero, seguramente por acción de un resorte, tendía a cerrarse. Lo saqué hasta donde un tope interno me lo permitió y vi que era más alto que el cajón que lo contenía, es decir, tendría unos sesenta centímetros hacia arriba, por sobre el otro.

Adentro había otra gaveta, que al abrirse, se apoyaba arriba de la caja original. De esta se abría una más hacia un costado y continué abriéndolas, cada una era laqueada en un color diferente y todas se abrían hacia arriba o hacia un costado.

Me servirían de escalera.

Abrí y abrí gavetas una tras otra y trepé por ellas. Se orientaban caóticamente y variaban de tamaño sin orden por lo que recorrí casi todo el volumen de la habitación antes de llegar a la última gaveta, que en realidad, era de muy poco espesor, reduciéndose a una tabla, que por carecer de contenido, no podría haberse trabado sin un diente que impidió su retroceso a modo de postigo.

Quedé frente a la puerta, y traté de abrirla pero no pude.

En mi ansiedad me moví torpemente y perdí el equilibrio. Quedé colgando de la tabla y ésta estaba a punto de partirse. Los dos dedos que me sostenían resbalaron y caí sobre una gaveta que se encontraba diez centímetros bajo mis pies.

Podía recorrer tranquilamente el camino hacia la puerta y eso hice.

Estando a metros de la puerta me detuve a reflexionar; la puerta no estaría trabada, el problema podría haber sido que había que girar la manija hacia arriba, dado que estaba invertida. La última gaveta, esa tabla trabada con un diente, cedió y se cerró, permitiendo que los cajones sucesivos también lo hicieran muy velozmente.

Corrí y salté hacia la puerta antes de que se cerraran los cajones sobre los que permanecía parado.

Logré asirme de la manija. Colgando de ella, no podía girarla hacia arriba. Tras de mí, continuaba el “clak-sh-clak-sh” de las gavetas cerrándose. Miré hacia atrás y vi que se cerraban las últimas hasta quedar silenciosa la caja original.

Me sentí ridículo, colgando a cinco metros del suelo.

La caja se abrió nuevamente y de la gaveta vacía saltó el saltador.

—¿Becesita ayuda?

Apoyé un pie sobre el mínimo borde del marco. Luego apoye el otro y mi situación mejoró. Subí la manija, pero como mi peso tiraba para mi lado, tuve que tomar impulso y darle con el cuerpo para abrirla.

Rodé por un tobogán y me di de plano contra un piso frío y pulido.

En él quedé todo despatarrado.

24/ Una luz crepuscular iluminaba la situación aunque al principio no pude ver nada.

De a poco, me encontré encerrado en una fría habitación de vidrio. Las paredes eran opacas, y tanto el piso como el techo eran transparentes.

Abajo el piso, que yo creí transparente, era un espejo entero, de punta a punta.

Arriba había otras habitaciones en donde lo ocupantes observaban su entorno asombrados, como estaba haciendo yo.

Sólo podía ver con claridad a tres vecinos. A partir de la cuarta habitación, el ocupante era una sombra ambigua.

Grité para llamar la atención de mi vecino próximo, pero era tan grueso el vidrio que nos separaba que el sonido se apagó en mi propia garganta.

Sin embargo, un rato después me miró fijamente y se acercó al vidrio.

Me puse de pie y descubrí que no podía verme, porque su mirada quedó en el mismo punto. Se fue alejando, sin dejar de mirar fijo al vidrio.

El algún momento, todos le hicieron señas al vecino de arriba, sin obtener respuesta.

La habitación era completamente cerrada, no había puertas. Sin duda, la forma de salir estaba en mí, pero era terrible no poder comunicarme con mis vecinos.

Si ellos no sabían cómo salir, por lo menos podíamos compartir el problema.

¿Por qué me ignoraban?

Todos le hacían señas al vecino superior e ignoraban al inferior. Y yo no tenía vecino inferior, porque mi habitación parecía ser la última, y para que no lo pareciera estaba allí el espejo que repetía las habitaciones de arriba.

El tiempo avanzaba muerto; habrían pasado varios días y yo perdía algunas nociones; me costaba recordar en qué lugar me encontraba; luego recordaba que no lo sabía; luego dudaba si había pensado eso o era mi imaginación; probablemente le adjudicaba a los recuerdos nuevos pensamientos, creyendo que ya había pensado algo que recién pensaba; también me parecía haber vivido antes esa situación; no pude recordar mi nombre; me esforcé y recordé otro nombre; me sonó extraño; supuse que era convencionalmente el mío; no importaba si era o no el mío; yo era el hijo de un rey, ¡no! un empleado; ¿me habían drogado?; no estaba mal; pero el tiempo, el tiempo; si el tiempo seguía pasando, a través de mí; experimentaba estaba terrible volviéndome dolor loco; la coherencia, parece dormirse; yo ya no estaba vivo; esto era un castigo, era un castigo, un castigo, castigo. Ceaeseteigeó. a ver… Al rev… Ogeité, eseacé. Ogitsac.

Antes de continuar enredado, observé a mis vecinos. El más lejano estaba de pie observando al siguiente (que yo ya no podía ver) y se fue deslizando hasta quedar acostado con el rostro y las manos en actitud de traspasar la barrera transparente.

Probablemente estaría enredado también en pensamientos similares a los míos. El que estaba a continuación, cansado de golpear frenéticamente una pared, cayó arrodillado al lado de la pared y persistía golpeándola débilmente con un dedo. Había en esa actitud una patética impotencia infantil.

El que estaba en la habitación próxima a la mía caminaba con furia de una lado al otro, su rostro contraído y los puños cerrados, sin convencerse de que no había salida.

Y yo me descubrí siguiendo los movimientos de mi vecino con la inclinación de mi cuerpo, sentado en el centro de mi espacio, los brazos cruzados y apretados, oyendo los latidos de mi corazón.

Si no estaba soñando, estaría cercano a la muerte.

Mi vecino próximo cayó exhausto, y luego de un prolongado lapso en inmovilidad, se llevó un dedo a la boca. Se tocó los labios, lamió el dedo, recorrió el borde de los dientes y chupándose el dedo se acomodó en posición fetal. Con el dorso de la mano libre se acariciaba muy lentamente la cara.

El siguiente lloraba arrodillado y parecía hablarle a alguien. Su rostro tenía una serenidad sobrenatural.

El último se estimulaba con los dedos, recorriendo su cuerpo cuidadosamente, reconociendo la forma de su nariz, el borde de sus labios, el relieve de las clavículas, la sensibilidad de la piel en el pecho, el abdomen.

Volví el rostro hacia el suelo, para ver en el reflejo mi aspecto sumado al conjunto. Al hacerlo, dos ideas como flechas me atravesaron la cabeza, una, la palabra psicosis, y la otra fue la idea de que detrás del espejo alguien me observaba, había otro abajo y que todos los pisos que separaban las habitaciones eran espejos semistransparentes de manera que los de abajo podíamos ver a los de arriba y no a la inversa.

Además, cabía la posibilidad de que estuvieran dispuestas como el recorrido de un ascensor que utilicé en una biblioteca laberíntica en la cual casi me perdí, es decir, si yo lograba subir de una habitación a otra varias veces me volvería a encontrar en la habitación de partida. Una disposición circular.

Lo mortal Circu.

Quizás la habitación oscura, que yo no podía distinguir por alejada, ocultaba a un hombre que pensaba lo mismo que yo. A mí.

Pegué un salto, en poco tiempo el deterioro podría

incomunicarnos para siempre.

Le hice señas al piso, explicando mi razonamiento con mímica y ordené repetir las señas hacia abajo.

Me encontré haciéndole morisquetas a un espejo y me sentí muy estúpido. No podía evitar dudar de mi razonamiento, pero mientras no se me ocurriera otra cosa podía seguir haciendo ridiculeces. Repetí las señas desde el comienzo tres veces más, mirando las habitaciones de arriba reflejadas en el piso, con la esperanza de recibir alguna respuesta.

Me senté a esperar y sentí mi corazón acelerado. Me preguntaba para qué lo había hecho.

No pasaba nada.

“Silencio en la noche, todo es agonía…” —comencé a canturrear.

Sucedió.

En cadena, mis señas se repetían acercándose a mí. Si alguno no comprendía o no reaccionaba, el mensaje era tomado por otro, ya que se vería en tres habitaciones más.

Cuando las señas llegaron a mí, una de las paredes se abrió dejando entrar un plano de luz blanca.

25/ Me encontré otra vez en la acera, frente a un edificio grande (ocupaba toda la manzana) del cual se oía el murmullo de una multitud. Entré al edificio y me encontré en un balcón. Estaba frente a un enorme salón cuyas paredes eran balcones continuos, que marcaban cinco pisos. Frente a mí había público, ocupando todos los balcones de la pared opuesta.

Cuatro atletas se asomaron por distintos balcones de los costados, dos con el torso pintado de rojo y dos de azul. El público comenzó a aplaudir y a gritar. Se oyó un silbido agudo y todos callaron.

Noté en ese momento que en los extremos de los balcones laterales habían salidas abiertas.

El piso tenía forma de embudo y terminaba en un agujero oscuro, y el techo era la contraforma, un cono invertido con un agujero que lo truncaba. A mi lado se ubicó una abuela amarilla.

Del agujero del techo salió la pelota. La alcanzó un jugador rojo ubicado en el balcón más bajo de la izquierda y se la arrojó a su compañero que estaba enfrente, un piso más arriba.

La abuela que estaba a mi lado observaba atenta y tenía los dedos sobre un teclado.

Entendí que cumplía la función de árbitro.

El muchacho que recogió la pelota la lanzó con vigor contra el cuarto balcón izquierdo, que estaba vacío.

Enseguida apareció un jugador azul y la tomó apenas, dejándola caer. Dos pisos más abajo la recogió su compañero.

El público aplaudió.

Inmediatamente fue devuelta al jugador anterior, quien la arrojó a un balcón vacío, enfrente de él, un piso más arriba, en donde apareció su compañero quien la devolvió con un golpe a otro balcón y logró hacerla entrar antes de que llegara un jugador rojo.

La abuela tecleó, me codeó y señaló hacia arriba. Descubrí el marcador. Un uno azul y un cero rojo.

El público saltaba entusiasmado.

El jugador rojo tomó la pelota y la arrojó al embudo. Apenas entró cayó del techo la misma pelota, al menos eso me hizo sospechar el ángulo en que salió, ya que habiendo sido arrojada desde la izquierda, salió lanzada hacia los balcones de la derecha.

La recogió en el segundo balcón un jugador rojo y se la pasó a su compañero en el tercer balcón de enfrente, quien se la devolvió y a modo de remate la pelota fue arrojada contra el balcón azul en donde apareció inmediatamente un jugador azul que no pudo sujetarla porque rebotó contra el borde del balcón y cayó al embudo.

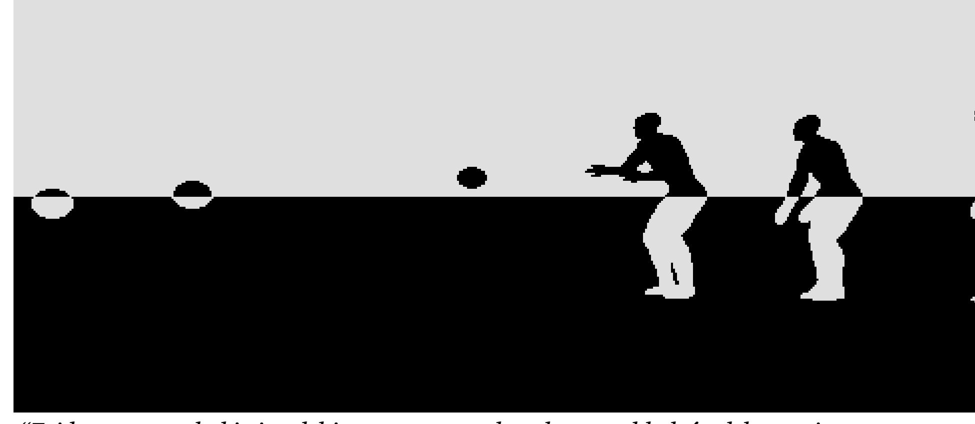
La abuela marcó un punto más para el equipo azul, pero el público silbaba, aparentemente el jugador había tocado la pelota y se le escapó. En ese caso el punto habría sido para los rojos, ya que perdía un punto el último que la tocaba antes de que cayera al embudo.

El partido no podía detenerse, ya que después de unos piques la pelota entró en el agujero y cayó por arriba.

Los jugadores corrían todo el tiempo, porque cada equipo sólo contaba con dos, y los balcones eran —convencionalmente— continuos. En la izquierda, el primero, tercero, y quinto eran los “arcos” de los rojos y el segundo y cuarto eran de los azules. A la derecha era al revés, los pares de los rojos y los impares de los azules.

Es decir, cada equipo tenía cinco balcones, dos de un lado y tres del otro. Para pasar de un balcón al otro los jugadores corrían hasta el extremo del balcón en el que se encontraban y al salir de él, entraban inmediatamente en otro ubicado enfrente. Al principio creí que la comunicación entre balcones era irregular, porque veía aparecer jugadores rojos y azules por todos lados. Y también creí que eran más de cuatro jugando, porque el que no tenía la pelota estaba corriendo por balcones de uno y otro lado. El juego era un caos sumamente entretenido. Además, los jugadores siempre amagaban jugadas falsas para movilizar a los adversarios hacia donde no molestaran. Algunas veces se escondían porque el borde del balcón era una pared blanca, y se movían agachados para confundir al otro equipo. Eso me divertía muchísimo porque desde mi ubicación los veía siempre.

El interior de los balcones era negro, por lo que los jugadores eran puntos rojos y azules sobre franjas blancas y negras. Evidentemente el objetivo del juego era meter la pelota en el balcón del otro sin que se cayera al embudo.



"Evidentemente el objetivo del juego era meter la pelota en el balcón del otro sin que se cayera

El juego tenía dos tiempos de media hora (indicados en el tablero) y era espectacular. Además, los atletas eran admirables, ya que no paraban de correr casi nunca.

El trabajo de equipo era excelente, funcionaban tan bien como engranajes que funcionan bien. No era un partido en dobles, que se puede jugar también con un solo jugador, sino que dos era lo mínimo para armar alguna estrategia y tres hubieran resultado muchos, ya que probablemente se perdería el dinamismo, o alguno de los tres intervendría poco, además de resultar quizás menos emocionante.

Quedé extasiado con el partido y cuando terminó, el

marcador quedó con un 35 azul y un 34 rojo, con lo que quedaron los azules como ganadores del partido y además los rojos como perdedores. Pasada la euforia del final, la abuela habló.

—Este partido se realizó en honor de nuestro nuevo ciudadano a quien ahora declaramos oficialmente Señor —dicho esto me señaló. No me lo esperaba. La multitud me ovacionó y no supe qué hacer. Los atletas entraron en nuestro balcón y me abrazaron cálidamente, ahogándome y dejándome todo mojado.

La abuela me dio un trofeo para premiar a los azules.

Los rojos no estaban conformes con el resultado y uno de ellos preguntó a los azules:

—¿Juras que han ganado justamente? Sólo nos conformaríamos con oir de sus bocas que el resultado fue justo.

Uno de los azules, el que tenía el trofeo en la mano dijo:

—Sea o no justo el resultado, nosotros les cedemos el trofeo ya que daríamos cualquier cosa que ustedes desearan con tal de que nuestra amistad se mantenga indemne.

—Nosotros deseamos que ustedes conserven el trofeo —dijo uno de los rojos.

El otro rojo agregó:

—Estamos conformes con el resultado. Indudablemente ustedes son los ganadores.

Me quedé impresionado con tan magnánimo coloquio.

La abuela me explicó que los equipos estaban formados por atletas de distintos barrios, y que los barrios participantes se agrupaban por sorteo. Esto convertía a este juego (deporte nacional) en elemento de cohesión.

Mientras me explicaba esto me llevaba hacia una casa blanca.

26/ Bueno, llegó el momento. A partir de ahora te consideramos un noble de la ciudad —dijo una abuela anaranjada entre seis abuelas más—. Has logrado salir con éxito de todas las pruebas que te hemos hecho pasar, y, siendo extranjero, te has convertido en la única persona que puede matar a nuestro enemigo. Nadie de aquí puede hacerlo.

—Si lo hago, ¿qué gano?

—Serás nuestro rey.

—¿En donde se encuentra? —no pude disimular mi impaciencia.

—Fuera de la ciudad. No contarás con ninguna ayuda y nosotros no sabremos nada de tu suerte.

»Bajarás y te encontrarás con poblaciones salvajes. Si sobrevivís, descubrirás un palacete, en donde está nuestro enemigo encerrado. El no puede hacerte nada, sos invulnerable ante él, pero si huye, vas a quedar encerrado allí, quizás para siempre.

—¿Cómo debo matarlo?

—Con esto —me alcanzó un estuche.

En él había un revólver.

—Tiene una sola bala —me advirtió—. Es por aquí —abrió una puerta—. No te preocupes por la dirección, descenderás siempre y aunque vuelvas sobre tus pasos terminarás llegando.

A través de la puerta vi un paisaje nevado.

Guardé el revólver junto con otras porquerías que habían en la bolsita que tenía en la cintura y salí.

Tras de mí se cerró la puerta, aunque al mirar hacia atrás sólo vi nieve.

Por suerte, el camino estaba duro y no me hundí, pero debía avanzar saltando para no congelarme.

El viento me cortaba la piel y al tocarme las orejas no las sentía. Sin dejar de correr, decidí que no tenía frío y eso me ayudó; dejé de tiritar y comencé a transpirar.

Divisé unas luces y me animé. O era el palacete, o algún lugar en donde podría resguardarme y descansar.

Arribé a una hermosa mansión, en la cual parecía haber una fiesta. Si tenía suerte podría comer algo.

Golpeé y una señora rechoncha, vestida con ropas muy ostentosas, aunque de pésimo gusto, me atendió con una sonrisa que parecía fingida, como tratando de disimular el disgusto que le causaba la interrupción.

—Bienvenido todo el mundo. Hoy todos son mis invitados.

Entré sin decir nada y me encontré en un vestíbulo que daba al salón de la fiesta. Avancé unos pasos.

—Oh, no, no. Así no podés ir al salón.

Le hizo una seña a una mucama y ésta me condujo a una habitación.

—Allí puede bañarse y aquí —la mucama señaló un arcón— tiene ropa limpia y apropiada para entrar al salón.

No me miraba cuando se dirigía a mí y en su tono había un infinito desprecio.

Me duché con gran placer y se me abrió más el apetito. El agua tibia era una caricia.

La habitación estaba tibia y luego de secarme caminé descalzo por el piso de parquet.

Era una sensación muy confortable.

Encontré en el arcón ropa de hombre y de mujer, por lo que deduje que aquí había gente heterosexual. Nunca había conocido gente así.

Mi aspecto masculino me llevó a elegir un smoking. Me tomé un tiempo arreglándome en el espejo.

Me dirigí al salón.

Cuando entré, nadie se fijó en mí. La mujer gorda que me había atendido se reía y festejaba con dos hombres jóvenes.

Los tres parecían borrachos.

El resto de la gente bailaba, comía y bebía.

Me acerqué a la mujer que me había atendido, inoportuno, ya que abrazó a uno de los muchachos y lo besó, y al otro lo sujetaba de la mano.

Por fin me miró y dijo:

—Ah, ya estás, ¡qué cambio! Sos un pobre pero parecés hecho para usar siempre este tipo de ropas. Quizás seas un bastardo, hijo de algún rico. Comé y bebé lo que quieras. Es tu casa. Sentate aquí —hizo un lugar entre ella y uno de los muchachos.

Me abrazó y tomó de una bandeja un canapé. Me alegré, porque sentía un hambre voraz, aunque un canapé no sería suficiente. Me lo puso en la boca y casi no pude tragarlo. Tenía un sabor húmedo y ácido, como podrido. Traté de evitar el gesto de desagrado, pero parece que no pude.

—No te gustó, ¿eh?, a nadie le gustan. Ni a mis maulladorcitos. Se apoyó en mí para besar al muchacho que estaba de mi otro lado y me quitó la respiración.

Cuando lo dejó, respiré sofocado y vi como le había dejado la cara al maulladorcito; toda roja de lápiz de labios.

Mientras tanto, el otro maulladorcito me había tomado la

mano y la besaba delicadamente.

Irritado me levanté con descortesía. La gente heterosexual tenía un erotismo repugnante.

En tono de disculpa dije:

—Voy a comer algo.

—Lo que quieras —me dijo la gorda— pero acercate un poquito. Cuando lo hice me besó la mejilla con sus labios grasientos. Me acerqué a un espejo, cuidando de haberme perdido de la vista de la gorda, y me limpié la cara con un pañuelo que encontré en un bolsillo.

Elegí una mesa y encontré pavo relleno, faisán, asado, cerdo, todo decorado con pésimo gusto. ¿En dónde estaba la comida? Me pareció apetecible un salpicón de ave.

Estaba intacto, por lo que dudé un poco. Tomé un platito y metí una cuchara en la ensalada.

Me serví y probé una ínfima porción por las dudas. Era deliciosa.

—¡Alto! —gritó la gorda—. ¿Por dónde estás, canalla?

A su lado estaba la mucama y mostraba mi revólver en una bandeja.

—¡Eso es mío! —Todas las miradas convergieron en mí. Parece que no debía haberlo dicho.

—No te hubiera servido de nada negarlo. Un vulgar ladrón. No se puede ser bueno con nadie. Se acabó la fiesta.

Un murmullo general enfatizó las miradas de odio que me lanzaban.

—Sáquenle la ropa que le di.

Los dos hombres que estaban con ella se abalanzaron sobre mí y me quitaron toda la ropa.

—¡Es andrógino! —gritó un maulladorcito.

—¡Aj! ¡Debe ser de la ciudad! ¡Qué asco! ¡Y yo lo toqué! —gritaba la gorda.

Me arrastraron a la puerta y me echaron en la nieve.

—¡Mi ropa! ¡Me voy a congelar!

La mucama hizo un bollo con mis sandalias y mi túnica y me lo tiró a la cara desde una ventana.

—¡Necesito mi revólver!

Salió la gorda hasta el porche y me apuntó con el revólver.

Corrí tras un árbol y sentí muy cerca el disparo. Siguió apretando el gatillo pero como ya no habían balas, me tiró con el revolver y cerró la puerta con violencia.

Seguí mi camino y llegué a un chalet, que en la parte de atrás tenía un galpón para animales.

La casa era grande y parecía confortable, aunque no era tan lujosa como la primera mansión que encontré.

Me metí en el galpón y me acosté sobre un fardo de heno.

Un galopador, que estaba a unos metros, dormía.

El heno me produjo alergia y no pude contenerme: estornudé una y otra vez.

El galopador enloqueció de miedo. Comenzó a relinchar desesperado.

Apareció una muchacha con una linterna y un rifle.

Encendió una luz.

—¿Quién anda ahí?

—No dispare. No soy un ladrón.

—¿Qué hace allí?

—Estoy de paso; me eché a descansar sobre el heno pero me produjo alergia.

Una serie de estornudos me sacudieron y se me hincharon los ojos.

—Vamos a la casa.

Entramos en el chalet y me senté al lado del hogar. La muchacha me trajo un pijama de franela.

—Era de mi hermano.

Me lo puse y ella me observó sentada en un sillón, esperando que le diera la túnica para acomodarla en la percha.

—¿Hacia dónde vas?

—Hacia un palacio.

—Por acá no hay ningún… ¿Estás seguro?

—¿No hay palacio?

—…Hay uno… Yo no creo que sea ése. Es medio inaccesible. Probablemente esté deshabitado.

—Voy a ir. Antes necesito dormir un poco.

—¿No tenés hambre?

Comí tanto que me dolía el estómago como si me lo

hubieran estirado.

A pesar del cansancio y la comodidad de la cama me costó mucho dormirme.

De repente, mi cuerpo se sacudió y me desperté. Ya estaba por amanecer. Todo el tiempo había estado soñando que no me podía dormir.

Me acerqué silenciosamente a la habitación de mi huésped. Dormía apaciblemente. Bella como un ángel. Inocente e incapaz de tener alguna actitud agresiva. No como la gorda.

Abrí un placard para sacar mi túnica. Estaba limpia y perfumada. Dejé en la percha el pijama, y ya vestido, me deslicé a paso de aullador hacia la puerta.

Cuando di dos pasos, la muchacha, que debía estar muy cerca, detrás de mí, se me abalanzó.

—¡Ah! ¡Asesino, no te dejaré escapar!

Me tiró al piso y me dio tres bofetadas antes de dejarme reaccionar. Yo trataba de hacerla callar, como si alguien hubiera estado durmiendo aún.

Me agarró de los pelos y me arañó un brazo.

Cuando pude contenerla me dio un rodillazo que me hizo aullar. Su mirada era extraña. De repente cambió y comenzó a llorar.

La solté y se cubrió el rostro con las manos.

Cuando se relajó la tomé en brazos y la acosté en la cama. De su mesa de luz le alcancé un vaso de agua.

—Soy sonámbula —explicó.

Me puso un dedo en la mejilla.

—¿Duele?

Me levanté para verme en un espejo. Tenía un moretón. Me había golpeado con furia. Sin embargo no sentía nada, no me dolía en absoluto, por suerte.

—No —casi no pude decirlo, al abrir la boca para hacerlo me di cuenta de que sí dolía.

El brazo me sangraba.

Ella se levantó y trajo un botiquín. Me curó como se cura a un galopador. Me puso una crema en la cara y una venda en el brazo. Desayunamos y ella no dijo ni una palabra.

Yo hice algún comentario sobre el tiempo y me sentí

bastante tonto.

—Vas a necesitar el galopador para llegar al castillo. En un punto no va a querer avanzar más. De allí seguís a pie. El galopador volverá solo.

Me dio unos pantalones de lona, botas y ropa abrigada. Apenas le di las gracias; ella no parecía del todo repuesta. Ensilló al animal y me dejó partir.

Llegamos a una encrucijada de tres caminos, pero no había ningún rey.

El galopador eligió solo el camino.

A medida que avanzábamos, el día se ponía más luminoso y cálido. La vegetación se fue transformando hasta que me encontré en una zona selvática.

Aún no había pensado en la manera de matar al enemigo. Podría haberle pedido el rifle a la muchacha.

En el saco de abrigo encontré algunos objetos: una llave y un facón. Con ellos llevaba yo la bolsita de porquerías conteniendo las ventosas, la máscara de gas, la soga y el chicle que me habían regalado los habitantes de una ciudad en la que yo había estado.

Supuse que eran objetos olvidados por el antiguo dueño del saco.

Llegamos a una casucha y el galopador coceó.

Caí en el pasto y el animal regresó a todo galope.

Golpeé y la puerta se abrió. Adentro había una vieja inyectándose.

Me miró y continuó sin darme importancia.

Cuando terminó, tiró la aguja y escondió el frasco entre los pliegues de una pollera muy sucia.

—¿Qué buscás? —inquirió molesta.

—Un palacio.

—¡Ay, me quemo! ¡Qué hermosa voz tenés! ¡La música es bella! —se puso a bailar—. ¡Mirá! ¡Los cuadrados de colores! ¡Vení al palacio!

Me llevó a una habitación vacía. Cuando me dejó dentro cerró la puerta y oí que gritaba.

—¡Un palacio! ¡Está totalmente loco! ¡Ahora tengo para cenar! ¡Ay, me quemo, me queeemo!

La dulce viejecita rengueó hasta la pared en donde había

una llave y la giró hacia donde decía “gas”. Se sintió un silbido y un gas llenó la habitación en donde me había encerrado.

Se me cerró la garganta y por un momento me sentí paralizado. Aquí se podría terminar la novela, pero no sucedió porque recordé que en mi bolsita había una máscara de gas.

Me la probé y me iba floja. La ajusté demasiado y sentí mi cabeza hecha un matambre. Pero la dejé así y pude respirar mejor, aunque los ojos me picaban.

El lugar estaba oscuro, sin embargo logré percibir el borde de una puerta en el techo. El techo estaba alto y la puerta en el centro del mismo.

La pared era bien lisa, por lo que no tuve ninguna esperanza de llegar. Por otro lado, la vieja había accionado un comando que decía “cocción” y el lugar se estaba poniendo tibiecito.

Me saqué el saco y lo sacudí para que cayeran los objetos que habían en él. El facón y la llave hicieron bastante ruido al caer sobre el piso metálico, y creí que la vieja podría haberlo oído. En ese caso podría abrir la puerta, pero eso resultaría peligroso para ella. En lugar de abrir la puerta, detuvo el calor y volvió a echar gas. Eso me dio un tiempo extra que utilicé para atar las ventosas que conservaba en la bolsita de porquerías con la soga y trepar con ellas por la pared y el techo. Conservé la llave en la boca. El facón en la cintura y lo que quedaba en la bolsita (el chicle) en el bolsillo del pantalón. La puerta se abría con esa llave.

Me asomé y me encontré en un paisaje nocturno y pantanoso.

Avancé en la neblina dejando mis huellas en el barro.

De lejos oí, proveniente de la salida del horno, los gritos de la vieja.

—¡Guacho! ¡Degenerado! ¡Mal amigo! ¡Dejar hambrienta a una pobre anciana! ¡Basura! ¡Bribón!

No se cansaba la vieja de gritar. Me gritaba que era un guacho, un degenerado y un mal amigo porque dejaba hambrienta a una pobre anciana. También que era un cretino, una basura y un bribón. Lo de cretino está de más (nota del autor al traductor).

27/ En el suelo había algún pastito y parecía que al avanzar encontraría más.

El palacio.

Una fantasmagórica mole que no había podido ver hasta que la vista se me acostumbró a la oscuridad.

Sentí un escalofrío, porque como no podía ver al edificio con claridad, mi imaginación lo completaba con formas terroríficas. Podía percibir con cierta claridad unas columnas muy altas que se curvaban al azar y que le daban al frente un cierto aspecto selvático. Los vidrios de las ventanas parecían rotos, aunque luego percibí entre los trozos de vidrio líneas metálicas, es decir, en las ventanas habían complicados vitraux.

No pude descubrir la entrada, pero lógicamente, a esa distancia y con una luz tan tenue no podía pretender percibir ese tipo de detalles.

Saqué el facón y lo sujeté en mi mano, listo para hundirlo en las entrañas del enemigo hasta el mango para sacarlo y ver salir el borbotón de sangre y volverlo a hundir entre los gritos de la víctima y su expresión de horror. Pero no pensé en todo eso porque lastimaba mi delicada sensibilidad.

Corrí hacia el imponente frontispicio.

Una hierba se me enredó en el tobillo y hundí mi nariz en el barro. Ya tenía que ensuciarme.

—¡Qué vas a hacer inconsciente!

—¿Quién es?

—La hierba que te sujeta. Justo a tiempo. Te advierto que nadie debe acercarse al palacio.

—Tengo que llegar.

—No te voy a soltar, hacia allá está lleno de demonios.

Se sintió un galope.

—Soltame, alguien viene.

—No, no, aquí estás seguro.

Corté la hierba y me oculté tras un arbusto.

Apareció un centauro con un ladrador.

El ladrador se me acercó, me olisqueó, me dijo:

—¿Otra vez por acá pelmazo? —y se fue.

El centauro siguió su camino.

Corrí hacia el palacio y me topé con una terrible enroscadora. Su cabeza era tan grande como la de una rumiadora.

Di un paso atrás pero no me dejó escapar.

Se me enroscó en el cuerpo y comenzó a presionarme. Una

mano me quedó libre, y en ella sujetaba el facón. El animal me dio un sacudón y el apretón me mareó.

Mi mano se abrió y cayó el cuchillo al suelo.

Mi otra mano estaba a la altura del bolsillo del pantalón. De allí saqué el chicle y pude pasarlo a mi mano libre. Con los dientes le saqué el papel y lo acerqué a la boca del monstruo.

—¿Qué es? —preguntó—, ¿merca?

Se lo metí en al boca en el medio de la “a” de “merca”. Masticó con fruición, lentamente.

—Soplá —le dije.

Lo hizo y formó un globo. Se aflojó y pude escurrirme. Cuando me soltó salió volando, sujeta del globo.

—Ah, no lo tragués —le grité—, que no se come.

La seguí con la vista hasta que se perdió.

A lo lejos, oí como reventó el globo y como gritaba su piloto al caer.

Para eso servía el chicle.

Recogí el facón.

Corrí sin poder acercarme al palacio. Parecía un espejismo. De un árbol me llamó un grito.

—¡Ayudadme cabadllero! —era una dama sonámbula que me había encontrado en su galpón y que me dio de comer y me dejó dormir y bañarme en su casa.

—¡Soy yo, la dadma sonámdbula que lo encontró en su galpón y que le dio de comer y le dejó bañarse y dormir en su cadsa!

Me gritó que era ella, la dama sonámbula que me había encontrado en su galpón, eso.

—¿Cómo puedo estar seguro de que Ud. es la amable y educada dama sonámbula que me encontró en el galpón y que me dio de comer, etc.?

—Soy yo estúdpido. Ayudame.

Ante tan lógico razonamiento no cabían dudas, debía ser ella. Estaba desnuda y la sujetaban del cuello y las piernas las ramas espinosas del árbol.

—Las espinas no me tocan, pero si me muedvo me van a tocar y son venenosas.

Ella sostenía con sus manos un objeto metálico con el cual

cubría su sexo. En realidad, no podía cubrir su sexo, porque por la cara se notaba que era mujer. Sus pechos estaban visibles.

El objeto metálico era una barra con dos arcos, de cerca pude reconocer lo que era: una trampa para abrazadores.

—¡Por favor, liberadme! —gimoteó patética y tratando de no moverse—. ¡Soy yo, Melanie!

Me acerqué con el facón en la mano y de sus pezones salieron dardos. Uno se me clavó en un muslo y el otro cayó al suelo. Ella profirió una carcajada desafinada y la trampa de abrazadores, como una gran dentadura, rió con ella. Extraje de mi pierna el dardo y se lo arrojé al vientre. Ella estalló como un globo, y de su interior cayeron un montón de muñecas de plástico que se desparramaron al pie del árbol de cualquier manera y comenzaron a llorar.

Corrí hacia el palacio y me llevé por delante una momia que me duplicaba en altura, y cuyas vendas eran transparentes tiras de plástico, a través de las cuales se veía el cuerpo, constituido por zanahorias. Me acordé del saltador, porque tenía cara de ser fanático de la zanahoria.

La momia me apretó contra su cuerpo y logré cortar una tira del vendaje con el cuchillo.

Dos zanahorias se asomaron y el vendaje cedió. La momia comenzó a desmoronarse. Desesperada, me soltó y trató de encontrar los extremos sueltos de la tira, pero no le alcanzó la fuerza. Se movía y se movía facilitando el desarme. Se redujo a un montículo de zanahorias y plástico.

Rodeé los restos y seguí. Hasta llegar a un bosque de árboles acantinos. No tenía encima nada que pudiera ayudarme a atravesarlo. Me acerqué a un árbol y toqué suavemente una de sus espinas. Apenas lo hice se contrajo.

Las hojas también lo hicieron. A primera vista parecía que el árbol se movía, retorciéndose de dolor. Luego se contrajeron las ramas y el árbol se hundió en el suelo desapareciendo. Tocando, aún con desconfianza, fui abriendo un acirate hacia el edificio. El perfume del bosque, en principio placentero, comenzó a ahogarme. Era un olor tan punzante que me irritaba la garganta. Era frío y mentolado, me quemaba.

Me apuré abriendo el camino y terminé atropellando árboles con todo mi cuerpo. Estos desaparecían más rápido mientras más espinas se les tocaban. Entonces yo los abrazaba con toda confianza. Las púas no me hacían nada.

Me sentí terriblemente destructivo, haciendo desaparecer árboles, pero a su vez me sentía muy complacido. Era un trabajo fácil y agradable.

Sentía que estaba casi al pie del edificio, faltando poco ya. Cinco o seis troncos más adelante me encontraría fuera del bosque.

Me abracé con entusiasmo a un árbol y sentí mi cuerpo penetrado por cientos de púas. No pude gritar. El dolor era tan grande que quedé inmóvil. No perdí la calma. Eso sí, no pude evitar que una lágrima rodara por mi rostro.

Aparté suavemente mi brazo derecho porque mis ojos podían verlo. Las espinas quedaron en él. Gradualmente aparté todo el cuerpo y me vi cubierto de agujas blancas.

Sacarlas de la carne con lentitud era una tortura.

Si las sacaba rápidamente, la piel no sangraba y dolía menos, pero aún así debía ser cuidadoso para sujetar bien la espina, antes de extraerla. Perdí mucho tiempo sacándome espinas.

Tuve que ser muy prudente para encontrar árboles inofensivos. Detrás de mí habían volvían a crecer árboles, pero los nuevos eran permanentes.

Tardé muchísimo en salir de ese último tramo.

28/ Me encontré frente a un cartel que decía “Atajo para llegar al castillo”. Siguiendo la indicación, me metí en una cueva iluminada icon antorchas, Me interné en ella y de la excavación rústica pasé a un lugar de paredes revocadas.

Más adelante encontré muebles sencillos y primitivos.

Luego aparecieron antiguos muebles de muy buena calidad y relojes. Mucho oro. Las paredes estaban tapizadas en terciopelo rojo.

Comencé a sentirme mal, como nunca en todo el viaje.

Los relojes, a medida que avanzaba, estaban más cargados de piedras preciosas. Yo no podía mirarlos, me parecían obscenos de tan lujosos, pero sus tic-toing me seguían.

Pasé por distintos decorados, una sala victoriana, otra Imperio, otra Luis XV y apuré el paso. Tenía el estómago revuelto y si no salía pronto iba a hacer un aporte al decorado.

Los pisos estaban alfombrados en pieles. Eso hacía dificultosa la marcha. Los relojes eran un ejército que me cercaba. Por todos lados aparecían y nunca habían dos iguales. Era un

martilleo parejo y constante. Además, aunque estaba seguro de que nadie me observaba, me sentía controlado desde los relojes, como si me estuvieran marcando el paso. Y lo hacían. No tenían horas marcadas, sino que indicaban el momento en que se abriría la puerta del castillo. Faltaba ya muy poco. Y el momento de cerrarse la puerta estaba marcado un minuto después.

Ese lugar que parecía estar hecho para ser agradable me resultaba repugnante y sabía que todo había sido hecho para resultarle agradable a otros y no a mí, aunque sabía que no era posible que otros lo disfrutaran… Salvo los demonios… ¡Eso era claro!, en esa zona sólo habían demonios y eso era una trampa. Me detuve inmediatamente.

Caminé unos pasos entre sillones y cómodas Art-decó. Era el final del pasillo. No había salida. Sólo un libro que tenía dibujos escalonados en la tapa, alternándose el negro laqueado con cáscara de huevo quebrada (imitando a la pintura blanca craquelé) y separadas la superficies blancas y negras del dibujo con líneas doradas.

Una traba también dorada cerraba el libro y, por supuesto, pensé dos veces antes de abrirlo.

Apoyé el índice en la traba y la solté. El libro parecía no haber sido abierto nunca antes. Las hojas estaban pegadas y ajé la esquina de la primera tratando de separarla.

Pasé el pulgar por el borde de todas las hojas para saber si alguna se separaba sola. Sí, eso sucedió. En el medio del bloque de hojas se despegaron dos. El libro se podía abrir por la mitad. Tenía entonces dos carillas a la vista, la izquierda, que estaba en blanco, y la derecha que tenía cuatro magras líneas escritas. Esperaba encontrarme con algo así como “boludo el que lee”. Pero no, no era eso. Ojalá hubiera sido eso (¿no, lector?). Luego de leer, se me cayó el libro de las manos, se me nubló la vista y liberé mis visceras.

Quedé postrado en el suelo, tosiendo, y comprendí que si no salía pronto de allí no podría reponerme.

Contuve las náuseas y salí, tropezando, de la cueva. En mi camino tiré muebles y rompí relojes. Esto sólo podía ser obra de demonios.

Casi lo lograron, casi me destruyen. Fue el arma más cruel que pudieron utilizar para impedir mi llegada al castillo. ¿Cómo pude confiar en ese cartel ridículo? Llegué a la zona de antorchas y sentí una corriente de aire limpio. Estaba por salir. Encontré el cartel indicador y me fui contra él para tirarlo abajo. Lo partí, lo

pateé y lo pisoteé.

Cuando me sentí desahogado leí lo que decía el letrero, porque ya no decía “Atajo para llegar al castillo”.

Decía “Cuidado, hombre violento”.

¿Violento a mí? ¿A mí, te remilparió?

Todo eso sólo había servido para atrasarme. Fuera de la cueva me sentí mucho mejor y seguí hacia el castillo. Llegué enseguida al edificio y me interné entre las inmensas columnas. Sin embargo, aún resonaban perturbadoramente los versos del libro en mi cabeza, pero yo trataba desesperado de pensar en otra cosa. La impresión había sido muy fuerte, tanto que no pude evitar dejarme dominar por el tibio cosquilleo que me subió por el esófago. No pensé más en eso.

“¿Qué es poesía?, dices mientras clavas

En mi pupila tu pupila azul.

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía… ¡eres tú!”

¡Malditos demonios! Casi acaban conmigo.

29/ Me encontré frente a un portón de alabastro, que comenzaba a abrirse.

Escribí mentalmente un mensaje:

“Querida abuela:

Me encuentro frente a mi meta. Es difícil creer que en este momento sos en algún lugar, todo el universo se me representa irreal. Siento que es aquí donde más lejos estoy de vos.

Estas son tierras de Mandinga… Siento que llegar a este lugar fue renunciar para siempre a volver a verte.

Te quiero… Debo disculparme por recurrir a tu recuerdo en el peor momento. Cómo me gustaría contarte que en este viaje he sido por primera vez.

Me pregunto si tiene sentido continuar: temo enfrentarme a lo que deseé todo el tiempo y desilusionarme. Sé que no puedo morir y sin embargo a eso le temo, a la muerte.

30/ Mi objetivo estaba cumplido. En esa casa se encontraba el enemigo de la ciudad y yo lo mataría. Más fácil no podía ser. Luego

de eso sería rey. Y libre.

La puerta estaba terminando de abrirse. Entré de una, sin temor, empuñando el facón. Lo solté.

Un aroma de odiosas galletitas quemadas me trajo la infancia a la mente.

Además… ¿Qué trampa era esa? Las paredes azules, el techo azul como el piso, los muebles blancos…

—¡Abuela!

—Cometimos un error al no enseñarte las cuatro dimensiones.

—¿Qué significa…?

Oí un motor que aceleraba.

—Te estás yendo en el auto. Llegaste con el tiempo en retroceso, poco antes de partir. Y cualquier dirección que tomes te traerá de nuevo aquí.

»Como no lograste matarlo, deberás quedar encerrado aquí conmigo hasta que él vuelva.

31/ —Mañana.

—Mañana va a hacer un año.

—Y se va a abrir la puerta.

—¿Tengo que irme?

—Te aconsejo que lo hagas. Si te quedás te va a encontrar aquí.

—¿Qué más me puede pasar? Escaparíamos juntos.

—No. Te va a matar. Es la única forma de romper el círculo y ser libre.

—Pero en ese caso… ¿Qué pasaría?

—¡No lo vamos a averiguar!… Sé razonable…

—Quiero esperarlo.

—Está bien, como quieras.

—Aunque… Seguramente no tengo chance, va a venir mucho mejor armado.

—Eso.

—¡Pero no tengo auto!

—Alguien se ocupó de colocarlo en el garage. No te voy a

decir quién, pero empieza con salt y termina con ador.

—Y seguro que está con el tanque lleno.

—Efectivamente don nieto.

—Es un alma noble…

—Y el autor de tu leyenda.

(El traductor no encuentra en nuestro idioma términos equivalentes a los que utilizó Atanasio para responderle a su abuela.)

32/ Bajé en ese planeta porque inesperadamente me quedé sin nafta. Siempre llevaba un bidón lleno, por las dudas, pero como nunca lo había necesitado y esta vez me hubiera acarreado un contratiempo, no lo llené.

(El autor se niega rotundamente a continuar con el relato de esta historia y se rehusa terminantemente a proseguir con la narración de los acontecimientos, por lo que, si el lector desea saber qué más le pasó a Atanasio, sírvase dirigirse a las páginas iniciales y regresar al comienzo, específicamente adonde dice: "Bajé en ese planeta porque inesperadamente me quedé sin nafta. Siempre llevaba un bidón lleno, por las dudas, pero como nunca lo había necesitado y esta vez me hubiera acarreado un contratiempo, no lo llené.")

¿Aún no entendiste el título?

LO MORTAL CIRCU
LO MORTAL CIRCU
LO MORTAL CIRCU
LO MORTAL CIRCU…

Equipo Axxón

Axxón

Dirección:
Eduardo J. Carletti
Software:
Fernando Bonsembiante
Dirección Arte:
Rodolfo Contín
Equipo de producción:

- Luciano Begalli
- Ricardo Goldberger
- Carlos Chiarelli
- Carlos Ferro
- Fernando Juliá
- Carlos Vázquez
- Alejandro Molina







ePUB

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar

Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm

Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com

Twitter: **@axxonmovil**

Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**